PALOMA PÉREZ

Los líos de Cris



Los líos de Cris

PALOMA PÉREZ

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Paloma Pérez

Título: Los líos de Cris

Edición publicada en abril de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques
Edición y corrección: Laura Socías Gude

PALOMA PÉREZ

Los líos de Cris

A Valeria, Alejandra y Miguel; mis tres lucecitas.
A Noe, sin ti, nada de esto tendría sentido.

SOÑADORA

Mido 1,58 y tengo las caderas más anchas de lo que me gustaría. Ahora sí, tengo un pecho abundante y bien puesto que muchas querrían. Tengo el pelo largo y los ojos castaños. Según mi madre, «grandes y almendrados». ¡Qué va a decir ella! ¡Es mi madre!

Trabajo como responsable de comunicación en una cadena francesa de supermercados de productos ecológicos. Un buen trabajo, un buen sueldo y me siento perdida. ¿Es esto lo que quiero?

Estoy soltera, pero tengo solo veintiséis años. No creo que tenga que preocuparme por eso. ¿O debería? Solo he tenido una relación seria —si se le puede llamar así cuando tienes dieciséis años y el noviazgo dura casi dos—, Rodri; hasta el momento, el único amor de mi vida. Ahora me dedico a disfrutar de mi soltería, lo que se traduce en conocer chicos sin comprometerme con ellos. Eso me lo digo muy a menudo, pero, si soy sincera, creo que en el fondo busco al amor de mi vida. Ese con el que sueñan las chicas de mi edad, con el que organizas una boda inolvidable con un vestido blanco precioso, tienes una luna de miel llena de sexo y momentos románticos, y, pasados unos años de vida de recién casados en nuestro nidito de amor, formar una familia con dos pequeños preciosos… ¡Siempre fui una soñadora!

Soy gallega, pero vivo en Madrid desde que vine a estudiar a la universidad. Tengo una hermana mayor, padres divorciados y un peluche del que no me separo. Se llama Yeyé y, al pobre, solo le queda un ojo.

Por cierto, me llamo Cristina, aunque todo el mundo me llama Cris.

CAFÉ RECIÉN HECHO

¿Puede ser más horrible este dolor de cabeza? No consigo despegar los ojos… Ayer me pasé siete pueblos con las copas. ¡Pero lo que disfrutamos! Todavía recuerdo como Berta, mi mejor amiga, levantaba las copas brindando por... Pero… ¡Espera! ¿Qué ese se olor? ¿Café recién hecho? No… Todo mi cuerpo se teme lo peor… ¡Estoy desnuda! No, no, no. Abro despacio un ojo, muy lento, mi cabeza tiene que asimilar esto poco a poco. ¿Dónde estoy? Es una habitación grande, con cortinas negras a los lados de la ventana, el nórdico que me tapa también es negro y el resto de la decoración sigue el mismo patrón: sobria y elegante. ¡Caray! A mi cabeza empiezan a venir imágenes que me van recordando, poco a poco, lo que hago aquí y, sobre todo, quién es el dueño de esta casa.

Guapo, alto, con el pelo rapado y moreno, muy moreno, tan moreno como… ¿Será guineano? ¡Sea de donde sea! ¡Qué bueno está! ¡Y qué bien lo pasamos! Entramos en su casa quitándonos la ropa como si nos quemara en la piel. Me incorporo, intentando no hacer ruido. Tenía que haberme ido a dormir a mi cama. Odio levantarme en casa de algún ligue porque no sé cómo salir de ella, pero claro, me lío, me lío… Y al final siempre la lío.

Busco con la vista mi ropa mientras sujeto con fuerza el nórdico para tapar mis pechos. El sujetador a un lado, los vaqueros por otro, la camisa… ¿Y mis braguitas? ¿Dónde narices están?

—Buenos días.

El morenazo que aparece por la puerta con dos tazas de café humeante en las manos me deja sin respiración.

Recuerdo que estaba bueno, ¡pero no tanto! ¡Bien hecho, Cris!

—Buenos días.

Repaso su cuerpo con la vista de arriba abajo, parándome en sus brazos… ¡Qué brazos! —¿Café? —Me ofrece una taza.

—Gracias.

Bien. Y ahora, ¿cómo le pregunto dónde están mis braguitas? ¿Cómo salgo de esta maravilla de nórdico si estoy en pelotas?

—Estamos en desventaja. —Aprieto el nórdico a mi cuerpo.

—Vístete tranquila, puedes ducharte, comer algo… ¡Siéntete como en casa! Espero verte a la vuelta.

Se acerca y me da un besito suave en los labios. Pero… ¡Yo quiero más!

Me quedo en silencio mientras observo ese precioso culito prieto saliendo de la habitación. ¿En serio se va a ir y me va a dejar sola en su casa? ¡Alucino con la gente! ¡Si nos conocimos ayer!

Tan pronto escucho que cierra la puerta, me levanto a toda prisa y busco mi ropa, ¡por fin encuentro las braguitas! ¡Menos mal! Omito la ducha y el desayuno, me visto y bajo las escaleras de dos en dos. Ha sido una noche de esas de… ¡buf! Por lo menos, por lo que recuerdo. Pero hasta aquí ha llegado.

En cuanto salgo del portal, llamo a mi amiga Berta.

—¿Cómo está la diosa del sexo? —contesta a mi llamada tan dicharachera como siempre.

—¡Calla, calla!

—Estaba bueno, ¿eh?

—¡Y tan bueno! Pero he salido pitando de su casa.

—¿Has dormido ahí?

—Sí…

—Siempre haces igual.

—Ya… Si sabes que odio no saber cómo gestionar el día de después, enfrentarme al ligue sin las copas de más, con la luz del día… Y, sobre todo…

—Imagina que es un loco o un tío horrible… —dice ella repitiendo las mismas palabras que uso otras veces.

—Bueno, ¡ya lo sabes! —Cruzo la calle casi sin mirar y un coche está a punto de darme—. ¡Bertaaa! Acabo de renacer. ¡Casi me atropellan!

—¿Estás bien? —Se pone seria.

—Sí, tranquila. De lo que no estoy bien es de la resaca. Tengo un dolor de cabeza… ¡Menos mal que es sábado! Así tengo dos días para recuperarme. Me voy a poner el pijama y no salgo de casa hasta el lunes.

—Te ha dejado exhausta tu conquista.

—¡Ni te imaginas!

Nos reímos a carcajadas mientras seguimos comentando la noche pasada. Así lo hacemos siempre, y las salidas nocturnas duran varios días en nuestras conversaciones. Es la forma de disfrutarlas mucho más: cuando las vivimos y todas las veces que las recordamos, hasta que otra noche olvida la anterior.

Berta es mi compañera de trabajo y amiga. Ella se encarga de las redes sociales de la empresa y siempre está a la última: en su forma de vestir y atenta a cualquier información que sea novedad o tendencia.

Conectamos desde el primer día. Cuando empecé a trabajar en la empresa fue la encargada de presentarme a los compañeros. Mi superior tenía una reunión importante y relegó la tarea de las presentaciones y del *tour* por la oficina en ella.

—Es majo. Siempre está suuuperatareado, tiran demasiado de él desde arriba… Y no de muy buenas formas la mayoría de las veces. —Berta me iba dando detalles de todo lo que nos encontrábamos en nuestro camino—. No te preocupes —añadió al ver mi expresión en alerta con su comentario—, vas a estar de maravilla.

—Eso espero, tenía muchas ganas de encontrar un trabajo… —Iba a contarle mi currículum profesional, pero ella casi no me dejaba decir ni una sola palabra.

—Ella se acaba de casar —dijo señalando con los ojos a una chica de unos treinta y tantos—. ¡Más dinero! Siento que me gasto tanto como gano en regalitos. En esta empresa regalan por todo, que si una tiene un hijo, que si es el cumpleaños, que aniversarios, despedidas…

Me reí con su comentario. Era una chica divertida y sincera.

—Y aquí está tu lugar de trabajo.

Señaló una mesa con dos alas supergrandes, con una pantalla gigante en el centro, el teclado, un cubilete con un par de bolígrafos y dos bandejas para meter papeles.

—Cuando te instales, subes a Recursos Humanos para que te den el kit de bienvenida.

—¿Kit de bienvenida?

—Sí. A ver, tampoco te esperes grandes cosas; una agenda, un cuaderno, *post-it,* celo, alguna carpeta, una botella, una taza… —Se quedó pensativa—. ¡Creo que nada más! Si echas algo en falta, pídeselo sin problema.

¿Echar algo en falta? ¡Estaba alucinando! Para mí, que me dieran un kit de bienvenida ya era todo un lujo. Me sentía feliz de que, por fin, me hubieran elegido para el puesto, a pesar del proceso de selección tan largo y duro que tuve que pasar. Tenía el presentimiento de que ese era mi sitio e iba a estar allí mucho tiempo.

—Y, ¿sabes qué es lo mejor de este trabajo? —dijo como si me hubiera leído el pensamiento.

—No.

—¡Yo! —Señaló el puesto que estaba al lado del mío—. ¡Vamos a ser compañeras! ¡Bienvenida! —Me dio otros dos besos efusiva—. ¡Vas a estar genial aquí!

Fue en ese momento cuando supe que íbamos a ser grandes amigas, y no me equivoqué.

Respecto a su físico, Berta es algo parecido a una diosa. Tiene un pelo negro espectacular rizado, con esa belleza exótica tan característica suya, 1,75 cm, ojos marrones grandes y expresivos, labios carnosos, tipazo y esa piel de color, que ha sido uno de los mejores regalos genéticos que le han hecho sus padres. Si es que podemos destacar algo entre tanta perfección, claro. Sus padres son de Kenia, pero ella nació y siempre ha vivido en Madrid.

Y, por supuesto, tiene un novio tan estupendo como ella y una relación de las pocas que he visto en toda mi vida. Pero no, su novio no es un banquero guapo, tipo Christian Grey. Marcos, como se llama su pichoncito, trabaja en el *catering* del aeropuerto de Madrid, viste con uniforme y tiene unos turnos terribles de trabajo. Es alto, moreno y uno de los chicos más simpáticos que he conocido en mi vida. Eso es lo que le enamoró a ella, su forma de ser, de tratar a los demás, lo bueno que es, su manera de hacerla reír... Con el paso de los años, habla mucho de la seguridad que le da tenerlo al lado, de saber que no se equivocó al agarrar fuerte esa mano para recorrer su vida junto a él. Vamos, todo lo que no tengo yo.

¡Mi madre! Cada vez que pienso en ellos me pongo demasiado romántica, y eso no va conmigo para nada. ¿Sería mi morenito de ayer romántico? Nunca lo sabré… En realidad, tampoco me interesa.

Con tanto pensar he llegado a casa sin darme cuenta. Punto final a mi aventura con ese chulazo, me meto directa en la ducha y disfruto de esa sensación placentera al sentir el agua calentita recorriendo todo mi cuerpo. Me pongo el pijama y decido pasar el día entero en el sofá viendo series.

Mañana aprovecharé para hacer algo de deporte, cocinar para la semana y dar una vuelta por el centro comercial.

Me gusta dedicarme tiempo. Me gusta la independencia, la tranquilidad de estar sola en mi casa, haciendo lo que quiero, comiendo a la hora que me apetece, irme de compras sin importar que me den las tantas, tomarme un café en la terraza de un bar viendo pasar a la gente, sentarme a leer un libro en el sofá… Desde luego, por mucho que mi amiga quiera a su novio, yo no estoy preparada para algo así. En realidad, tampoco me gusta. Creo que, ahora mismo, me quiero demasiado a mí misma como para querer a nadie más.

EL ATRACTIVO

¿Cómo es posible tener esos brazos? Cada vez que lo veo, lo pienso. Debe tirarse horas en el gimnasio, aunque estoy segura de que la genética ha tenido que ayudar, porque no es ni medio normal.

Miro cómo coge el machete y parte los trozos de carne, y mi mente se imagina cualquier cosa, menos que está haciendo su trabajo. Pum, pum, pum… Noto calor por el cuerpo y me quedo ensimismada imaginándome en un callejón oscuro con él…

—Cris. —Escucho la voz de mi jefe detrás y doy un respingo.

—Sí, dime.

—¡Cualquiera diría que acabas de ver un fantasma!

—Sí… —Más bien diría que es un Dios…

—¿Tienes las fotos listas?

—Sí, ya está todo. Ahora mismo subo a la oficina y envío la nota de prensa.

—Estupendo, gracias. Cualquier cosa, me dices.

Siempre tan amable. Yo lo escucho, pero por encima de su hombro veo cómo el carnicero me mira e intuyo una ligera sonrisa que despierta otra en mí, aunque intento disimularla.

Hacía días que no bajo al supermercado, y no había visto a este chico. Sabía que había entrado alguien nuevo, pero ni me había imaginado que podía ser así: alto, moreno y creo que tiene los ojos verdes. A mayores, es corpulento y se mueve de una manera tan atractiva…

Eso es lo que ha despertado siempre el interés en mí por algún chico. El atractivo. Puede ser guapísimo, los hay de esos que parecen modelos de El Corte Inglés, con sus melenas requetepeinadas, afeitados al detalle, con mentones marcados, tipazo y guapísimos, que son un auténtico fiasco porque son cero atractivos.

El atractivo es cuestión de actitud. He conocido chicos muy normalitos que me han puesto a mil por algo tan sencillo como su forma de moverse, de actuar, de hablar…

Y este que tengo delante de mí… ¡Además es guapo! No sé yo si tener este portento tan cerca me viene bien a mí en el trabajo…

El sonido del móvil me devuelve a la realidad. Miro la pantalla. Buf, demasiado serio el tema… Una gestión de crisis complicada con un proveedor. Ahora llamo, cuando suba a la oficina. Le escribo un email excusándome con que estoy reunida y me pondré en contacto más tarde, cuando veo unos pies acercarse y son de… ¡Eso es! Las piernas me tiemblan un pelín mientras subo la mirada por sus extremidades hasta llegar a esos ojos que, tal como preveía, son verdes, superverdes. De hecho, creo que son los ojos verdes más bonitos que he visto en toda mi vida.

—Hola. —Otro tanto a su favor. Voz atractiva y ¿acento?—. Imagino que trabajas aquí. —Señala las carpetas que llevo en las manos.

—Hola. Sí, me encargo de la comunicación externa. Me habían comentado que se había incorporado una persona, pero no habíamos coincidido. —Aunque me ponga a mil, por fuera sé mantener bien las formas. ¡Punto para mí!

—Soy Matteo.

—Cris, encantada de conocerte.

Le tiendo la mano y confirmo que, tal como intuía, hay acento y… ¡No puede ser! ¿Italiano? Ahora sí que me muero del todo.

Él ignora mi mano y se acerca a darme dos besos. De izquierda a derecha. Confirmado. Nariz un pelín prominente, ojos verdes, nombre, acento y la dirección de esos besos. No hay duda

alguna. ¡Me encantan los italianos! Es demasiado típico, lo sé. Pero es que me gustan tanto… Esa manera de hablar… ¡Mi madre! ¡Estoy perdida!

—Tengo que irme —decido zanjar la conversación. Me conozco, estoy en el trabajo y sé que es lo mejor.

—Espero vernos por aquí. —Sonrisa. Perfecta también. ¡Joder!

—¡Claro!

Me giro, resoplo y subo con un señor subidón a la oficina para contarle a Berta.

VOLVER

Volver. Cada vez que digo esa palabra recuerdo la película de Penélope Cruz. Ella decía que lo hacía con la frente marchita. Yo lo hago con el corazón encogido, con los recuerdos alumbrando las sombras que dejo a mi paso. Con esperanza y, a la vez, miedo por la certeza de saber que todo seguirá igual.

Recorro las calles que fueron mi niñez, mi cobijo, los días felices, los rincones en los que fui abandonando esa niña que corría alegre por las calles de O Grove, soñando con comerse el mundo.

Llevo varias semanas posponiendo el viaje, pero tengo ganas de ver a mis padres y a mi hermana. Estar con ellos e intentar olvidar esa amargura con la que sé que voy a encontrarme, sobre todo, en mi madre.

Fue hace nueve años. Estábamos cenando un caldo con la lluvia como banda sonora, mientras charlábamos de cómo nos había ido el día, cuando escuchamos el teléfono. Era muy agradable disfrutar de la comida tan rica y calentita que hacía mi madre, mientras fuera hacía una noche de perros. Mi madre se levantó decidida y fue a descolgar, mientras mi hermana nos contaba cómo iba el trabajo que tenía que presentar para su asignatura de Economía de Empresa. De pronto, el golpe del teléfono impactando contra el suelo hizo que todos desviáramos la mirada hacia mi madre. Todavía recuerdo aquella cara, aquellos ojos, aquella vista hacia el vacío. Se quedó inmóvil y lo único por lo que se intuía que no se había convertido en una estatua era por el temblor de sus manos.

—¡Mamá! —grité acercándome a ella.

—¿Qué ocurre, cariño? —Mi padre la cogió de la mano. El miedo también dominaba su mirada. Sabía que algo malo había pasado.

—¡Mamá! —insistí. Estaba ida.

—¡Mamá! —gritaba mi hermana también.

Mi padre la cogió del brazo y fue con ella hacia el sofá. Se sentó a su lado y, con cariño, calma y paciencia insistió. Todavía me sigue impactando cómo fue capaz de mantener a raya los nervios, cómo supo entender lo que necesitaba su mujer, a pesar de que hacía años que no eran el matrimonio feliz que aparentaban.

—¿Qué ha pasado, mi vida? —Mi padre posó un brazo encima de los hombros de mi madre que, en cuanto sintió su contacto, rompió a llorar.

Sabía que había ocurrido algo horrible, pero ver como salió de aquel trance me liberó un poquito. Hasta que escuché las palabras más duras que he oído en toda mi vida.

—Nico se ha ido…

—¿Cómo que se ha ido? —Mi padre empezó a perder esa calma—. ¿Qué ha pasado?

—Un camión… —fueron las únicas palabras que logró articular mi madre.

Todos lo entendimos. No necesitamos más. Mi hermano había muerto. Llovía demasiado, era de noche, la carretera estaba muy mojada, se cruzó con un camión que perdió el control en una curva, y su vida se acabó para siempre. La suya y la nuestra.

Por eso me costaba tanto volver, porque significaba revivir todo, volver a sentir aquella pérdida, aquellos días tan tristes, aquel vacío. Esa sensación de saber que algo se rompió dentro de todos nosotros.

Mi padre y mi hermana salieron adelante poco a poco. A mí también me costó, pero conseguí hacerme a la idea de vivir sin él, de recordarlo tan risueño como era, con ese pelo moreno que le tapaba la mirada. Tenía veintiún años, novia, amigos y, sobre todo, una vida por delante, con

tantos sueños por cumplir…

Todavía noto un nudo apretando con fuerza mi pecho cada vez que vuelvo a aquella noche. No puedo evitar que la rabia se apodere de mí al no entender cómo se acabó todo para él… ¿Qué narices le había hecho él a la vida para que terminara con su futuro de un plumazo?

Al principio me sentía mal por reconocerlo, pero salir de nuestra casa, de nuestro pueblo, al fin y al cabo, de nuestra vida; fue lo mejor que hice para reconducirme, para volver a sonreír, ilusionarme y entender que no había nada malo por seguir adelante, que intentar ser feliz no era faltar a mi hermano. Él habría querido que fuera así. Me costó aceptarlo, pero mi vida en Madrid me ayudó, necesité poner distancia para ver con claridad, salir de esa oscuridad que lo rodeaba todo desde el día que recibimos aquella llamada, y estudiar Periodismo en Madrid fue mi tabla de salvación.

La que no lo ha logrado todavía ha sido mi madre, y dudo mucho que lo consiga en algún momento de su vida. La entiendo, comprendo su pena, pero… ¿Acaso no sigue teniendo otros dos hijos que la necesitan, un marido que lo había dado todo por ella y de quien también había terminado separándose? Es cierto que, antes de morir Nico, mis padres ya no estaban como hacía años. Mi padre, cada vez más centrado en la fábrica de cristal familiar que estaba a su cargo, ya que no tenía más hermanos. Mi madre no trabajaba, pero pasaba sus días en un club haciendo yoga, baile, quedaba con sus amigas para comer, salir a tomar algo… ¡Vamos! Una vida de jovencita que a mí me encantaba y me servía de inspiración para cuando me hiciera adulta.

A su modo, pero yo los veía felices. Cada uno centrado en su propia vida, siempre pendientes de sus hijos, aunque, la pareja… Eso ya era otra cosa.

Fue a los dos años de morir mi hermano cuando, tras innumerables discusiones, pusieron fin a su matrimonio. Mi padre no se atrevía a tomar la decisión, sentía que debía estar a su lado, acompañarla, aunque ya no se quisieran, bueno, quererse sí se querían, lo harían siempre… Pero no como hay que querer cuando se está enamorado. Ella le pidió varias veces que se fuera, que la dejara sola; él no podía, era superior a sus fuerzas… Hasta que llegó un punto en el que la situación se hizo tan insostenible que, pensando en Iria, mi hermana mayor, digna heredera del negocio familiar y que vivía con ellos, compró una casa y terminó con aquel sinsentido.

Quería ir directa a ver a mi madre al llegar a O Grove, pero dejo de andar y cambio de opinión. Giro sobre mis pasos y, aunque queda bastante lejos, decido ir dando un paseo hasta la fábrica para ver a mi padre. Recorro las calles de mi pueblo tirando de la maleta, soy consciente de que es un poco absurdo ir hasta allí, al igual que sé que, en el fondo, lo hago para retrasar el encuentro con mi madre por miedo a verla mal.

Huele a ese aroma tan característico, esa mezcla de norte, leña y mar. Me paro un segundo e inspiro para llenar mis pulmones de aire puro. Aunque se me hace difícil volver por todo lo que pasó, adoro estar aquí, pasear por los rincones de mi pueblo mientras observo con detenimiento las casas de piedra coronadas por un cielo donde no se ve otro azul así. Escucho a la gente hablar con nuestro acento, ese que cuando llegué a Madrid le hacía tanta gracia a los que no me conocían y que, hoy en día, comentan que conservo. Yo no lo percibo, pero dicen que hablamos cantando dulce. ¿Cómo se canta dulce? Como si hiciéramos filloas… Me cuesta entenderlo. Suena mi móvil.

—¿Has llegado bien? —Berta está al otro lado de la línea.

—Sí, hace ya un rato. Estoy dando vueltas como una tonta… Iba a ir a mi casa, pero he decidido pasar por la fábrica a ver a mi padre primero.

—Ya…

Berta sabe lo que me cuesta esta situación.

—Ya… —digo yo también.

—Solo quería saber que habías llegado bien y decirte que estoy al otro lado del teléfono para lo que necesites. —Hace una pausa—. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Te dejo, que tengo prisa. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo. Suspiro. El teléfono vuelve a sonar. Es mi hermana.

—Cris, ¿estás ya en O Grove?

—Sí, iba a acercarme a la fábrica.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—Pensaba ir dando un paseo.

—¿Un paseo?

—Tampoco es para tanto, Iria.

—Venga, voy a buscarte… ¡que se te va a hacer de noche!

En eso tiene razón. He salido un pelín antes de la oficina para que me diera tiempo a coger el avión a las cuatro menos cuarto, pero entre desembarcar y el taxi hasta O Grove, han dado casi las seis. Hace una tarde de primavera muy agradable, aunque ya empieza a refrescar y no me vendría nada mal una chaqueta. Mientras espero a mi hermana, tumbo la maleta en el suelo y la abro en busca de mi cazadora vaquera. Pero no aparece… Busco y rebusco, hasta que, por fin, doy con ella.

A los quince minutos veo aparecer el cochazo de mi hermana. Iria es dos años mayor que yo y desde hace casi cuatro trabaja con mi padre en la fábrica. Decidió estudiar Económicas, tenía muy claro que quería dedicar su vida al negocio familiar y, además, fue aprendiendo de la experiencia de mi padre. Hizo la carrera porque mis padres insistieron, les daba miedo que el negocio no fuera bien en algún momento y tener sus estudios era una garantía, pero ella siempre ha tenido claro que, aunque la carrera está muy bien, «no hay mejor escuela que la sabiduría que se lleva en la sangre». A mí me hace gracia. Pero bueno, si ella es feliz pensando eso…

En cuanto llega la veo igual que siempre; con su pelo castaño, ojos marrones, mediana estatura y complexión ancha. ¡Como si no pasaran los meses por ella! Se baja del coche y me abraza, aunque sin mostrar demasiada efusividad.

—¡Cris! Qué guapa estás.

—Gracias, tú también —miento, porque a ella no le gusta nada arreglarse, una muestra de que todo no va en la sangre porque mi madre era muy presumida y a mí me encanta ir estupenda.

—Venga, pasamos un momento por la fábrica para que veas a papá y luego vamos a casa, ¿te parece?

—Sí. —Fuerzo una sonrisa.

Nos acercamos a la fábrica. Es una construcción de hormigón con grandes ventanales a las afueras de O Grove, con unas vistas preciosas a la Ría de Arousa. Un pasillo de piedrecitas guía el camino hacia la entrada, presidida con esas grandes letras con el apellido de mi familia. El coche va levantando polvo a su paso, mientras mi hermana habla sin parar sobre un contrato que acaban de firmar para la venta de una cristalería a una finca de bodas, que la va a ofertar como exclusiva.

Escucho con atención pensando en lo que disfruta de su trabajo, se ve que se siente orgullosa del lugar que ocupa y de los logros que va consiguiendo porque, a pesar de esa apariencia un poco de monja, tiene unas ideas estupendas y novedosas.

En cuanto aparca en uno de los sitios destinados a los grandes cargos de la empresa, veo a mi

padre salir por la gran puerta con los brazos abiertos. Es de complexión ancha, tiene el pelo canoso, siempre va afeitado y viste con pantalones chinos, camisa y chaleco. Cada día una combinación diferente, pero siempre muy arreglado y con un estilo muy bien definido. Otra muestra de lo que comentaba de la sangre y la moda… Me río silenciosa.

—¡Hija! —Camina rápido hacia mí.

—¡Papá!

Me emociona verlo porque, al percibir que tiene más arrugas que la última vez que estuve aquí, pienso en el paso del tiempo. ¡Ojalá fueran eternos!

—Os dejo, que tengo una llamada importante que atender. —Iria entra rápido al edificio.

—¿Cómo estás?

—Bien, papá, tenía ganas de veros.

—Y nosotros a ti, mi niña pequeña.

Vuelve a abrazarme y me refugio en esos brazos. Me reconforta, me recuerda que estoy en casa.

—¿Cómo está mamá? —le digo al oído sin separarme de él.

—Hace días que no la veo, tu hermana dice que va mejor…

Iria vive con mi madre y, he de reconocer, que sigue al pie del cañón como una buena hija abnegada al cuidado de su progenitora… Me parece bien, quizá tengo mucho que agradecerle. Es lo correcto, sí, eso deberíamos hacer todos los hijos, ¿verdad?

—He querido ayudarle, estar a su lado, aunque ya no estemos juntos, pero no quiere —mi padre sigue hablando con pena y cierto desasosiego.

—Lo sé, papá.

Se nota tristeza en su interior.

—¿Quieres tomar un café? —Los dos sabemos que el tema de mi madre no da mucho más de sí.

—¡Claro!

—Pero cuéntame tú, ¿cómo van las cosas en Madrid? ¿Qué tal el trabajo?

Me abraza por los hombros y caminamos juntos hacia el interior de la fábrica, mientras no dejo de hablar, emocionada por estar con él. Por oler esa colonia que me recuerda el significado de la palabra hogar.

ESCAPAR

Suspiro. Aprieto los labios. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir y vuelvo a suspirar. Lleno mis pulmones de ese oxígeno que desprende la brisa de Galicia. Me gusta estar en casa, pero a la vez estoy deseando irme ya mismo. Cierro los ojos y repaso en mi cabeza el tiempo que me queda aquí: es viernes por la tarde, casi noche, una cena, un día entero y el domingo a media mañana vuelvo a Madrid. Calma, Cris, tú puedes con esto.

—¡Cris! —llama mi hermana mi atención desde el porche de nuestra casa.

—Voy. —Abro los ojos asustada con ese grito.

¿Cómo puede comportarse así? Como si no pasara nada, como si mamá estuviera como siempre, como si nada hubiera cambiado, como si aquella noche no hubiera existido, como si Nico nunca hubiera existido. Quizá el estar aquí todos los días lo hace más fácil… Más rutinario…

Arrastro mi maleta despacio por el caminito de piedrecitas que hay hasta la entrada de la casa. Es una construcción rodeada de césped y algún que otro arbusto muy bien colocado. Un cuarto de la fachada tiene piedra por la parte de abajo y el resto está pintada de color crema, hasta llegar a las tejas naranjas de su cumbre. Para entrar, hay unas escaleras con una barandilla negra y un pequeño porche en la parte de la derecha con una mesita, dos sillas y un sofá balancín. Toda la casa está rodeada de grandes ventanales y justo por uno de ellos veo que está la luz encendida y se intuye la silueta de mi madre. Un nudo aprieta mi estómago. Vuelvo a coger aire.

Agarro la maleta y subo las escaleras. Al llegar a la puerta, abro mis fosas nasales. Nada. Nada de nada. No huele a comida, a las cenas tan ricas que preparaba mamá, síntoma de que todo sigue igual. Dejo mi equipaje en el rellano y no lo pospongo más. No tiene sentido. Me siento nerviosa y me da rabia que me ocurra eso con mi madre, ¡joder!

Voy al salón y la veo de pie, al lado de la ventana, con una taza en las manos y aspecto desaliñado. Parece una figura de escayola, no muestra ninguna expresión al verme. Es como si no sintiera nada.

—Hola, mamá. —Me acerco a ella, cautelosa.

—Hola, Cris. —Consigo escuchar un hilo de voz de su garganta.

Me acerco a ella, le cojo una mano.

—¿Cómo estás? —La acaricio.

—Como siempre…

Sigue esa inexpresión. Nada. Nada de nada.

Así como a mi padre lo he visto más envejecido, a ella no. Está igual que la última vez. Es como si su vida se hubiera parado aquel día, tanto su mente como su físico. Tiene el pelo canoso, hace años que no se lo tiñe de ese rubio que le daba tanta luz a la cara, la misma mirada triste enmarcada en esas cuencas de ojos oscuras e hinchadas. Viste un pantalón negro y un jersey morado. Algo sencillo, nada que ver con aquella mujer que iba siempre a la última, que cuidaba cada uno de sus detalles y a la que rara vez veías con las uñas sin pintar.

—Vamos a cenar —Iria rompe el silencio—, que estarás muerta de hambre, Cris.

—Sí, ¡la verdad es que me comería una vaca! —Intento imitar el tono animoso que tiene mi hermana—. Dadme unos minutos, que subo a dejar mis cosas y bajo enseguida.

—Voy poniendo la mesa.

Cruzo el pasillo sin quitar la vista de la puerta de la habitación que fue de mi hermano. Seguro que todo está igual, todo había seguido igual este tiempo porque mi madre no quería tirar nada. ¡Qué difícil me resulta estar tan cerca de todos sus recuerdos! Suspiro. Bajo mi mirada y paso de

largo. En cuanto pongo el primer pie en mi habitación, noto un agobio alucinante al verme entre estas cuatro paredes. Mis *posters* de cuando iba al instituto, mi caja con las cartas de cambiar de olores, el edredón de florecitas rosas y beiges, el corcho con las fotos de mis amigos, aquel regalo especial… ¡Buf! Súper, superagobio.

Tal como entro salgo de nuevo. Cojo el móvil mientras bajo las escaleras y le pongo un whatsapp a Berta.

yo
Esto es demasiado para mí. Me ahogo.

Antes de llegar a la cocina me contesta.

Berta
Las horas pasan volando. Estás haciendo bien. En nada estaremos tomando unos cócteles en el bar que te conté el otro día. Calma. Te quiero.

La cocina es una estancia muy grande y está decorada con mucho gusto. Tiene los muebles blancos, una encimera larguísima y un gran ventanal que da al mar. En uno de los laterales, una mesa redonda de madera, con cuatro sillas blancas.

Encuentro a Iria tan tranquila.

—Ayer preparé un caldo de judías verdes. Sé que no es la mejor bienvenida, pero llegué tardísimo de trabajar —dice mientras termina de cortar embutido que va colocando en una tabla de madera.

—¡No te preocupes! Es suficiente, y más con ese jamón y ese chorizo… ¡Me obligas a saltarme la dieta!

Le ayudo a colocar los platos en la mesa, recuerdo a la perfección dónde está todo guardado. Ella termina de preparar la tabla con embutidos y acerca otro con queso y membrillo.

—¡Listo!

Nos sentamos dispuestas a comer. No me había dado cuenta, pero hay solo dos platos.

—¿Mamá no cena con nosotras?

—No. Suele picar algo a media tarde, luego se toma un vaso de leche y no come más.

Noto tristeza en su mirada.

—¿Cómo puedes? —le pregunto porque no puedo más, no consigo hacer como si no pasara nada con ella.

Suspira.

—No lo sé… —Coge mi plato y me sirve el caldo—. Supongo que me he habituado a ello.

—Te admiro. Para mí es tan difícil…

—Le doy su espacio y me repito una y otra vez que necesita tiempo. Tengo esperanza de que algún día vuelva a ser la de antes. A pesar de lo duro que es, me siento bien por estar a su lado.

Mi gesto se torna serio.

—¡No! ¡No me mires así! Para nada estoy insinuando que tú no estés, ¡ni mucho menos! Hiciste muy bien en irte a Madrid, en seguir tu vida, buscar tu felicidad. Jamás te has olvidado de nosotros. Solo quiero decir que, quizá, para mí es más fácil pensar así.

—Lo siento…

Y de verdad lo hago. Si yo no me hubiera ido, si lo hubiéramos hablado…

—No tienes nada que sentir, Cris, estoy en mi pueblo, en mi casa, en el trabajo que quise hacer toda la vida. No todo es de color de rosa, pero soy feliz aquí. No tanto como me gustaría, pero seguro que un día las cosas cambian.

Mira que lo dudo. Ojalá me equivoque, pero veo a mi madre tan perdida…

—Hazme un favor, estoy feliz de que estés aquí, ceno sola todas las noches. ¡Disfrutemos de estos manjares! —Levanta las cejas y muestra una sonrisa sincera—. ¡Y cuéntame cosas de ti!

Charlamos durante horas. Me gusta disfrutar de esa conversación con mi hermana poniéndonos al día. Eso me hace irme con una sonrisa a la cama y olvidar, durante un ratito, el agobio que me ha generado la vuelta a casa.

ÉL

Miro el reloj. Las siete de la mañana. Todavía no es de día y no consigo volver a conciliar el sueño. ¡Con lo que me gustaba esta cama! Decido levantarme, me pongo unas mallas y una sudadera ancha que llevo en la maleta y bajo a la cocina. La verdad es que me siento un poco incómoda porque me da cosa encontrarme a mi madre. No sabría qué decirle. Aunque tampoco creo que a ella le importe mucho.

Me siento en una de las sillas de la cocina y, mientras miro mi Instagram, como un *croissant* y tomo un café con leche. Berta ha subido una foto con su novio en la que salen los dos guapísimos. Le escribo diciéndole que tiene que dejarme ese bolso y al momento me llama.

—Pero ¿qué haces despierta a esta hora?

—Ya ves… No puedo dormir. ¿Y tú?

—Acabamos de llegar a casa. Tenemos que ir a ese pub. ¡Vas a alucinar! No veas qué gente tan top.

Me río y pienso en lo diferente que habría sido mi vida si me hubiera quedado en O Grove. Seguro que viviría en esta casa, vestiría ropa que no está a la moda y dedicaría mis horas a pasear por la playa. Sería una solterona con gatos… ¡Bueno! Soltera estoy, pero, oye, tengo mis cositas por ahí y soy mucho más feliz que atada a ningún tío.

—¡Cris! —levanta la voz Berta.

—Perdona… Estaba perdida en mi mundo.

—¿Estás mejor?

—Bueno…

—¿Cómo está tu madre?

—Igual.

—Paciencia. Verás como, poco a poco, va mejorando.

—Eso dice mi hermana. Ayer charlamos muchísimo, me encantó ese ratito juntas.

—¡Cómo me alegro! Aprovecha para disfrutar de esos momentos.

—Los quiero tanto, Berta… Son mi familia. Y me siento tan mal…

—¿Por qué?

—Porque estoy deseando irme.

—Tranquila. Hazme caso, aprovecha para disfrutar de lo bueno. Aquí te espera tu amiga con los brazos abiertos.

—Vale…

—Y, hazme un favor, come pulpo. ¡Muchísimo! Por ti y por mí.

—Lo haré. —Sonrío—. Venga, anda, vete a dormir, que es tarde. Yo voy a salir a dar un paseo por la playa.

—¡Lo ves! Eso es una maravilla. —Vuelvo a sonreír—. Me vas contando, ¿vale? Te quiero.

—Yo más.

Esta chica tiene el don de sacarme siempre una sonrisa. ¡Qué manera de ver el lado bueno de las cosas! En realidad, yo también soy así, menos cuando estoy aquí. Buf. Agobio otra vez. Meto la taza en el lavavajillas y salgo por la puerta de la cocina.



Después del paseo, me ducho y visto con unos vaqueros, una camiseta de sport blanca y la

cazadora vaquera. Me pongo mis Converse, también blancas, y cruzo un bolso marrón por la espalda. He quedado con mi padre a las diez en la lonja.

La lonja de O Grove es el lugar de reunión entre comerciantes del sector que constituye la pantalla en la que se refleja la actividad económica de la localidad, dependiente de sus productos: pesca de bajura, criaderos de mejillón o la industria conservera. Es un edificio de grandes dimensiones, situado cerca del Puerto de O Grove, gestionada desde la Cofradía de Pescadores de San Martiño.

Mientras espero a mi padre bajo uno de los arcos, veo acercarse hacia mí a María, una de mis amigas de la infancia, con la que perdí la relación cuando me fui a Madrid. ¡Una pena! Porque es muy agradable.

—¡Hola! —me dice muy sonriente.

—¡Hola! ¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, también. He venido a pasar el fin de semana.

—¡Qué bien! Me alegro mucho de verte por aquí. Cuéntame, ¿cómo te va todo? Me dijo tu padre que estás trabajando en Madrid.

—Sí, llevo ya un tiempo. ¿Y tú?

—Yo estoy viviendo en París. La moda… ¡Ya sabes!

Me río. Sigue siendo tan simpática como siempre. Puede parecer prepotente, pero nada más lejos de la realidad. Es muy de verdad.

—¿Y qué haces por aquí? ¿Has venido a ver a tus padres?

—Sí, cogí unos días de vacaciones. Ya echaba de menos la *terriña*.

Veo acercarse a mi padre, que levanta la mano para saludarme. Le contesto con el mismo gesto.

—Voy a tener que dejarte. Me alegra mucho verte.

—¿Te apetece que tomemos algo esta noche? Estoy muy feliz en casa, pero si me acuerdo de mi vida en París, esto está siendo demasiado… —Me siento tan identificada…—. No me vendría nada mal una cerveza con una vieja amiga.

—¡A mí tampoco! —Ni me lo pienso.

—Vale, ¿nos vemos a las ocho en la Hobby?

—¡Claro que sí!

Le sonrío y me acerco a mi padre. Menudo subidón. Me apetece muchísimo el plan y me va a venir genial para desconectar. Se lo diré a Iria, por si quiere venir con nosotras. La verdad es que ha sido un soplo de aire fresco.

Paso la mañana con mi padre; primero en la lonja, luego lo acompaño a dar un paseo con su perrito Bruno, tomamos el aperitivo y, después, comemos en su casa. Tengo ganas de preguntarle otra vez por mi madre, saber más de ella, si avanza, si no lo hace… Tener otro punto de vista además del de mi hermana, pero es un tema que me cuesta demasiado.

Mientras tomamos café en el porche de su casa, miro su rostro, dicen que soy igualita a él, y a mí no hay nada que me haga más feliz. Mi padre es un hombre de negocios que ha conseguido el éxito por su trabajo, pero también por su forma de ser, por su manera de tratar a la gente… Es de esas personas que yo digo que son muy de los sitios. Habla con todos, es amable, divertido y muy guapo y atractivo. Más a mi favor para sentirme orgullosa de parecerme a él.

En su forma de comportarse demuestra que no le tiene miedo al paso de los años, disfruta de la vida, de los suyos, de su tierra… Eso me hace admirarlo todavía más. Pienso en cómo ha superado la muerte de mi hermano, cómo ha aprendido a vivir con ello, aun sabiendo que le parte

el alma recordarlo, en que la vida se lo arrebató siendo tan joven. Y cómo luchó por ayudar a mi madre… A pesar de darse cabezazos una y otra vez contra la pared, de toparse con un muro indestructible.

Como si me leyera la mente, me habla de ella.

—¿Qué tal la has encontrado esta vez?

—Bueno… Igual.

—Es tan hermética... Ojalá nos dejara entrar en ella.

—¿Todavía la quieres?

Según hago la pregunta me arrepiento de la absurdez que acaba de salir de mi boca.

—Nunca se deja de querer a alguien con quien has compartido los mejores años de tu vida.

—Pero ya no estás enamorado de ella. Entiendo, no me hagas ni caso. Es que veo cómo hablas de ella, con ese cariño… Antes notaba desesperación en ti, cuando intentabas que saliera del pozo en el que está metida.

—He sentido mucha impotencia, hija.

—¿Y ahora has asumido que no hay nada que hacer? —Me duele decirlo en voz alta.

—No. Eso nunca. Pero quizá necesita algo de aire, darse cuenta por ella misma… No lo sé, de verdad que no tengo ni idea, pero nunca me daré por vencido. Haré lo que esté en mi mano por que vuelva esa mujer que me ha dado lo mejor de mi vida.

Se acerca a mí y me reconforta con sus brazos. Como siempre. Viene a mi cabeza un recuerdo de cuando era pequeña. Me caí con la bici y me sangraban las dos rodillas muchísimo. Llegué a casa echa un mar de lágrimas. Mi padre cogió una gasa y me curó las heridas con agua oxigenada. Me soplaba, me daba besos por las piernas y a mí ya no me dolía nada. Ojalá el poder curativo de los besos de un padre fuera suficiente también cuando somos adultos.

—Voy a tener que irme. He quedado con María.

—Te vi hablar con ella en la lonja. Está viviendo en París.

—Ya me ha contado. Me apetece salir un rato.

—Haces muy bien, hija.

Le doy otro abrazo y cojo mis cosas para irme.

—¿A qué hora te recojo mañana?

—A las tres y media.

Mis padres viven cerca, así que decido dar un paseo para disfrutar de la tarde antes de ir a casa.

Paseo por la ría y pienso en lo que me contaba mi abuelo de las llamadas mujeres del mar, las *redeiras*, un oficio considerado todo un arte. Mi abuelo siempre decía que cuando se hablaba de los problemas del sector, las *redeiras* eran las últimas a las que tenían en cuenta, obviando que si no había quien arreglara las redes, los barcos no podían salir a faenar. Contaba que cuando los marineros llegaban a puerto, depositaban las redes y parecía que se arreglaban solas. Era una ayuda que las mujeres, hijas, madres o hermanas aportaban a la familia. Sin embargo, poco a poco, el oficio ha ido profesionalizándose y ahora requiere el título de Elaboración y Mantenimiento de Aparejos de Pesca, que se obtiene a través de un curso que proporciona la Xunta, lo que ha llevado a que las mujeres consigan unos derechos laborales que antes no existían.

¡Admiro tanto su trabajo! Y a la vez lo siento tan alejado de mí, a pesar de verlo durante toda mi niñez. A mí el mar me da miedo, me impone. Y trabajar aquí… Me atraparía. Esto es tan tradicional… A mí me gusta lo moderno, lo cosmopolita, las fiestas y el bullicio de la gente, todo lo contrario a la calma que genera en uno mismo el sonido de las gaviotas revoloteando entre

esas redes.

¿Si mi abuelo me escuchara ahora se avergonzaría de mí? Suspiro.

Al llegar a casa encuentro a mi hermana sentada en el porche delantero con un montón de papeles en la mesa.

—Hola.

—¿Qué tal? —contesta sin levantar la vista de los apuntes.

—Bien. ¿Y tú? Veo que estás bastante entretenida…

—Estoy haciendo un curso de actualización en redes sociales.

—¡Cualquiera diría que es todo digital!

Levanta los ojos de los folios, me mira en silencio y me sonríe de manera autosuficiente. Sin decir ni una sola palabra, vuelve otra vez a sus apuntes y me ignora.

—Esta mañana me encontré con María. —Ni caso me hace, sigo hablando—. La chica esta que venía conmigo a clase…

Asiente.

—Hemos quedado para tomar algo. ¿Te apetece venir?

—No, estoy liada. —La verdad es que lo daba por hecho—. Pasadlo bien.

—Gracias.

No me molesto en insistir. En realidad, creo que prefiero ir sola. Iria no suele salir con amigos y tampoco tiene novio, vamos, por lo menos, que yo sepa. Aunque dudo mucho que entre tanto papel, curso y contabilidad tenga tiempo para algo que no sea la bendita empresa. ¡Por Dios! ¡Qué vida tan diferente a la mía! ¿Cómo podemos ser tan agua y aceite?

Al entrar en casa, veo a mi madre en el salón. Está sentada en uno de los sofás con una caja en las manos y esa mirada perdida de nuevo.

—Hola, mamá.

No me contesta. Igual no me ha escuchado.

—Hola, mamá —insisto.

Nada. Hincho mi pecho para coger todo el aire que entre en mis pulmones. Estoy segura de que ha oído mi saludo. Se me pone un nudo en la garganta. Cabeceo decepcionada y estoy a punto de darme la vuelta, subir las escaleras y pasar de todo. Pero no puedo seguir haciendo como si nada…

Me acerco a ella, le acaricio la cara y le doy un beso suave en la mejilla. No dice nada, ni se inmuta. Pero yo siento su calorcito en mis labios y confío en que, poco a poco, entre todos los que la queremos con toda nuestra alma le haremos volver.

Subo a la habitación, me ducho, me pongo unos pantalones vaqueros, una camisa semitransparente negra y unos botines marrones de tacón con el cinturón a juego. Me maquillo los ojos y pinto los labios de rojo. Hago unas ondas en mi larga melena y estoy lista para salir.

Al llegar al pub veo que está abarrotado de gente. Bueno, en realidad es más bien un bar con luz tenue. En la parte de la derecha tiene algunas mesas bajas que quitan cuando llega la noche, para convertirlo en zona de baile. En la parte de la izquierda hay un billar. ¡Cuántas emociones! La cantidad de recuerdos que me trae ese billar…

Busco entre la gente a María. La encuentro al final de la barra hablando con la camarera. En cuanto me ve, me dedica una sonrisa y me abraza. ¡Esta chica es más efusiva que yo! Va vestida con una minifalda rosa fucsia y un top rojo.

Pido una cerveza. Aquí no creo que tengan cócteles ni de broma. María y yo charlamos sobre nuestras respectivas vidas. Por un momento, tengo la sensación de que estamos en una especie de competición para ver quién tiene un trabajo más guay, quién vive en un piso más céntrico, si

Madrid es mejor por esto y París por aquello… Me aburre, la verdad. De pronto, un chico que la conoce nos interrumpe. Una vez hechas las presentaciones, se ponen a hablar un buen rato. Me siento bastante puesta por el ayuntamiento…

Con las ganas que tenía de salir a tomar algo, la noche está resultando de lo más aburrida. ¿Qué podía esperar estando aquí? Muevo mi cabeza de un lado a otro y suspiro para terminar dándole un trago a mi cerveza y decido irme a casa. Estoy deseando que sea mañana para volver a Madrid.

—Disculpad. María, me voy a casa.

—¿Ya? ¡Pero si es prontísimo!

—Mañana tengo que madrugar. Espero que coincidamos la próxima vez —miento.

—¡Qué vaya muy bien! —Se acerca a darme dos besos—. Me alegro muchísimo de haberte visto.

—Yo también —muestro una sonrisa falsa.

Y me voy. Por fin. Me doy media vuelta, voy a abrir la puerta y… ¡Lo que me faltaba! Y más temía, para qué nos vamos a engañar. Aparece él al otro lado. Él. Ahora. ¡Dios! No puede ser. ¿Por qué estos nervios? ¿Por qué ese nudo en el estómago? ¡Puñetero Rodri! En su cara noto la misma sorpresa que se debe ver en la mía. Hacemos el amago de ignorarnos, sé que los dos pensamos lo mismo. Pero es tan obvio que nos hemos visto… Estamos parados en la puerta frente a frente.

—Hola —rompe él el hielo.

—Hola… Hacía mucho que no venías. —«Hace años que no nos vemos».

—No, en realidad vengo a menudo. Serás tú la que hace tiempo que no venías.

—Yo también vengo a menudo —repito sus palabras.

—No habremos coincidido.

—Sí, bueno, voy al coche a por el móvil.

No sé por qué digo eso. Pero algo en mi cabeza me ha hecho cambiar de opinión y ya no quiero irme a casa. Salgo a la calle y respiro hondo. ¡Joder, qué guapo está! ¿Y esa barba? ¡No me lo puedo creer! Rodri… ¡Mi madre!… Estoy en *shock*. ¡Qué guapo! Qué alto, qué músculos, qué ojos azules… Agito mis manos, nerviosa.

Mi lado perverso me dice que no estaría nada mal una noche para rememorar nuestra historia, pero mi lado racional me recuerda que Rodri no es cualquiera y es mejor no jugar con fuego porque puedes quemarte. Y Rodri es de los que abrasa.

Doy media vuelta y entro otra vez al pub. Busco a María con la mirada y, de paso, echo un vistazo a ver si lo ubico a él. Ahí está, apoyado en el billar, con una cerveza en la mano. Suspiro. ¡Olvídalo, Cris! Por fin encuentro a María. Ahora está sola otra vez en la barra.

—¡Has vuelto! —dice en cuanto me ve.

—No tenía muy claro la hora del vuelo y he visto que no sale hasta las cinco menos veinte. Puedo tomarme otra. —Sonrío.

Charlamos. Ahora me habla sobre el chico con el que se ha encontrado. Intento prestar atención a la conversación, pero no puedo evitar que mi mirada se desvíe en dirección al billar. Me doy cuenta de que no soy la única que no está atenta a su conversación. Él también me mira y es como si activara algo dentro de mí.

Cristina, para. Terreno pantanoso. Megapantanoso. Me voy a casa. Se acabó. Termino la cerveza y salgo del bar, dejando a mi espalada a un Rodri que sé que también se ha quedado descolocado.

LAS REDES

Son las ocho y media de la mañana. Por fin es domingo. Me quedo en la cama un rato mirando el móvil. No llevo aquí ni cuarenta y ocho horas y tengo la sensación de haber llegado hace un mes. No sé si es por todo lo que me agita este lugar: mi madre, los recuerdos de Nico, mi niñez, la familia unida y feliz que comía alrededor de una mesa el marisco recién traído de la lonja, o por las ganas que sigo teniendo de romper con todo. Viene mi abuelo otra vez a mi mente, aquella frase… Todos tenemos en nuestro interior algo de las *redeiras* porque estamos amarrados a aquello que ha construido nuestra esencia. Y las redes son fuertes, difíciles de romper.

Me levanto de la cama y me ducho. Me visto con unos vaqueros y un suéter beige. Recojo mi pelo en una coleta alta y bajo a desayunar. Encuentro a mi madre en la cocina con una taza de café caliente en sus manos.

Me acerco a ella.

—Mamá, hoy ya vuelvo para Madrid.

—Lo imaginaba —dice con un hilo de voz.

—No sé cuándo regresaré, pero me gustaría que la próxima vez salgamos juntas a dar un paseo por la playa. —Silencio—. O podemos ir a comer un *croissant* tan rico a aquella cafetería….

No sé qué me ha hecho lanzarme a proponerle algo así. He sido muy cobarde con ella porque no sabía enfrentar la situación. También siento dolor de que todo gire en torno a Nico, como si Iria y yo nunca hubiéramos existido. Estoy como enfadada con ella, y no es justo, siempre la hemos tenido para lo que hemos necesitado. Ahora es ella la que nos necesita y no puedo fallarle.

—¿Mamá? ¿Te apetece?

Nada. Ella sigue igual. Suspiro.

—Si algún día quieres, estaré encantada de acompañarte —le digo mientras acaricio su mano.

Ella sigue en silencio y no noto ninguna reacción en absoluto. Levanto mis hombros. Miro la cafetera, desayunaría, pero ¿qué hago aquí con ella así? Me resulta bastante incómodo. ¿Cómo es posible? Me parte el alma pensarlo.

Aparece Iria y rompe el silencio.

—Buenos días.

—Buenos días —contestamos mi madre y yo casi al unísono.

—¿A qué hora te vas, Cris?

—A las tres y media viene papá a recogerme.

—¿Te apetece venir conmigo a la fábrica?

—¿Hoy también vas?

—Sí. Tenemos unas jornadas para familias. —Mi hermana nota mi cara de sorpresa y me explica—: Las hacemos dos veces al año. Es para que los trabajadores vengan a la fábrica con sus hijos y pasen un día diferente y divertido. Traemos payasos, hay teatro, cuentacuentos, pintacaras… ¡Este año tenemos también una cama hinchable!

—¡Qué idea tan buena!

—Hay que cuidar a la gente que trabaja para nosotros. Son nuestro bien más preciado.

En efecto, mi hermana vive para su trabajo. Y no lo hace nada mal, las cosas como son. Pero, si soy sincera al cien por cien, pasar las últimas horas que me quedan en O Grove metida en unas jornadas para las familias me parece el peor plan que pueden proponerme.

—Prefiero dar un paseo por la playa. Quizá en otra ocasión.

—Lo imaginaba —dice sin tomarlo mal. Me conoce bien.

Me despido de ella y salgo de la cocina tras dejar la cafetera en su sitio. Decido acercarme a la playa a dar un paseo.

El contacto de la arena fría con mis pies me da calma. Olvido a mi madre, a mi hermana, mi casa, mi pasado, a mi querido hermano y dejo la mente en blanco. Disfruto del olor a mar, de la brisa fresquita de la mañana, del sonido de las olas rompiendo en la playa, del cantar de las gaviotas… Cierro los ojos e inspiro. Esto no lo hay en Madrid.

Los abro y los vuelvo a cerrar de inmediato. ¡No puede ser! Los vuelvo a abrir. ¿En serio? Ahí está y viene hacia mí. Un pálpito en el pecho me recuerda que el corazón puede bombear tan rápido que asusta. Rodri. Otra vez.

—Has madrugado —dice mostrando una sonrisa.

Esa sonrisa con esos dientes blancos alineados a la perfección. Lleva un chándal con un pantalón gris y una sudadera negra. Tiene el pelo despeinado. Con la luz del día es incluso más guapo. Hacía tantos años que no lo veía… Está tan cambiado. Ahora es tan… hombre.

—No has perdido la costumbre —le digo señalando sus pies descalzos. Siempre le gustó pasear así por la playa.

—Por lo que veo, tú tampoco. ¿Cómo te va todo?

Noto cariño en su tono de voz.

—Bien, la verdad es que no me puedo quejar. Estoy trabajando en el Departamento de Comunicación de una cadena de supermercados ecológicos.

—Conseguiste tu sueño.

—Digamos que sí.

¿Era en realidad ese mi sueño?

—¿Y tú?

—Abrí la academia de surf en Carballo.

—¡No me digas!

—Sí… Ya sabes que, aunque el oleaje de la playa de Razo es variable, la calidad de sus olas es la mejor para adaptarla a cualquier nivel.

—Lo recuerdo. —Sonrío.

—Además, te voy a contar un secreto: en Razo se puede surfear en marea alta o baja de forma indiferente, aunque siempre es mejor hacerlo en media marea subiendo.

Habla del surf con tanta pasión… Puede tener barba, parecer mucho más adulto, haberse convertido en un hombre, pero sigue teniendo ese corazón limpio y la ilusión de un niño apasionado por su sueño. Como siempre, como antes.

Rodri es un alma libre, pero arraigado a su tierra. Soñador, pero con los pies en el suelo, bueno, más bien, encima de una tabla, surcando las crestas de las olas, sintiendo esa adrenalina cuando estás a punto de ponerte en pie.

Me quedo mirándolo embobada, sin decir una palabra. Cientos de recuerdos empiezan a pasar por mi mente, y me agitan, me golpean, me llevan a aquellos sentimientos… De pronto, aparece una chica morena, muy guapa, con el pelo recogido en una coleta alta.

—¡Hola! —saluda sin dejar de sonreír.

—Hola —contesto.

Rodri se queda en silencio. Me mira y percibe mi cara de situación. No la conozco.

—Esta es Lara, mi novia.

Silencio. ¿Y qué es eso? ¿Celos?

—Encantada. —Le doy dos besos.

Me siento muy incómoda.

—Bueno, tengo que irme.

—Que te vaya muy bien, Cris. —Rodri me dedica una sonrisa y aparece de manera tímida, como si le diera miedo salir de un escondite, aquella sensación olvidada.

—A ti también**.** —Quiero irme ya.

—Toma. —Saca una tarjeta de visita del bolsillo y me la da—. Por si algún día te apetece retomar el surf.

—Por si algún día te apetece volver a Madrid. —Le doy yo la mía.

Suspira. Suspiro. Por un momento es como si solo estuviéramos nosotros dos, con nuestro pasado llamando a la puerta, con todo aquello que zanjamos, que se terminó, que acabó… ¿Para siempre? Me muerdo el labio agobiada y me giro para irme de aquí.

Horas más tarde me recoge mi padre para llevarme al aeropuerto. Dejo mi equipaje en el maletero y me siento junto a él. Miro por la ventanilla y una punzada me golpea el estómago. ¿Cómo es posible que siempre me pase esto? No quiero venir; cuando estoy aquí, no dejo de pensar en irme, y cuando me voy… Otra vez esa morriña, ese sentimiento de dejar atrás lo que me pertenece, mis raíces, mi familia… Mi primer amor.

Hacía tantos años que no veía a Rodri… Suspiro intentando que mis pulmones me den calma y que el aire sirva como una vuelta a la realidad, a mi vida, a mi presente. Puedo parecer egocéntrica, pero he sentido cómo Rodri me miraba… diferente y, al mismo tiempo, como siempre, como antes, como cuando recorríamos la playa cogidos de la mano, notando esa arena fría bajo nuestros pies y el atardecer dibujaba escenas de cuento sobre nuestras cabezas.

—Hija —escucho cómo mi padre eleva la voz.

—Dime, papá.

—¿Qué te pasa? Estás muy rara.

—No, estoy bien.

—¿Es por tu madre?

—Es por muchas cosas, papá… Porque venir aquí me remueve. —Mi padre pone cara triste. Sé que le da una pena enorme que me vaya y no quiero dejarlo así—. Pero estoy bien. No quiero que te preocupes.

—Siempre serás mi pequeña. —Apoya su mano en mi pierna.

—Y tú mi grandullón. —Coloco la mía sobre la suya.

LA PRIMERA VEZ

_Prométeme que me llamarás todos los días. —Abracé a Rodri con todas mis fuerzas.
_Te lo prometo si no muero antes en el intento —contestó bromista.
_Es que no me puedo soltar, te juro que no puedo. —Apreté más fuerte—. Quiero memorizar cómo es esta sensación.

Fue hace siete años y él sonrió. Pero sonrió triste. ¿Cómo es posible que dos términos tan opuestos puedan tener sentido en una misma expresión? Esa sonrisa me sigue pareciendo la más bonita que he visto en toda mi vida. Como cuando la vi por primera vez…

Hacía tres años que había llegado a O Grove. Sus padres fueron de aquellas pocas personas que vuelven de la ciudad a sus orígenes con el objetivo de abrir un negocio y vivir de él para disfrutar de su trabajo y su tierra. Fueron años duros, pero consiguieron sacar adelante el hotel que crearon de la nada, hasta convertirlo en referente de la zona.

Estaba con mis amigas dando una vuelta por la plaza de O Corgo, el lugar de encuentro principal de todas las actividades folclóricas, lúdicas y religiosas de las Fiestas del Carmen, que se celebraban en pleno mes de julio. Habíamos pasado la tarde viendo la procesión marítima acompañando a la Virgen, a quien se rinde culto, para depositar una ofrenda floral a aquellos que han dejado su vida en el mar. Me alucinaba aquella procesión, me parecía tan emocionante… Mi abuelo me había hablado tantas veces de los pescadores que no vuelven a casa… Siempre decía enfadado: «¡Para que luego digan que el precio del pescado es caro!». Mucho más caro era el precio que tenían que pagar ellos al dejar su vida en el mar. Y sus familias, sus mujeres, hijos, padres… Para todos nosotros, la procesión de la Virgen del Carmen es muy importante porque rinde homenaje a eso que llevamos dentro y que todos, en mayor o menor medida, hemos sufrido. Si no es un familiar cercano, es un amigo o conocido, pero, por desgracia, todos sabemos lo que es perder a alguien en el mar.

Estaba emocionada y exaltada. Más bien, esto último. Una vez que terminó la procesión, volvimos a nuestras fantasías de adolescentes. Paseábamos por la feria creyéndonos las más importantes, mayores, saludando a unos y a otros, pasando de las atracciones, eso ya era para niños… Y lo vi. Ahí estaba ese gesto. Nunca olvidaré aquel momento. Nunca había visto una sonrisa así.

Rodri hacía cola para subir a una atracción. Estaba con otros chicos, con los que hablaba animado. A mí me parecieron tan infantiles… Pero me llamó la atención él. No lo había visto nunca y en O Grove nos conocemos todos. Llevaba unos pantalones vaqueros y una sudadera con capucha negra y no dejaba de reírse. En cuanto lo vi, noté que era una de esas personas que tienen ángel. Otros lo llamarían don de gentes, para mí era algo más. Lo percibí en sus gestos, en la forma de relacionarse con los demás, y lo corroboré minutos después cuando hablamos por primera vez.

A pesar de las inseguridades que tengo en cuanto a mi físico, siempre he tenido claro lo que quiero y no dudo en ir a por ello. Puede salir mal, lo sé, en aquel momento podía haber salido fatal. Pero salió bien. Demasiado bien.

—¿No creéis que ya sois un poco mayorcitos para las atracciones? —Me acerqué lanzada a ellos.

Conocía a todos los demás porque eran del pueblo. Bromeábamos a menudo, chicos contra chicas y cosas de esas que ahora me parecen tan absurdas.

—¿Propones algo mejor? —contestó uno de ellos.

Miré al cielo, moviendo mi cabeza. ¡Qué infantiles!

—A lo mejor lo que pasa es que a ti te da miedo —soltó Rodri.

Y ese fue el instante en el que nuestros ojos se cruzaron por primera vez. Y lo sentí. Lo sentí en aquel momento y todavía puedo sentirlo ahora. Fue tan fuerte... Fue él, Rodri, eso era lo que me transmitía. Una explosión, una bomba atómica, caos y centro al mismo tiempo. Y supe, con aquella frase desafiante, que aquello no había hecho más que empezar.

UNA LOCA DE LA VIDA

Bueno, por fin en casa. Menudo fin de semana… Se acabaron las penas. ¿Dónde está mi móvil?

—Hola, Berta, ¿qué haces?

—Pues, mira, llevo toda la tarde viendo perfiles de *influencers* en Instagram.

—¿Qué te tengo dicho de trabajar los fines de semana siempre que no sea necesario?

—«Trabaja cuando no debes y acabarás odiando lo que haces» —repite una frase parecida a lo que yo suelo comentarle.

Me río. Es tremenda.

—¿Te apetece que tomemos algo? —propongo.

—¿Ahora?

Miro el reloj. Son casi las diez de la noche.

—Vale, no hace falta que lo digas. No es buena idea, es domingo, tarde… Mañana trabajamos. —Alargo todas las palabras que pronuncio.

—Voy para allá.

Lo sabía. Mi amiga es así. No sé si es porque le encanta la juerga o porque me conoce demasiado bien e intuye que no me vendrá nada mal una charla después de un fin de semana en Galicia.

A la media hora exacta suena el timbre. Berta entra por la puerta con unos vaqueros *mom fit*, unas deportivas con plataforma, un top verde flúor, que deja su vientre plano al aire, y una cazadora vaquera *oversize*. Muy Berta todo. Y en la mano, una botella de vino.

—Me la regalaron el otro día en un evento. He mirado el precio en internet y vale treinta euros, así que tiene que ser bastante bueno.

Le doy un abrazo.

—Lo necesitaba —confieso.

—¿Por qué crees que estoy aquí un domingo? Tarde… Cuando mañana trabajamos… —repite mis palabras.

—¡Porque eres la mejor!

Nos sentamos en el sofá y charlamos largo y tendido. Le cuento cómo ha ido mi viaje, sobre todo, con mi madre. Me parte el alma verla así.

Cuando volvemos a mirar el reloj, un poco achispadas, son casi las doce y media de la noche.

—Me voy a casa, que mira qué hora es. Si no, verás mañana qué dolor de cabeza… —Se levanta del sofá y se tambalea. Se echa a reír.

Río con ella.

—¡Menos mal que vivimos cerca y puedes ir andando!

—No sé yo si para lo del dolor de cabeza no será ya tarde.

Volvemos a brindar. Nos abrazamos y terminamos nuestras copas de vino.

—Gracias por venir.

—Me voy.

Me da un beso sonoro en la mejilla.

—Avísame al llegar a casa, que no me acuesto hasta que no sepa que estás sana y salva.

—Puta mierda… Tiene narices que no pueda ir segura a casa… ¡Qué asco de sociedad!

—¡Y que lo digas!



A la mañana siguiente me levanto como nueva. A pesar del ligero dolor de cabeza, tengo ganas de seguir con mi día a día. Selecciono unos pantalones negros encerados y una camisa blanca y negra con estampado de cebra. Tengo una reunión importante y debo ir bastante arreglada. Completo el *look* con unos botines de tacón y una americana, ambos negros.

Cojo mi bolso de mano, las llaves, el móvil, gafas de sol… Creo que no se me olvida nada. Un último vistazo en el espejo y estoy lista.

Abro la puerta del portal y ahí está otra vez ese David de Miguel Ángel transportado al año 2023 en forma de ejecutivo sexy. ¡Cómo puede ser tan guapo! ¡En serio! ¡Es que es demasiado! Este tipo de gente ha debido de tener una vida muy fácil, ¡joder! Sin complejos, inseguridades…

Desde hace cosa de un mes, lo veo todas las mañanas en la cafetería de en frente de mi casa. Siempre trajeado, con camisa, sin corbata, pelo peinado al milímetro, el periódico en una mano y el café en la otra. En serio, es de revista. Todo él; todos sus gestos, su ropa, su pelo, su cara, hasta el periódico con el café.

No sé qué cable se me cruza, pero decido atravesar el paso de cebra y entrar en la cafetería. Me acerco a la barra sin perder de vista lo que hace ese adonis caído del cielo, pido un café con leche y me siento a su lado. Alrededor de la cafetería hay una barra que da a la calle, pensada para la gente que va sola. Dejo mi bolso en un taburete, me siento en el otro, cojo el edulcorante y lo echo en el café. El chico se mueve como si fuera a irse. No puedo dejar que esto acabe así. Saco de mi bolso un taco de *post-it* y escribo mi nombre y mi número de teléfono. Mientras se levanta, cojo su móvil y lo pongo detrás.

Me quedo inmóvil sin perder de vista lo que hace: se pone la americana, coge el periódico con una mano y el móvil en la otra. Es un gesto tan habitual que no se da cuenta de que lleva pegada mi declaración de intenciones.

Se va y yo me río. Es posible que se caiga antes de verlo o que, al darse cuenta, lo tire. Al fin y al cabo, ¿a quién se le ocurre tal cosa? Podría tratarse de una psicópata, una admiradora secreta o, algo tan sencillo como mi caso, una loca de la vida con ganas de echarle un buen polvo.

Me tomo el café a toda prisa, siempre salgo con el tiempo justo y no quiero llegar tarde al trabajo por mi ocurrencia.

NUESTRO PRIMER AMOR

Pasamos los mejores años de nuestra vida. Vivimos nuestro primer amor y, por el momento, por lo menos para mí, el único. Todos los que vinieron después fueron buenos, o no tan buenos, pero nada comparado con aquellos sentimientos de amor adolescente.

Tal como intuí, aquel «igual a ti te da miedo subirte a una atracción» fue toda una declaración de intenciones. Le aseguré que no era así, que eso era cosa de críos y volvió a retarme:

—Es una buena forma de intentar esquivarlo.

Se acercó a mí captando más mi atención, si era posible. Negué con la cabeza cerrando los ojos. Intentaba parecer indiferente, pero, por dentro, me moría por subirme con él a la noria, a la olla, a los coches de choque, a la jaula… ¡A donde fuera!

—Podemos probar con algo tranquilito —propuso risueño.

—Paso —respondí segura de mí misma. Quería aparentar que sus provocaciones no me hacían efecto.

Rodri me cogió de la mano y tiró de mí. Y lo noté, noté cómo me ardía la mano y cómo ese calor inundaba todo mi cuerpo. Mientras andaba, giró la cabeza y sentí que a él le ocurría lo mismo. Había sido tan sencillo como eso, un simple roce, nuestro primer contacto, el primer piel con piel.

Llegamos a la noria, se acercó a la caseta y compró dos entradas sin soltarme.

—No sé cómo pretendes pagar así —le dije levantando nuestras manos unidas.

—No pienso dar opción a que te escapes.

—Son seis euros.

—Te las pago al bajar, ¿vale? —le pidió al feriante.

—No, hay que pagar ahora —contestó con cara de pocos amigos.

—Te juro que te pago al bajar.

—No —respondió tajante el señor, que tenía una cadena de oro que debía pesar lo suyo.

En ese momento, Rodri se soltó el reloj y se lo acercó a la cabina.

—Toma. ¿Te vale de fianza?

El hombre lo miró interesado.

—Créeme que vale mucho más de seis euros.

—Me vale —dudó, pero terminó aceptándolo.

Rodri, satisfecho, apretó más mi mano y tiró de mí hacia la atracción.

—¡Estás loco!

Se giró, me guiñó un ojo y yo me derretí. Sí, tan fácil. Tenía el corazón a mil por hora, estábamos a punto de subir a varios metros del suelo y yo ya me sentía muy por encima de las nubes. Lejos de intentar escabullirme, apreté su mano y dejé que me llevara con él a uno de los asientos de la noria. Cerró la puertecita de rejas y, por fin, liberó mi mano. Sin embargo, yo quería más, en esos escasos quince minutos que hacía que nos conocíamos, ya me había creado una necesidad, la suya. La de un nosotros.

Fue así. Dicen que hay amores a primera vista, sin duda, Rodri lo fue, y también a primer contacto, a primera mirada, a primera caricia. Fue el primero en todo y eso, siempre, es más. Siempre suma.

En esa misma noria nos dimos nuestro primer beso solo dos días después. La primera vez fuimos dos adolescentes tímidos, hubo poca conversación, pero muchas miradas y atisbos de sonrisa.

Cuando la atracción paró, abrí la puerta y, justo antes de poner el pie fuera, volvió a coger mi

mano.

—Esta solo ha sido la primera —dijo convencido.

Me alucinaba la seguridad que tenía en sí mismo. Me sonrió otra vez, con esa bondad absoluta que había en ese gesto suyo. Le sonreí. Era lo que sentía.

—Ya veremos —contesté.

Volvió a sonreírme. Nuestras miradas se dijeron tantas cosas… Fue como si los dos fuéramos conscientes de todo lo que vendría después, de que aquello era, tal como había dicho él, la primera de tantas otras primeras veces juntos.

Y así llegó nuestro primer beso. En esa noria que, cada año, en las fiestas, visitábamos como tradición:

Yo miraba el atardecer, el cielo estaba precioso, los anaranjados teñían de color el cielo azul que tanto me gustaba, ese que siempre he pensado que no se ve en otro sitio igual. Se acercó a mí en el asiento para captar mi atención, pasó un brazo por encima de mis hombros y me dio un beso suave en la mejilla. Sonreí. Sentí calor, paz, calma, casa. Me giré y nos miramos, me perdí en ese azul de sus ojos en los que destacaban unas pequeñas motitas de un azul más intenso. Me llevó a pensar en las olas del mar. Días después descubrí que era su pasión. Se acercó a mí y sus labios rozaron los míos, despacio, con esa calma que me había transmitido, pero despertando en mí emoción, nervios, ganas de saltar y gritar al mundo entero que en dos días me había enamorado.

Al día siguiente, fui con mis amigas a ver el atardecer en la playa. Hacía un tiempo estupendo y había decidido ponerme unos vaqueros cortos desgastados con un top blanco. Dejé mi pelo largo al viento y me pinté los ojos, un poquito de colorete y cacao en los labios. Estaba muy nerviosa. Sabía que me podía encontrar a Rodri en cualquier momento y quería estar guapísima. Eso me pasó solo aquella vez. Después con él era todo tan fácil…, nunca volví a tener esa necesidad de sentirme estupenda, solo me limitaba a ser yo, me arreglaba por y para mí. Por supuesto, me gustaba que él me viera guapa, pero no sé cómo explicar… No tenía que esforzarme porque él me hacía sentir que era la más guapa, la mejor, la más simpática, divertida, alegre… Y no me lo repetía a cada segundo, tampoco es que lo hiciera muy a menudo, Rodri no era de palabras, era de gestos, de demostrarlo con pasos firmes.

Llegamos a la playa y, tal como podía imaginar, estaba el grupo de chicos sentados frente al mar, charlando animados mientras tomaban unas Estrella Galicia. Mis ojos lo buscaron y encontraron al instante. Se estaba riendo con esa sonrisa perfecta, ese pelo despeinado… Llevaba una sudadera blanca, lo que resaltaba más su pelo oscuro y esos ojos azules. Sentí una explosión en el estómago. Noté que hasta me temblaban las piernas de lo nerviosa que me puse. Y me mordí el labio, lo recuerdo a la perfección, y sentí un cosquilleo que se extendía por todo mi cuerpo. ¡Me moría por besarlo otra vez!

—¡Vamos, Cris! —gritó una de mis amigas bajándome a la tierra.

—Voy.

Nosotras también llevábamos unas bolsas con cervezas. En cuanto nos adentramos en la playa, Rodri me vio y al instante me sonrió. Era como si tuviéramos un clic dentro que se activaba en cuanto el otro se cruzaba en su camino. Levantó la mano y la agitó animado para saludarme. Levanté la mía y le devolví el saludo.

Nos colocamos cerca de ellos, pero sin que se notara que nos moríamos de ganas por juntarnos. En mi caso… ¡más que evidente! Pero mis amigas tampoco se quedaban atrás. A una le gustaba uno, a otra el otro… Extendimos una manta gigante y nos sentamos encima. Una de mis amigas repartió cervezas para todas y abrió una bolsa de patatas fritas.

Juro que me tiré la siguiente hora intentando seguir la conversación, pero no podía. No sabía cómo actuar con Rodri, ¿quizá tenía que haberme acercado a él? Hacía menos de veinticuatro horas que nos habíamos besado… ¿Y ahora qué? ¿Éramos novios? No, no lo habíamos hablado… Porque había que hablarlo, ¿no? No sé cuántos interrogantes aparecieron en mi cabeza, lo que sí sé es que pasamos todo ese tiempo mirándonos, sonriéndonos, esperando, quizá, a que el otro diera ese primer paso. Yo me moría de ganas, pero no me atrevía porque tampoco sabía muy bien qué hacer. Hasta que llegó uno de los momentos más especiales que recuerdo de toda mi vida.

Apreté la cerveza en mis manos porque sentía que se me iba a caer cuando vi que Rodri se levantó, me miró, me sonrió y vino hacia mí.

—Hola, chicas —dijo en cuanto llegó.

—¡Hola! —contestaron todas al unísono emocionadas porque parecía que, por fin, nos íbamos a juntar con los chicos.

Casi me muero cuando se agachó, se sentó a mi lado, pasó uno de sus brazos por encima de mis hombros y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, Cris —me dijo en un tono más bajito.

Le sonreí. Me morí de amor con aquel gesto. Estaba nerviosísima, ni qué decir tiene cómo estaba él. Lo noté. Éramos dos jovencitos tímidos, con miedos, vergüenza, pero seguros del otro. Sentí su calor. Me sentí tan a gusto... Me parecía alucinante cómo podíamos tener tanta confianza en tan poco tiempo, cómo era tan fácil romper esa barrera con un simple gesto. Cómo me sentía con él.

Me reí al ver las caras de mis amigas. Sabían lo que había pasado el día anterior y que estaba loquita por Rodri. Se emocionaron muchísimo cuando vieron el beso tan tierno que me dio en la mejilla, intentaban hacer como si nada, pero se les notaba muchísimo y no podían evitar esa risa tonta. A mí me hizo mucha gracia aquella situación. Quería decirle a Rodri que no me acababa de enamorar solo a mí con ese gesto, pero aquella palabra era demasiado…

—¡Ey, Rodri! ¡Ven! —lo llamó uno de sus amigos.

—Ven tú.

Me gustó mucho que no se avergonzara de estar con nosotras, que no se pusiera en ese rollo de machito con los colegas.

—Nos acaban de avisar de que el chalet está vacío. —Al final fue su amigo el que se acercó —. Hola, chicas, ¿qué tal?

—No es buena idea.

—¿Que no es buena idea?

—No.

—¿El qué no es buena idea? —Una de mis amigas decidió participar.

—Atreveos a venir con nosotros y lo descubriréis.

—¡Bua, ya ves tú! —contestó otra.

—Ya estamos con chulerías —añadió la primera de ellas.

—Sí, sí… Pero no os atrevéis.

—¡Vamos! —Mis amigas se levantaron decididas.

—¿Qué es eso del chalet? —pregunté a Rodri.

—Los dueños se van temporadas largas y digamos que… cuidamos su piscina…

—¿Os coláis?

—Más o menos. —Mostró una risa pícara.

—¡Qué divertido! ¡Yo también me apunto! —Me levanté supermotivada.

—No es buena idea, Cris, si nos pillan…

—No nos van a pillar. —Me emocioné pensando en lo atractivo que resulta lo prohibido.

—¡Es verdad! ¡Vamos!

Cogió mi mano y tiró de mí. Echamos a correr tras el resto.

El chalet estaba cerca. Por delante parecía una propiedad infranqueable, pero por la parte de detrás, tenía una valla metálica con un agujero. Con los setos no se veía bien, estaba claro que, si no lo sabías, era imposible pensar que por ahí se pudiera acceder. Lo que me animó más todavía. Más secreto, más emoción, menos probabilidad de que nos pillaran.

En cuanto entramos, todos empezaron a tirarse a la piscina vestidos. Yo me partía de risa, me pareció un plan tan guay que la adrenalina me invadió y fui yo la que, en esa ocasión, le mostró la palma de la mano a Rodri y, en cuanto él la agarró, tiré de ella hacia el agua. Caímos sin soltarnos. Sentí que mis pulmones necesitaban oxígeno y noté como Rodri tiró de mí hacia la superficie. Tan pronto como salimos a flote, me miró, le caía el agua por la cara y no paraba de reírse. Pasó las dos manos por detrás de mi cuello, me acercó con decisión y me besó con ganas, con pasión. Fue un beso muy diferente al del día anterior. Fue un beso con el que comprendí que lo nuestro no solo era amor, esa palabra tan grande se nos había quedado demasiado pequeña.

Y así, poco a poco, se fue forjando nuestra relación. Todo empezó como dos jovencitos con las hormonas a flor de piel y se convirtió en el más sincero para siempre.

—*Pero yo quiero estar contigo, juntos, para siempre.*

Ese fue el inicio de nuestro declive. Los últimos meses de instituto, la incertidumbre sobre nuestro futuro sobrevolaba nuestras cabezas, pero ninguno de los dos nos atrevíamos a hablar de ello, parecía que eso lo convertiría en real y no estábamos preparados.

Yo tenía claro que quería estudiar Periodismo, podía haberlo hecho en Santiago, más cerca de casa. Pero mi ilusión siempre había sido Madrid y la muerte de mi hermano me pedía a gritos alejarme todo lo posible. Rodri quería estudiar INEF, lo había tenido claro desde pequeño. Yo sabía que podía hacerlo en Madrid, me habría encantado pedirle que viniera conmigo, pero en todo momento fui consciente de que nunca lo haría. Madrid no era para él. Y yo tampoco quería proponérselo, no podía hacerme responsable de que no estuviera bien porque, en el fondo, algo dentro de mí me decía que, si se lo hubiera pedido, habría venido.

—Yo también quiero estar contigo para siempre —le contesté aquella tarde en la que di el paso y le conté mis planes.

—¿A distancia? Las relaciones así no funcionan —se enfadó.

Estábamos en la playa, nos habíamos sentado a ver el atardecer, sintiendo la arena fresquita bajo nuestros pies descalzos. Rodri se levantó. Fui tras él.

—Sí funcionan. Además, no es para toda la vida. La carrera dura cinco años —intenté tranquilizarlo.

—Sí, claro… Y cuando termines vas a venir a trabajar aquí, ¿no? ¿A O Grove?

—¡Joder, Rodri! ¡No lo estás haciendo nada fácil!

—¿Y tú? ¿Acaso tú lo pones fácil?

Cogí su cara entre mis manos y me puse de puntillas para acercarme más a él. Sentí cómo temblaba y me enamoré más de él si era posible.

—Necesito alejarme.

Cerró los ojos y apretó los labios. Negó con la cabeza.

—No quiero perderte, Cris. —Una lágrima resbaló por su mejilla.

Me rodeó con sus brazos y me acercó a él.

—Te quiero, te quiero como nunca voy a querer a nadie. Eres mi loquita. Mi tostada con

tomate por las mañanas, mi baño en el mar al atardecer, mi tabla, mis pies descalzos sobre la arena. Eres mi todo, Cris.

Lloré. Lloré con el alma encogida. Y dudé. Dudé esa y muchas veces. Yo también tenía miedo. Sabía que las relaciones a distancia eran difíciles, pero nosotros éramos diferentes. Nos queríamos con tantas ganas…

JUGANDO CON VENTAJA

—¡No te vas a creer lo que acabo de hacer! —le digo a Berta en cuanto entro en la oficina.

—¿Viniendo de ti? ¡Me creo cualquier cosa!

Me río. Pues también es verdad… Desde luego, no se puede decir que no vivo con intensidad. Aparece nuestro jefe, así que decido posponer la conversación para otro momento. Dejo el bolso en el mueble donde tengo todas mis cosas, enciendo el ordenador y me siento con la intención de mirar el correo. Queda una hora para la reunión. Podría avanzar algo, pero tengo la cabeza en otro sitio.

Contesto tranquila a los correos, vuelvo a revisar la presentación y, cuando miro el reloj, quedan solo quince minutos para verme con mis jefes. Miro el móvil. Nada. Voy al baño y me retoco el maquillaje.

—Me tienes intrigada —me dice Berta en cuanto salgo.

—¡Es que vas a alucinar!

—¡Cuenta!

—¿Te acuerdas del chico de la cafetería? —No aguanto más.

—Guapo, trajeado, peinado a la perfección, moreno, mirada negra azabache… ¡Cómo lo voy a olvidar si llegas casi todas las mañanas hablando de eso!

Pongo los ojos en blanco y muevo la cabeza de un lado para otro.

—¡Ya sé que soy pesada! Tampoco hay que estar recordándomelo…

—Sabes que te quiero. —Es la forma que tiene Berta de pedirme disculpas.

—Y yo… Pero como has sido tan mala, no te voy a decir nada de lo que ha pasado.

—¡No fastidies! —Se levanta y se acerca a mi sitio—. Tengo derecho a saberlo.

Miro el reloj. Las diez en punto.

—Tengo que irme.

—Luego me lo explicas con lujo de detalles.

—Vaaale, si insistes… —Me muero de ganas de contárselo.

Tenemos la reunión en una sala que hay contigua al supermercado, en la planta baja, lo que es una casualidad estupenda para encontrarme con Matteo, el carnicero cachas. ¡Hoy es mi día de suerte!

—*Ciao* —me saluda desde lejos.

—*Ciao*.

Él se ríe. Le ha hecho gracia que le conteste en su idioma. Me acerco. No sé qué me pasa hoy, pero estoy lanzada.

—*Buongiorno, Matteo*.

—*Buongiorno, Cris*.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien, y veo que tú también —dice con ese marcado acento italiano. Noto cierto flirteo en el comentario.

—La verdad es que sí. Tengo que dejarte, me esperan para una reunión.

—Creo que ya no hay reunión.

—¿Cómo que no hay reunión?

Él señala a la secretaria de mi jefe, que entra por la puerta hacia mí.

—Cris, tenemos que cancelar.

Me cuenta toda la película de que mi jefe ha tenido que ir a otra cosa importante para cerrar no sé qué… La verdad es que dejo de prestar atención. ¡Me da muchísima rabia!

—Pues nada… Otro día será.

Me doy la vuelta para subir a la oficina y, justo antes, veo que Matteo me guiña un ojo, pero estoy tan enfadada que no le hago mucho caso.

Berta se sorprende en cuanto me ve aparecer.

—¿Y la reunión?

—Cancelada —contesto cabreada.

—No te preocupes, mañana hablas con él.

—Estuve toda la semana pasada preparando la propuesta de comunicación interna.

—¡Cris! No hagas dramas, no significa que no la hayan cogido, solo se ha pospuesto la presentación. ¡Venga! Aprovechemos la oportunidad, todo pasa por algo. Tenemos una conversación pendiente.

Tiene razón. Tampoco me voy a amargar. Dejo encima de la mesa las carpetas que llevo, me siento al lado de Berta y le cuento mi genialidad con el chico de la cafetería.

—¿Y nada? —Mira mi móvil.

—Nada… Habrá perdido el *post-it*.

—Déjate de mensajitos y ve directa al grano si lo ves mañana en la cafetería otra vez.

—Sí, claro, y le digo: «Hola, soy Cris, te veo todas las mañanas, estás tremendamente bueno y me encantaría pasar una noche contigo», ¿no?

Nos reímos a carcajadas.

—Cuéntame, ¿cómo vas tú con los preparativos de la boda?

—Muy atrasada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Buf, no sé ni qué decirte… Manteles, flores, mesas de invitados. Creo que eso es lo peor, pero no puedes hacer nada. ¿Te imaginas la que podríamos liar?

—Tendrías que sentar a la gente al azar. ¡Amistades nuevas!

Cojo el móvil y, en cuanto lo desbloqueo, no puedo creerme lo que ven mis ojos. Una llamada perdida de un número que no conozco. Y no es largo ni nada de eso. Descartada compañía de la luz, teléfono, hospitales…

—¡Me ha llamado! —Levanto la voz al mismo tiempo que el teléfono.

—¡No me jodas!

—A ver, calma. Puede que no sea él —me digo para no llevarme un chasco.

—Es él.

—O no.

—Es él.

Empiezo a caminar de un lado para otro. Menos mal que no ha venido el jefe porque lo que es trabajar, hoy no lo estamos haciendo.

—Llámalo —me anima Berta.

—¿Estás loca?

—Así sales de dudas.

—Sí, claro. Y que piense que voy detrás de él.

—No, claro, no vaya a ser… —El tono de voz irónico de mi amiga me hace reír.

—Vale, sí, he ido detrás de él, pero justo por eso no puedo hacerlo otra vez. Si no, parecería una desesperada.

—¿Y crees que él va a insistir?

Me siento e intento calmarme.

—Vamos a ver…

—Cris, ya es mucha suerte que haya llamado una vez a un número que le deja una chica en un *post-it* con su nombre. Una vez. ¿Crees que va a llamar dos?

—Si lo ha hecho una…

El móvil se vuelve a iluminar.

—¡Oh, Dios mío! Es él. —Me pongo en pie y levanto el móvil enseñándole la pantalla a mi amiga.

Ella se levanta también y agita las manos nerviosa.

—¡Cógelo!

Sigo andando de un lado para otro. Miro la pantalla. La dejo de mirar. La vuelvo a mirar otra vez. Paro en seco. Respiro hondo.

—¿Sí?

—Hola, ¿Cris?

No hay duda. Es él. Afirmo con la cabeza como loca para decirle a mi amiga que es mi chico de la cafetería.

—Sí, soy yo.

—Hola…, eh… He encontrado un *post-it* con tu número pegado en mi móvil…

¡Mi madre! ¿Y qué le contesto yo ahora?

—Sí…

—Podrías ser una acosadora o algo así. Es posible que te suene creído el comentario, pero ¿qué otra cosa puedo pensar?

—Podría ser, pero no es el caso —respondo segura de mí misma.

—He dicho *podrías*…

—Yo también he dicho *podría*.

—Igual no está mal descubrirlo.

¡No me lo puedo creer! Esto es demasiado de película. A ver si el raro va a ser él…

—Juegas con ventaja. Sabes que te voy a decir que sí.

—Lo sé. —Suena tan sexy…—. ¿Qué tal el viernes para cenar?

—El sábado mejor.

En realidad no tengo planes, pero, oye, por no decirle tampoco que sí a todo.

—El sábado nos vemos entonces. ¿Te mando la dirección del restaurante por WhatsApp?

—Vale.

—Hasta el sábado.

—Adiós.

¡Oh, qué barbaridad! Esto es lo más surrealista y emocionante que me ha pasado en toda mi vida.

CUANDO ALGO SE ROMPE

Seis años y medio antes…

Me sentía mal. Muy mal. Era cien por cien consciente de que cada letra de ese mensaje me convertía en la peor persona del mundo, pero no podía hacer algo que no quería. Me apetecía ir a ver a Rodri, pero prefería mil veces más ir a la fiesta de la primavera, era la mejor de todo el año y no quería perdérmela. Sentía presión en el pecho, nervios en el estómago y bastante agobio.

Cuando pulsé la tecla de enviar me liberé. Seguí sintiéndome mal porque sabía el daño que le iba a hacer, pero me había quitado un peso de encima. ¡Santo cielo! ¿Cómo era posible que Rodri se hubiera convertido en un peso? Me sentía la peor persona del mundo entero por utilizar esa palabra. Lo quería como dudaba mucho que pudiese querer nunca a nadie, pero mi vida había cambiado desde que estaba en Madrid, aquí las cosas eran diferentes. Había conocido a muchos chicos en ese medio año que llevaba estudiando fuera de casa, nunca le había fallado, pero no me habían faltado ganas, la verdad…

Estaba echa un lío. Rodri era tan niño… Y los chicos que había en Madrid eran tan maduros, tan… ¡hombres!

Además, él nunca iba a salir de Galicia, un futuro juntos era imposible. Lo sabía y, aunque me dolía, debía mirar por mí.

La última vez que nos habíamos visto fue cuando estuve en casa por Navidad. Las cosas estaban más o menos bien, pero creo que ambos éramos conscientes de que no era como antes, y eso, para mí, era motivo más que suficiente para saber que ese «más o menos bien» era mal. Rodri siempre había sido calma, felicidad, risas… Y en los últimos meses se había convertido en agobio, lloros, tristeza. Primero, por la pena de tener que separarnos; después, porque algo se había roto entre nosotros. No sabría explicar qué había sido, era muy probable que la culpable fuera yo, lo admitía. Necesitaba volar… Y él me ataba a mi pasado.

Hacía meses que no me sentía al cien por cien, muchas veces le contestaba a los mensajes para que no se enfadara y porque me daba pena que lo pasara mal, pero yo no podía atar a la persona que más había querido en toda mi vida así, no podía retenerlo a mi lado por pena. Aunque doliera, a la larga, sería mejor. Era lo correcto. Me lo repetí una y otra vez para no dar marcha atrás. Él haría su vida, yo haría la mía y guardaríamos un buen recuerdo de los años tan bonitos que habíamos vivido juntos.

La última vez que estuve en Galicia en Navidad ya nos vimos menos, pasé más tiempo con mi familia y amigas. Fue tan diferente a los primeros fines de semana… Aquellas veces contaba los minutos para verlo y, cuando llegaba, no nos separábamos ni un segundo. Iba rápido a casa para comer o ducharme y cambiarme de ropa. Nuestro tiempo era para el otro, nos teníamos. Y, como bien auguraba él, nos habíamos perdido.

Mis recuerdos de la última Navidad se vieron interrumpidos en cuanto escuché el sonido del teléfono. No me atrevía a mirarlo. Sabía lo que podía pasar. Rodri era más de pasar de largo, de no afrontar las cosas, de retirarse… Por eso, esa llamada me sorprendía tanto como me dolía. Le había escrito para decirle que no podría ir el fin de semana y la respuesta no había tardado en llegar.

—¡Sabía que no ibas a venir!

En cuanto descolgué, escuché su voz alterada.

—Lo siento… Tengo que hacer trabajos.

—¿Trabajos?

—Sí… —mentí.

—Si no son trabajos serán exámenes, si no, el cumpleaños de una amiga; si no, una fiesta de toda la clase que no te quieres perder… Antes, tus prioridades eran otras.

—No es eso, Rodri.

—Sí, sí lo es, Cris. Llevas semanas pasando por completo de mí.

—Bueno, podemos decir que tú tampoco es que me hayas tenido muy presente.

Rodri había notado mi ausencia y él se había ido dejando también. Era injusto que se lo echara en cara, pero quería creer que cuando una relación no va bien, siempre es culpa de dos, sabiendo que, en este caso, no tenía ni un solo pero que recriminarle. Bueno… Quizá sí… Quizá esa inexistente intención de salir de su zona de confort, de evolucionar…

—¡Me he hartado! —soltó sincero.

—Rodri…

—Sabía que esto iba a pasar.

—Y yo sabía que lo ibas a decir.

No lo estaba viendo, pero no tenía duda de cuál era la expresión que se dibujaba en su rostro. Enfado, ceño fruncido, su cabeza moviéndose de un lado a otro mostrando impotencia y tristeza, esos ojos azul cielo convertidos en oscuridad.

—Lo siento. —No podía decirle otra cosa.

—¿Eso es todo lo que vale para ti lo que hemos vivido? ¿Lo resumes en un «lo siento»?

—¿Qué otra cosa quieres que te diga?

—Lo que sientes de verdad, ten narices y dime que ya no me quieres, que esto se te ha quedado pequeño, que yo no encajo en tu nuevo mundo, que se acabó. ¡Dímelo, Cris!

Silencio.

—Dímelo, Cris, porque si no, te juro que cojo ahora mismo el coche y me planto en Madrid.

No podía ser. Aquello no podía estar pasando. En teoría, yo era la valiente. Él era el cobarde. ¿En qué momento habíamos cambiado los papeles?

—No puedo —conseguí decir.

—¿No puedes? ¿Qué coño es lo que no puedes? —alteró más la voz.

—Lo siento, Rodri.

Silencio. Otra vez.

Me quedé esperando una respuesta, pero lo único que escuché fue su respiración. No sé cuánto tiempo estuvimos al otro lado del teléfono sin decir nada, hasta que él cortó. Sin despedirse, sin escuchar una última palabra. ¿Para qué? Ya estaba dicho todo.

Me dejé caer en el sofá, abrazando a Yeyé, y recordé aquella vez que estuve mala. Cogí la famosa enfermedad del beso y tuve todos los síntomas posibles: cansancio, dolor de garganta, fiebre, dolor de cabeza, bazo inflamado… Pasé quince días en la cama y Rodri no faltó ni uno solo.

Tuvimos suerte y él no se contagió. Estuvimos todos esos días sin darnos besos, pero no hacía falta, aprendimos a besarnos con la mirada y con los gestos. Se dedicó a cuidarme cada hora; me hacía mucha gracia porque me ponía cojines debajo de la espalda y yo no los necesitaba, me daba masajes, me contaba historias del pueblo, me traía revistas, cosas ricas de comer cuando me empecé a encontrar un poco mejor… Y no existía el día en el que no me juraba volverse loco al tener que contenerse para no besarme, para mucho más. Hasta que llegó.

Habían pasado catorce días desde que me habían diagnosticado, yo me encontraba mucho mejor, mis padres habían salido y nosotros no podíamos más. Hicimos el amor como locos,

encima del escritorio, contra la pared, encima de la silla, hasta terminar en la cama. Nos teníamos tantas ganas que nos saboreamos con desesperación.

A pesar de lo mala que estuve, recordaba esos días muy especiales. En ocasiones, incluso, había llegado a querer repetirlos. Rodri no se había separado de mí ni un segundo y enamoró a mis padres, igual que lo había hecho conmigo hacía meses. Al principio, me empeñaba en decirles que éramos buenos amigos, pero, al final, terminé confesándoles que éramos novios. Recordaba cómo mis padres se habían mirado y se rieron cuando se lo conté. A mí me costó muchísimo dar el paso, y para ellos no fue ningún descubrimiento.

«Siempre te voy a cuidar» fue la frase que más repitió esos días. A veces, decimos palabras que significan demasiado. Prometemos infinitos, sin saber que los «para siempre» se van tejiendo poco a poco, lento.

Tan lento como empezaron a resbalar las lágrimas por mis mejillas, despacio, pero sin detenerse. Como ríos que llegan a su desembocadura, a su fin.

LAS COSAS MÁS SIMPLES

Por fin parece que voy a poder presentar la propuesta de comunicación interna. Tenemos una reunión a las once, así que, aprovecharé para repasarla bien cuando llegue a la oficina.

Miro el reloj y veo que no son ni las seis de la mañana, con los nervios me he despertado antes de la cuenta. Podría quedarme en la cama, pero necesito moverme para no repasar en mi mente la propuesta una y otra vez, como llevo haciendo toda la noche.

Entro en la ducha y noto la placentera sensación del agua recorriendo mi cuerpo. Obligo a mi cabeza a desconectar y me imagino en una playa desierta, el sol brillando en lo alto, el agua del mar con sus olas rompiendo en la arena, la brisa agitando las palmeras… Podría estar en el Caribe, sentada en una tumbona, tomando una piña colada mientras luzco el último modelo de bikini de Andrés Sardà. Toda una mujer exitosa disfrutando de su merecido descanso con un acompañante como Dios manda. Imagino al chico de la cafetería a mi lado, con su tabletita de chocolate, un bañador negro y el pelo despeinado. Buf… Podría seguir imaginando tanto…

Abro los ojos y vuelvo a la realidad. A ver qué tal nos va en nuestra cita. Sin pensarlo, me muerdo el labio. La verdad es que tengo ganas. Espero que no sea un depravado.

Me visto con un traje de chaqueta salmón y una camisa con florecitas del mismo color. Por encima, me pongo la bata de estar por casa para no ensuciarme con el desayuno. Me preparo unas tostadas de queso, un café y desconecto mientras veo Instagram. Sin duda hay que tener una vida muy emocionante para tener contenido suficiente para compartir. Aunque soy bastante consciente de que la mitad de lo que se cuenta en las redes sociales no es tan estupendo como parece.

Cuando termino, me lavo los dientes, me seco el pelo, me maquillo y me pongo los zapatos de tacón que simulan la piel de una serpiente.

A las dos horas estoy frente al jefe supremo, la directora y el tercero en la línea de sucesión, el que me comentó Berta que era un chico tan majo, preparada con mi presentación en el *pendrive*, que les doy impresa y encuadernada. Me escuchan, hacen preguntas, comentan ente ellos y, al final, me dicen que no.

—Está muy bien la propuesta, pero ahora no podemos asumir ese gasto.

—¿Qué gasto? Podría hacerlo yo, de hecho, esa era mi idea.

—No creo que tú sola puedas encargarte de un proyecto de tal envergadura —dice mi jefe mandando mi ilusión a la basura.

—Sí puedo, sería cuestión de organizarme.

—Ya se han hecho cosas parecidas, de hecho, se hacen —añade la directora, a la que noto que no le caigo bien.

—Sí, pero sin un orden, sin un plan —intento defender mi propuesta.

—Por el momento, es más que suficiente. Tenemos que centrarnos en nuestros clientes, no en el personal. —Mi jefe vuelve a sonar cortante.

—Los empleados del supermercado pueden ser los mejores embajadores de la marca. Si ellos conocen lo que se hace, lo difunden… A fin de cuentas, nuestro público objetivo es grande. Tiene nicho en cualquiera de los contactos de…

—Si quisiéramos hacerlo bien, con un plan como Dios manda —comenta la directora echando por tierra mi trabajo, su especialidad—, necesitarías a alguien que te ayudase o, incluso, que asumiese la totalidad del proyecto, y no es el momento. Ha habido muchas bajas en los últimos meses y tenemos otras prioridades.

—Quizá por eso mismo deberíamos replantearnos la propuesta.

Le digo esto último con toda la educación del mundo, aunque lo que me encantaría es gritarle si no se han planteado por qué narices ha habido tantas bajas. Mucho kit de bienvenida, pero luego no se cuida de verdad a los empleados; si se hicieran políticas de recursos humanos pensando en ellos… ¡La odio!

—Muchas gracias, Cristina, tendrá que ser en otro momento —añade el tercero en la línea de sucesión. El único que, por lo menos, da las gracias.

Me quedo en silencio viendo como se levantan y se van. La directora, incluso, deja la presentación en la mesa y se va sin ella. ¡Qué manera de despreciar mi trabajo! ¡Con todas las horas que le he dedicado! Y lo peor no es eso, lo peor es la ilusión, las ganas de avanzar, de hacer cosas diferentes… Todo a la mierda.

Suena el móvil y veo un whatsapp de Berta pidiéndome que le cuente cómo ha ido la reunión en cuanto salga. Hoy no está en la oficina porque ha tenido que ir a cubrir un *show cooking* a uno de nuestros supermercados. La llamo.

—Nada. No han querido.

—Bua… Lo de siempre.

—He puesto toda la ilusión del mundo en el proyecto, y si vieras el desprecio… ¡Qué impotencia! —Me entran ganas de llorar, pero, por supuesto, no pienso hacerlo en la oficina.

—Olvídate, Cris, a por otra cosa. Sigue con tu trabajo como siempre y ya está. Era una buena propuesta, lo sabes.

—Sí, claro que lo era. Por eso me da más rabia todavía.

—Pues que no te la dé. Al final, no es tu empresa ni vas a ganar más por ello. Hazme caso. ¡Tengo que dejarte, que viene el chef!

Cuelgo, apago el portátil, recojo mis cosas y me voy a mi sitio. Paso el resto de mañana con una rabia tremenda. ¡Los odio a todos! Pero mucho más a ella. ¿Quién se ha creído esta señora para despreciar así a la gente? Ella, que no sabe ni escribir una palabra. Todavía recuerdo textos suyos que he tenido que corregir con mayúsculas después de punto y coma y otros cientos de lindezas parecidas.



En cuanto dan las tres, recojo mis cosas y salgo a toda prisa. No tengo comida y pensaba comprar algo en el supermercado, pero me da hasta rabia darles dinero. Los empleados tenemos un descuento, pero se llevan dinero igual y, ahora mismo, me da mucho por saco.

Aunque también es verdad que no tengo otro de camino a casa y es mucho más cómodo. Total, no voy a hundirles por seis euros.

Cojo una ensalada y una chocolatina. Hoy me la merezco. Pago y, cuando salgo del supermercado, noto que mi pie derecho tambalea. El enfado vuelve a apoderarse de mí mientras bajo la vista y veo lo que estaba imaginando. Se me ha roto el tacón.

—¡Estupendo! —grito—. ¿Alguna otra desgracia para hoy? —Miro al cielo.

—Hombre, una desgracia tampoco ha sido.

Escucho la voz de Matteo, el carnicero. Lo miro. Está apoyado en la pared, con una pierna doblada y un cigarro en la mano.

—¿Un mal día?

¡Cómo me gusta su acento italiano!

—Malísimo. Una auténtica mierda. Y, para colmo, esto. —Cojo el tacón y lo levanto.

—Te llevaría a casa, pero no salgo hasta dentro de varias horas. Si quieres esperarme…

—Te lo agradezco, pero estoy deseando irme de este sitio. —Estoy muy enfadada.

—¿Te apetece tomar una cerveza luego?

Me sorprende su ofrecimiento. Tan directo, tan interesante y atractivo. Tan necesario y deseado. El cabreo empieza a difuminarse al verse sustituido por una propuesta muy tentadora.

—No sé si soy buena compañía hoy… —Me hago la dura.

—Seguro que mejor que la soledad.

Los italianos, tan dramáticos. Me río.

—Te voy a enseñar un dicho español: «Mejor solo, que mal acompañado». —Le sonrío.

—Nunca serías mala compañía.

Muestra su sonrisa perfecta y le respondo mordiéndome el labio. Cuando me doy cuenta del gesto que estoy haciendo, me ruborizo y, por supuesto, dejo de hacerlo.

—Está bien, no me vendrá mal desconectar un rato.

—¿Nos vemos aquí a las ocho?

—A las ocho aquí.

Veo aparecer un taxi libre, levanto la mano y subo rápido en él. No es que mi sueldo sea para coger taxis todos los días del trabajo a casa, pero con este tacón no tengo muchas más opciones.

Al llegar a casa me miro en el espejo, parezco toda una ejecutiva y… ¡Qué mierda! ¡Una ejecutiva fracasada!

Termino de comer y, mientras saboreo mi postre, pienso en la idea que lleva varios días rondando mi cabeza. Debería llamar a mi madre. Cojo el móvil, busco su nombre en la lista y estoy a punto de dar al icono del telefonito, pero decido no hacerlo. Lo bloqueo. Suspiro. No, hoy no es el día.

Me levanto, recojo la bandeja y, cuando vuelvo a pasar por el salón, el móvil parece que me está hablando y acusando de no estar más pendiente de ella. ¡Joder! ¡Puto móvil!

Lo vuelvo a coger, vuelvo a buscar su número y llamo. Escucho los tonos de espera; uno, dos, tres… Justo cuando estoy a punto de colgar, percibo ese hilo de voz.

—¿Sí?

—Hola, mamá.

—Hola.

Ni hija, ni Cris, ni nada de nada.

—¿Cómo estás?

—Igual.

Vale, eso lo imaginaba. Lo de preguntar por mí ya para otra ocasión…

—¿Qué tal todo por ahí? ¿Hay novedades? —intento sacar conversación.

—No lo sé.

—¿Y qué tal está Iria?

—Supongo que bien.

—Me alegro.

Silencio. ¿Y ahora qué más le pregunto? Si es imposible. No sé cuánto tiempo pasa, hasta que vuelvo a hablar.

—Bueno, mamá, tengo que dejarte, que tengo trabajo. —No sé ni qué decir.

—Vale.

—Un beso.

Pi. Pi. Pi. Me cuelga el teléfono sin despedirse. Otra vez igual, otra llamada sin sentido. Y no sé si alguna vez cambiará, si será diferente, si recuperaré a la que fue mi madre en un pasado que

ahora me parece tan lejano. Tengo la sensación de que deberíamos hacer algo más, llevarla a un psicólogo especializado, porque está claro que ese al que está yendo no le está ayudando en nada. Tengo que hablarlo con papá y con Iria.

Me dejo caer en el sofá y lloro. Era lo que me faltaba para ponerle el broche a este día de mierda. Echo tanto de menos a mi madre… A aquella mujer presumida que no dejaba que las uñas se le pusieran feas nunca. A la que reía, iba de compras, cocinaba para sus hijos, bailaba con su marido cuando todavía estaban bien... A aquella que me decía mil veces al día lo que me quería. Está en *shock* y hay que sacarla de ese trance. No sé cuántas veces lo hemos intentado, pero no podemos dejar que se termine perdiendo, si es que no lo está ya.

Después de más de una hora llorando, salgo a correr. Siempre me ha gustado hacer deporte, ojalá se notara en mis caderas… Me viene genial porque pongo la música a todo volumen y dejo la mente en blanco.

Al llegar a casa me ducho y me visto con unos pantalones vaqueros oscuros, un top negro y la chaqueta de cuero. Completo el *look* con unos botines de tacón, también negros. Me maquillo bastante; ojos ahumados, colorete, labios… ¡Voy a por todas!

Cambio de actitud, al final, la vida es eso. Ojalá fuera de color de rosa, pero es todo lo contrario; es ir librando obstáculos sin que te hagan caer y, si en algún momento tropiezas más de la cuenta, debes aprender a levantarte. Al ritmo que necesites, pero siempre hay que volver a ponerse en pie.

Es pronto, así que, decido ir hasta el supermercado dando un paseo. Me encanta Madrid porque, a pesar de llevar aquí muchos años y conocer este camino de memoria, siempre descubro cosas nuevas.

Al llegar, encuentro a Matteo esperándome. Se ha debido cambiar y duchar en el supermercado. Tiene un baño con lo necesario que pueden usar siempre que quieran.

Él también ha optado por una chupa de cuero. En su caso lleva una camiseta blanca y unos vaqueros muy rotos. La verdad es que no me gusta nada esa moda. Pero a él no le quedan nada mal. En los pies lleva unas botas camperas de color marrón. Todo un moderno.

—Hola.

—Buenas noches. —Parece como si viviera conectado al modo conquistador—. ¿Ha mejorado la tarde?

—Mejor ni te cuento… ¿Dónde vamos?

—Ni idea. No he pensado nada.

Me quedo callada. Se ríe mientras un mechón le cae por delante de los ojos. Sabe que es atractivo y juega con esos gestos.

—Pues nada, podemos comprar unas cervezas en el súper y tomárnoslas en un banco…

—¡Buena idea! —contesta emocionado.

Alucino. Debe ser que el tono irónico no lo entiende muy bien. Pero, vamos, eso no es cosa de idiomas. Se gira y entra directo a la nevera a por un paquete de seis cervezas. Las paga y sale tan feliz con ellas en la mano.

—Conozco un parque aquí cerca…

Debe notar en mi cara el desconcierto. Se acerca a mí, me retira el pelo de la cara y me susurra al oído:

—Deja que la vida te sorprenda.

Me río. Me hace gracia. El tío está bueno hasta decir basta, pero lo de las citas… Aunque, bueno, a eso hemos venido.

—¡A sorprenderse!

Charlamos de camino al parque, me cuenta que es de Milán y lleva poco tiempo en Madrid. Su historia es bastante sencilla: no estaba a gusto allí y decidió cambiar de aires. En Italia trabajaba de camarero.

Y una vez que conseguí reunir el dinero que necesitaba para el vuelo y unos primeros meses de alquiler, decidí venir.

—Lo harías con una mochila como único equipaje —le sigo el rollo graciosillo.

—Sí, en efecto, lo hice así.

Llegamos al parque y nos sentamos en un banco. Saca del bolsillo el mechero y abre con él dos cervezas.

—El otro día vi el cartel que ponía que buscaban un carnicero y no dudé en probar suerte.

—¡Y la tuviste!

—No sé ni cómo… No había partido casi un filete en mi vida… Si te cuento que soy vegetariano no te lo crees…

Me río.

—¡Vamos! Que el trabajo tiene que ser un suplicio para ti cada día.

—Hasta que vienes a verme tú y todo mejora. —Lanza la bomba.

Bebo del botellín para evitar la sonrisa tonta.

Pasamos un buen rato charlando de nuestra vida. Yo también le cuento por qué vine a Madrid, aunque, por desgracia, no es una historia tan banal como la suya. Me gusta que me escucha y presta atención a lo que cuento. No sé si es porque le cuesta seguir el idioma o porque le interesa de verdad. Pero creo que es más lo segundo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto enseñando mi botellín vacío.

—¡Espera!

Se levanta del banco, en el que ha estado sentado con las piernas a ambos lados de las maderas, como todo un adolescente, y llama la atención de un señor oriental que pasea vendiendo cervezas. Compra otras tres latas para cada uno.

—Nos vamos a tener que dar mucha prisa si no queremos que se calienten —le digo al ver la cantidad que trae.

—Están bien frías.

Vuelve a sentarse y me doy cuenta de que esta vez lo hace un poco más cerca de mí. Huele superbién a perfume. Juraría que es Hugo Boss, me encanta ese olor.

Cuando terminamos la primera lata de cerveza, se acerca un poco más.

—Y dime, ¿cuánto tiempo hacía que no te tomabas unas cervezas en un parque?

—¡Mucho! Y no ha sido mala idea.

—Los peores males se curan con las cosas más sencillas.

Me hace gracia. Es muy filosófico, pero tiene razón. Aunque yo pienso también que, después de lo que ha contado, seguro que su economía no está para ir a restaurantes de moda. ¡Qué malvada soy!

No sé qué hora es, pero nos hemos quedado solos en el parque y la noche está tan oscura que no se ve más allá de dos palmos.

—En Madrid no hay estrellas —dice mirando al cielo.

—Sí las hay, lo que pasa es que solo se ven en algunos sitios. Es algo que he aprendido en este tiempo.

—Espero que algún día me lleves a verlas. —Se acerca a mí.

—Cuando quieras. —Hago lo mismo.

Nos quedamos rozando los labios del otro. Puedo notar el calor que desprenden, su

respiración agitada, su pecho firme y unas manos que rodean mi cintura para acercarme a él. Hay mucha tensión sexual y él decide resolverla. Yo le contesto, me dejo llevar, olvido que estamos en medio de un parque de Madrid, que puede aparecer cualquiera, y, como dos quinceañeros, nos dejamos vencer por el desenfreno. Después de devorarnos la boca, me coge de la cintura y me sienta a horcajadas sobre él.

Al llegar a casa, me meto en la cama y pienso en que Matteo tenía razón. No sé cuánto tiempo hacía que no echaba un polvo en un parque. Y no ha estado nada mal. Las cosas más simples pueden ser las mejores. Y, sin duda, hoy, así ha sido.

UNA MUJER DECIDIDA

—Te acabo de enviar la ubicación —le digo a Berta en cuanto descuelga el teléfono.

—¿Has visto dónde es?

—En un restaurante del centro.

—Voy a mirarlo.

—¿Cómo vas con los preparativos de la boda?

—Mejor, he avanzado un montón. ¡No me puedo creer que quede tan poco tiempo para casarnos!

—¿Ya te estás poniendo nerviosa?

—¡Un poco! Cris, estoy viendo el restaurante donde vais. ¡Aparece entre los diez más románticos de todo Madrid!

—¡Ya lo he visto! ¡Me estoy poniendo a mil por hora!

—¿Qué modelito has elegido?

No sabía qué ponerme, pero en cuanto he visto el lugar donde vamos a encontrarnos lo he tenido claro. Hacía tiempo que este vestido no salía del armario; es negro, de manga larga, ajustado, me llega por encima de las rodillas y, lo mejor de todo, tiene una forma que hace un escote precioso y deja poco a la imaginación. Potencio mi fuerte. Sé que sus ojos irán a esa zona de mi cuerpo. A mí no me gusta que un tío me mire las tetas así porque sí, pero sería muy hipócrita no reconocer que, si me pongo tremendo escote es porque no me importa lo más mínimo que los ojos vayan al pan. Y el pan, a la boca, como diría mi hermano. ¡Siempre tan bromista! Los dos fuimos bastante cabras locas, sobre todo si nos comparaban con Iria. Por eso nos entendíamos tan bien. Aunque, a pesar de su alma libre como la mía, siempre salía su lado protector.

—Tengo que dejarte, que no quiero llegar tarde.

—Ten cuidado, ¿vale? Activa la ubicación del teléfono antes de salir de casa, me avisas al llegar y, por supuesto, al volver a casa. Y, si tienes algún momento, me escribes también para ver cómo va. Estoy pendiente de ti.

—Por eso te quiero tanto.

—Y ¡pásatelo bien!

—¡Gracias!

Busco los zapatos de piel de serpiente, pero después de lo de ayer, no es buena idea, así que me decanto por unas sandalias doradas con el tacón bastante alto y me rocío con mi perfume favorito. Llevo el pelo suelto, otro de mis fuertes, y los ojos ahumados. Esta vez, he decidido no pintarme los labios.

Estoy nerviosa. Parece como si fuera la primera vez que hago algo así y, aunque nunca me ha dado por pegarle un *post-it* a nadie en su móvil con mi número de teléfono, no llego ni a recordar todas las citas a ciegas que he tenido a lo largo de estos últimos años. No lo he pasado nada mal. He conocido chicos tan dispares…

Todavía recuerdo cuando estaba en la gasolinera con aquel chico que había conocido hacía dos días. Nos gustamos un montón y me fui de escapada con él a Valencia a pasar el fin de semana. Mira que el viaje no es muy largo, pero yo creí morir estrangulada por aquella faja. Me había puesto un vestido midi beis con florecitas que tenía unos botones en toda la parte delantera que se abrían un pelín. Para que no sucediera, decidí ponerme una faja que sujetara todo bien, pero claro, no valoré que iba a pasar varias horas sentada en un coche. La cuestión es que, cuando llegamos a la gasolinera, se bajó a repostar. Era mi momento. Me quité la faja tan rápido

como pude, me quedé sin bragas (porque era una braga faja, no porque yo vaya sin ropa interior por la vida) y, justo cuando creía que mi proeza se había conseguido, ¡pum! Me pilló con las manos en la masa.

—¿Qué es eso?

No tenía escapatoria. Tenía la faja en las manos, así que no me quedó más remedio que decirle la verdad. Habíamos congeniado muy bien y estaba segura de que le haría gracia. Aunque me gustaba, tenía la sensación de haber conectado con él como si fuera más un amigo. La cuestión es que se lo dije. ¿Y cuál fue su respuesta? Se sentó en el coche, cerró la puerta, se llevó la mano a la cabeza y tiró del pelo hasta… ¡quedarse calvo! ¡Oh, Dios mío! ¡Fue tan impactante!

Me dijo que él también tenía su «secretillo». «¿Secretillo?». ¡Vamos! Es igualito ponerse una faja que una peluca… Yo no sabía qué decir y me empecé a partir de risa. No por él, sino por la situación. Pero no le hizo ninguna gracia. Arrancó el coche de mal humor y no volvió a dirigirme la palabra en todo el camino, por más que le pedí disculpas una y otra vez. No quería ofenderlo, de verdad que no. Quizá fue una reacción nerviosa ante la sorpresa. Al bajarme del coche, me disculpé una vez más, le dije que si volveríamos a vernos y me contestó que a ver qué creía. No insistí más porque volvió a entrarme la risa. Al subir a casa me sentí fatal, seguro que el chico lo habría pasado mal con su calvicie… Nunca lo supe. No volví a contactar con él y, por supuesto, él tampoco lo hizo conmigo.

Si algún día me diera por escribir una novela, lo haría sobre mi vida. Podría ser algo así como *Las aventuras de Cris* o *Los amores de Cris*.

Cojo el bolso y las llaves. Activo la ubicación en el móvil y salgo de casa. Faltan cinco minutos para que llegue mi taxi. Los últimos días me estoy excediendo demasiado con estos lujos, veremos a ver cómo llegamos este mes al día treinta y uno.

Al llegar al restaurante, no me cabe duda de lo que hemos visto Berta y yo en internet. Es un sitio precioso que cuida cada detalle. De las paredes blancas cuelgan grandes espejos circulares, las mesas y sillas son de madera, y un cojín, de color blanco roto, a juego con la pared, las hace parecer de lo más cómodas. Hay algunas plantas que ponen el toque de color, todo bajo una luz tenue que le aporta el romanticismo justo.

La chica que está en la puerta me pregunta si tengo reserva. Le digo que sí, pero me doy cuenta de que no sé a qué nombre. ¿Ahora qué hago? Me muerdo el labio, nerviosa, y decido coger el teléfono para llamar y preguntarle. No me gusta nada la idea, parece demasiada realidad en toda esta historia tan fantástica. Pero no me queda otro remedio…

Levanto la cabeza para intentar ver por encima de los hombros de la chica que, por cierto, tiene unas pestañas tan largas que no sé cómo consigue levantar los ojos con facilidad. Me muevo de un lado a otro y lo veo. ¡Ahí está! Lo señalo, la chica asiente con la cabeza y me deja pasar.

Bien. ¿Y ahora qué le digo? ¡Vaya tela! Me veo tentada a dar marcha atrás e irme de aquí. Por primera vez en toda esta historia me siento avergonzada y un poco ridícula. Paro en seco. El pecho sube y baja acelerado. Me muerdo el labio. Venga, voy. Mis pies no me hacen caso. Es una señal. Tengo que irme. Noto como los nervios se apoderan de mi estómago. No es propio de mí, pero no puedo. Tengo que irme. Me doy media vuelta.

—No me puedo creer que tengas intención de dejarme plantado —escucho una voz a mi espalda.

¡Oh, no! Me ha pillado.

Me giro despacio, me muerdo el labio y pongo cara de angelito. No tiene sentido utilizar una excusa absurda, es evidente que tenía intención de marcharme. Me muero de vergüenza. Noto

como las mejillas se me encienden. Y dejo escapar una ligera sonrisa mientras levanto los hombros.

—Si ahora va a resultar que eres tímida…

Me muestra la palma de su mano.

—Soy Adrián.

—Cristina —consigo decir—. Cris, mejor.

—Bien, ya no somos desconocidos. ¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

Vuelvo a levantar los hombros, a la vez que ladeo la cabeza sonriendo. Él señala la mesa con su mano derecha en un gesto de todo un caballero. ¡Qué ridículo he hecho! Podría haber quedado como una mujer decidida y valiente y voy a parecer una caprichosa cobarde. ¡Cobarde! Uno de los calificativos que más odio en este mundo…

¡Esto no puede quedar así!

—Debes estar pensando que estoy chalada —empiezo a hablar con decisión—. Para tu tranquilidad, te diré que no. Es verdad que tenía intención de irme. Que conste en acta: no ha sido por vergüenza, sino por… ¡Bueno! No sé ni por qué ha sido. Pero, claro, tú entiende que llegar aquí y hacer como si nada —él abre los ojos— después de lo de la notita… ¡Vamos!, que me he sentido ridícula y he preferido dejarlo ahí. No soy una niñata, ni estoy loca, ni soy caprichosa ni, mucho menos, ¡cobarde! —Aprieta los labios intentando evitar una sonrisa, le debo estar haciendo mucha gracia—. Soy una mujer decidida que voy a por lo que quiero.

—Justo había pensado que debías ser así. Tal como te acabas de describir. —Sonríe—. Al final de tu discurso, me refiero.

Ahora sí muestra todos esos dientes perfectos. Si me parecía el tío más guapo sobre la faz de la tierra, estaba muy equivocada. Es más, mucho más. Es un adonis bajado a la tierra para hacernos creer que el cielo existe. Su pelo tan bien peinado de lado con un tupé con la elevación precisa, esos ojos como dos turmalinas negras, esas piedras preciosas que brillan lo justo, sin ser excesivo, pero elevando su potencial según la luz que se proyecte en ellas. Se ha puesto un traje de chaqueta azul marino, con una camisa de un blanco impoluto, que lleva un poco más abierta que si fuera a una reunión de trabajo. Él también va escotado, ¡a su manera! Pero está claro que ha dejado esos botones sin abrochar a propósito, para enseñar un poquito lo que se intuye como un pecho turgente.

El camarero se acerca a nosotros para preguntarnos qué vamos a beber. Mi acompañante pide vino y yo apoyo su decisión.

—Y bien, Cris, ¿a qué te dedicas?

—Soy periodista, trabajo en el Departamento de Comunicación de un supermercado de productos ecológicos. ¿Y tú?

—Yo soy emprendedor. Tengo una empresa que trabaja en el desarrollo y mejora continua de una aplicación móvil para hostelería. La idea es que los huéspedes puedan seleccionar una habitación solo por horas y no tengan que pagar una noche completa si, por ejemplo, solo quieren descansar si van a estar unas horas en la ciudad por negocios.

—Interesante.

Me gusta mucho mi trabajo, disfruto viendo crecer la empresa, aunque no ha sido fácil.

—Seguro que viajas muchísimo.

—Mucho.

—A mí me encantaría.

—A mí me gustaba muchísimo, por eso quería trabajar en algo que estuviera relacionado con conocer mundo. Lo que pasa es que también me ha obligado a perderme muchas cosas.

—Todo tiene sus vertientes. Imagino que ha tenido que ser muy sacrificado.

—Al principio, demasiado. Necesitaba un aval y mis padres no confiaban en la idea… Pero, bueno, conseguí un inversor y eso hizo que ellos se animaran al fin. Digamos que yo también sé lo que quiero e intento luchar lo que puedo para conseguirlo.

Intuyo doble sentido en la frase. Y lo confirmo cuando levanta la copa.

—¿Por qué brindamos? —pregunto.

—Por las historias que comienzan con un *post-it* pegado en la parte de detrás de un móvil.

Brindamos y ese sonido del cristal chocando entre sí se convierte en una promesa. En una historia que acaba de comenzar.

PISAR SOBRE SEGURO

Noto corazoncitos bailando alrededor de todo mi cuerpo. El amor sale por todos los poros de mi piel. Sí, amor. Es una palabra demasiado fuerte, ya que conlleva compromiso, amistad, entendimiento, sexo… Conexión. Esa es la clave. Sentir que hay algo invisible que nos conecta, que nos une de un modo inexplicable. No es algo tangible, pero está ahí, más real que cualquier cosa que se pueda coger con las manos.

La cita con Adrián fue mucho mejor de lo que imaginé. Después de la cena, dimos un paseo por Madrid charlando de nuestros gustos, nuestra familia, detalles sobre nuestros amigos y, sobre todo, planes. Futuro. Una libreta llena de ilusiones y sueños por cumplir. ¡Qué bueno sería hacerlo juntos! Por lo menos, para mí.

Dicen que el amor a primera vista no existe, que te vas enamorando poco a poco de los gestos, de los detalles, de lo que se va construyendo pieza a pieza. Sin embargo, tengo la sensación de que Adrián y yo tenemos todas las piezas ordenadas y solo nos queda juntarlas.

Soy consciente de que estoy tan a tope que la hostia puede ser descomunal. Pero soy así. Vivo todo de una forma muy intensa, lo bueno, lo malo y lo que es regular, las cosas más livianas las vivo de la misma forma. ¡Qué sería la vida si pasáramos por ella sin ton ni son, sin sentir! Eso es la vida.

Después del paseo, Adrián me acompañó hasta casa. Es todo un caballero, muy educado y respetuoso. Si el físico ya me parecía de infarto, su forma de ser es tan perfecta… En eso no tenemos mucho que ver, la verdad. Yo soy más de improvisar y él lo tiene todo organizado, es muy cuadriculado. Imagino que hay que tener la cabeza así de amueblada para convertirse en un hombre de éxito como él.

Miro el reloj y veo que son las doce. He quedado con Berta para comer y ya voy un poco justa. Termino de arreglarme. He decidido ponerme una falda vaquera, con una camiseta amarillo clarito en la que destacan unas letras rosas con la palabra Invencible, tal como me siento hoy. Termino el *look* con mis deportivas Converse blancas. Paso de chaqueta, hace un día de primavera muy bueno.

Cruzo el bolso y salgo rumbo al punto donde he quedado con mi amiga. Decido ir dando un paseo, es verdad que voy un pelín justa, pero de verdad que hace un día para disfrutar de Madrid, con el sol brillando en lo alto, ese calorcillo y la gente llenando las terrazas. Después de dos años de pandemia, se agradece tanto volver a ver la vida y que las carcajadas inunden las calles... Todavía recuerdo aquel Madrid vacío y se me ponen los pelos de punta.

En cuanto llego, veo a mi amiga. Está guapísima. Como toda una diosa de ébano. No hay duda de que cuando Dios repartió la perfección física, ella fue una de las elegidas. Lleva unos pantalones vaqueros de campana y un top naranja algo chillón. Su pelo rizado le da ese toque que la hace diferente y única.

—¡Hola! —Me abraza, efusiva, en cuanto me ve. Le respondo igual—. ¿A dónde vamos? —pregunta expectante.

—Ni idea.

—Ni idea yo tampoco.

Nos reímos a carcajadas. Ese «ni idea» se ha convertido en toda una tradición. Desde que un día quedamos sin saber qué hacer y descubrimos un restaurante increíble, decidimos que, de vez en cuando, haríamos ese plan: quedaríamos en un sitio, y a la aventura.

Así lo hacemos, nos ponemos a andar hasta dar con una taberna que nos llama la atención por el simple hecho de tener manteles rojos de cuadros.

—Es muy de casa, ¿verdad? —comento.

—De siempre.

No hay más que decir. Entramos, nos sentamos en una mesita que, además de ese mantel maravilloso de papel, tiene un jarroncito con un ramillete de flores, también rojas. El resto de la decoración es de madera, y un señor muy amable nos pregunta qué queremos. Leemos la carta con detenimiento y terminamos pidiendo cocido. Todo muy de casa.

Por un momento, desconecto de lo que me está contando Berta sobre la boda y recuerdo mi casa. Yo también pertenecía a una, tenía un hogar. Me pone tan triste pensar en ellos… En cuanto vuelva al piso, tengo que llamar a Iria.

—¡Cris! —llama mi atención—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí —miento.

Levanta los ojos obligándome a confesar mi pecado.

—Vale, no, ¡perdón! Es que no puedo dejar de pensar en lo de ayer… —Miento porque no tengo ganas de hablar de mi madre y sé que, si saco el tema, Berta va a querer que le cuente más, y me niego a ponerme triste.

—Es verdad. ¡Perdóname! Llevamos todo el camino hablando de la boda, llegamos y sigo hablando de lo mismo… ¡Te tengo frita!

—No, ¡para nada! No seas tonta, me encanta estucharte. Solo que hoy estoy…

—¡En otra galaxia! Venga, va, ¡cuenta!

—No, no, termina tú con la boda y luego cuento yo.

—No.

—Sí, venga, que lo tuyo es importante. ¡Te vas a casar! —Levanto la copa y brindamos.

—Por eso mismo, creo que no me vendrá nada mal desconectar.

Ladeo la cabeza. Me siento fatal. Pero noto en sus ojos que necesita cambiar de tema. Y yo… Estoy deseando contarle todo lo que pasó con Adrián. Empieza la verborrea y pasamos lo que queda de comida comentando cada detalle de la cena, el paseo y la despedida.

—Pero ¿no te besó en la puerta?

—No.

—¡Eso habría puesto el broche!

—Ya… La verdad es que podría ser lo peor, digamos que cabría pensar que es raro o algo por el estilo, pero ¿sabes lo que pasa?

—¡Sorpréndeme!

—Que me pareció ideal… Diferente. Creo que quiere hacer las cosas bien, ir despacio, pisar sobre seguro. Es un tío muy cuadriculado y organizado. Debe haber cometido pocos errores en su vida…

—Vamos, igualitos… —bromea Berta sabiendo que yo soy mucho más alocada.

—Eso también lo hace especial.

Berta agita la cabeza de un lado a otro al ver el enganche con el que me he quedado. Me conoce y sabe que me ha pasado más veces, quizá por eso no me toma muy en serio. Lo entiendo.

—¿Algún tipo de mención a hijos, casarse o algo por el estilo?

—No. De eso no hablamos nada. Bueno —recuerdo—, sí comentamos que él viaja mucho por su trabajo y me dijo que antes le apasionaba, pero que ahora le cuesta más porque va teniendo ganas de… —¡Oh, madre mía! No me había dado cuenta y me pongo nerviosa al recordarlo—. ¡Echar raíces! ¡Echar raíces!

Me levanto nerviosa y agito las manos.

—¿Tú sabes lo que quiere decir eso? —¿Acaso Berta no entiende la importancia de la frase?

—¡Eres tremenda!

Berta se parte de risa. Yo vuelvo a sentarme intentando no llamar más la atención y, de pronto, veo que mi móvil se ilumina. ¡Oh, Dios mío!

—¡Es él! —grito otra vez.

—Cógelo.

Berta se pone nerviosa al ver que miro la pantalla y no descuelgo.

—¿Sí?

—Hola. —Mi adonis al otro lado del teléfono.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú? ¿Dormiste bien?

—Sí, ¿y tú?

Vaya conversación… Parecemos quinceañeros.

—Podría haber dormido mejor, la verdad.

¡No es posible que mis oídos estén escuchando esto!

—Sí, yo también —contesto.

—Me voy de viaje mañana a Dubái.

—Ah…

¡Pues vaya mierda!

—Pero bueno, no te llamaba para eso, era para contarte que, dentro de quince días, un amigo inaugura una exposición y quería saber si te gustaría venir conmigo.

Aparto el teléfono de la cara y le susurro a Berta «¡¡Segunda cita!!» levantando dos dedos en la otra mano.

Berta me contesta haciendo el mismo gesto.

—¡Sí, claro! Me encantaría.

—Sé que todavía queda tiempo, pero así me reservas el día.

—Hecho.

—Bueno, de todas formas, hablamos estos días.

—Hablamos —contesto.

—Un beso.

—Otro.

¡No me lo puedo creer! Me ha llamado para pedirme una cita con quince días de antelación. Eso es un puntazo porque no quiere que me olvide de él, aunque no podamos vernos en este tiempo.

—Tienes razón, Cris. El tío va a por todas —comenta Berta.

—¡Pues ni te cuento cómo voy yo!

Terminamos de comer y Berta me acompaña al supermercado a hacer compra. Volvemos a hablar de su boda. Ella cree que me aburre, y no es así para nada. Me encanta ver que hay personas que siguen enamorándose y se comprometen a una vida juntos. ¿Acaso hay mayor muestra de amor que compartir tu vida con otra persona? ¡Ojalá algún día me pasara a mí!

Es verdad que he estado con muchos chicos, unos han sido rollos sin importancia y otros han llegado más lejos. Quizá, si hubiera querido, también podría estar planeando ahora mi boda. Pero no ha sido así porque no he encontrado al perfecto. Podría tener un marido estupendo, que me quisiera muchísimo, guapo, con hijos estupendos y guapísimos también, pero ninguno, ni un solo chico con el que he estado me ha hecho sentir *eso*. Saber que estás a punto de saltar al vacío y no importar; arriesgarte, disfrutar del vuelo porque sabes que tu mano aprieta la otra y lo que hace

sentir te asegura que no vas a caer, que ese calor te hará volar más alto. Sumar. Estar conectados por ese intangible.

Sé que soy una soñadora. Pero también sé que jamás compartiré mi vida con alguien si no me hace sentir que vuelo. Si no me agita. Si no zarandea mi cuerpo con cada roce.

Berta siente eso. A su modo, al final, el amor es uno y de dos. Diferente. Con todas sus vertientes. Ella lo siente con Marcos. Lo sintió desde el primer día. Porque el amor puede ser a primera vista. Porque el de verdad existe incluso antes de conocerse. Me da tanta envidia verla tan ilusionada y me alegro tanto por ella...

—Tienes mucha suerte —le digo sonriendo.

—Lo sé.

Justo por detrás de Berta pasa un chico guapísimo que se queda mirándome. Es alto, delgado, con el pelo muy corto y barbita de unos días. Tiene unos ojazos verdes increíbles. Berta levanta las cejas y menea la cabeza sin entender en qué estoy fijando mi atención. Se gira y lo ve. Vuelve a mirarme y ladea la cabeza abriendo más los ojos.

—¿Y tu enamoramiento? ¿Ya se ha esfumado?

—No… ¡Solo tengo ojos en la cara! ¡Como todos!

—Así empezaste con Matteo y mira cómo acabó…

Nos reímos.

—¡No vas a cambiar nunca! —dice mi amiga risueña.

—Sí, cambiaré el día que mis ojos miren, pero no vean más allá.

UNA EXTENSIÓN
DE LA CRESTA DE LA OLA

—¿De verdad no crees que podríamos hacer algo más? —insisto.

—Cris, ya hemos ido a mil psicólogos, hemos probado ciento y una terapias, y nada cambia. ¡Démosle tiempo!

—¿Tiempo? —Elevo la voz—. ¡Han pasado años!

—Silencio. Escucho su respiración agitada.

—Sí, sé que han pasado años. Sé exactamente los años y días que han pasado. ¿Sabes por qué? Porque no me he separado de ella ni un minuto.

Silencio otra vez. Lo sabía. Sabía que en algún momento me lo echaría en cara. Tiene razón. No he estado todo lo que debería.

—Lo sé. Lo siento —admito**.**

—Cada uno hemos hecho lo que hemos podido.

—Solo quería ayudar, intentar hacer algo más, probar otras cosas, nuevas terapias…

—De verdad, Cris, ya hemos probado todo. Dale tiempo.

—Es que lo del tiempo… ¿Acaso crees que, de pronto, un día se va a levantar y va a ser la de antes?

—Confío en que pasará.

Ojalá me equivoque, pero eso de esperar a que las cosas sucedan porque sí… Y más en una situación como esta. Pero está claro que no voy a conseguir nada. Me despido de mi hermana y tengo la misma sensación que siempre que hablo con ella o que lo intento con mi madre: me topo con un muro de hormigón gigante.

Suspiro. El móvil vibra y ahí está. Otro mensaje de Adrián. Ha pasado una semana desde nuestra primera cita y ha cumplido su palabra. «Hablamos», había dicho. Y lo hemos hecho. Por mensaje, pero bastante. Está pendiente de mí y me encanta la conexión que tenemos. Ahora mismo, sin ir más allá, noto que lo necesito. Sonrío al leer su ocurrencia. Me cuenta que está aburrido de tanto humus y, lo que es peor, de comerlo con la mano. Me río. Me apetece muchísimo que vuelva. Me gusta mucho cómo nos hemos ido conociendo estos días a través de palabras porque estamos creando una necesidad de vernos. Hemos llegado, incluso, a hablar de que nos quedamos con las ganas de ese primer beso delante del portal. Adrián dice que habría sido demasiado típico y que, por eso mismo, no lo hizo. Ahora, firma todos los mensajes con «Un primer beso».

Es viernes y tengo bastante trabajo. Pero no podía dejar de escaparme un segundo para llamar a Iria porque llevo varios días posponiéndolo y me estaba quemando. Al subir de la calle, veo a Matteo en el supermercado, pero evito encontrarme con él. No hemos vuelto a coincidir desde aquel día y preferiría no hacerlo. No dejo de pensar en Adrián, pero me conozco, soy débil, lo de Adrián está muy en el aire y Matteo es demasiado tentador. Mejor no arriesgar.

Subo a la oficina y Berta tira de mí de inmediato.

—¿Dónde estabas?

—Llamando a mi hermana.

—¿Y?

—Nada…

De pronto, aparece nuestra querida jefa.

—Cristina, Berta, ¿tenéis un momento?

Me hacen tanta gracia esas preguntas que en realidad son una orden… Y que me siga

llamando Cristina… Ella es de las pocas, y creo que lo hace para fastidiarme.

—Sí, ¡claro! —Sonrío con falsedad.

—Esta tarde empieza la convención de surf en Ifema. Como sabéis, vamos a estar presentes con el *stand* de comida ecológica para deportistas y sería buena idea que fueras con Berta.

—¿Para qué? —contesta mi amiga.

—Vas a estar fuera unas semanas cuando te cases y alguien tendrá que encargarse de las redes sociales.

—Pero me habíais dicho que ibais a coger a una persona para cubrirme y que, incluso, si funcionaba bien, podría quedarse para echarme una mano.

—Eso habíamos dicho, sí, y la idea sigue en pie, pero prefiero que Cristina esté al tanto también.

Asiento con una sonrisa, disimulando como puedo. Vamos, que me va a tocar pringar como está mandado. ¡Es alucinante! No puedo encargarme de una propuesta que he hecho porque me llevaría demasiado tiempo y sí puedo hacer el trabajo de una compañera. ¡Qué geta tiene esta gente!

—¿Cuándo está previsto que se incorpore alguien? —Berta insiste porque sabe, como yo, que igual se están planteando no coger a nadie.

—La próxima semana haremos entrevistas, me gustaría que tú estuvieras presente también.

—Sin problema. De todas formas, no creo que sea necesario que Cris venga esta tarde. —Mi amiga me echa un capote, es viernes y es una auténtica putada tener que trabajar—. Ella conoce mi trabajo, me ha cubierto otras veces, no necesita aprender —dice la última palabra poniendo con sus manos el gesto de entrecomillar.

—Yo sí lo veo necesario —sentencia.

—Sí, no hay problema. Allí estaré —añado yo para que Berta no pelee más por un imposible.

—Muy bien. ¡Estupendo!

Y se va. Como de costumbre, las gracias, para sí misma. ¡Qué tía más odiosa!

—Lo siento —dice Berta en cuanto se va.

—No te preocupes, no es tu culpa.

—Es una putada… ¡Es viernes! Yo ya estaba hecha a la idea.

—No pasa nada, tampoco tengo otro plan mejor. Disfruta de mi tiempo hasta que mi Adonis vuelva de Dubái porque ya te advierto que después voy a tirarme una semana con él sin salir de la cama.

Nos reímos para poner sonido a mis sueños.



A las seis en punto entramos por la puerta de Ifema. He pasado un momento por casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. En esta ocasión, un traje de chaqueta y pantalón negro, con una camisa de tirantes de raso granate y unos zapatos negros de tacón. Llevo el pelo recogido en una coleta alta y el maquillaje sencillo. Berta aparece también con un traje de chaqueta, pero el suyo es color verde oliva.

—¿Tú crees que vamos bien vestidas para una convención de surf? —me pregunta poniendo cara rara.

—¿Qué te querías haber puesto?

En realidad, yo tampoco estoy muy convencida con el atuendo.

—No sé, flores hawaianas o algo así.

—Sí, ¡claro! También se hace surf en sitios menos calurosos… En Galicia, por ejemplo.

Según lo menciono, Rodri viene a mi cabeza. Le encantaba el surf. Surcaba las olas como si formara parte del mar, como si fuera una extensión de cada cresta. Su rostro mostraba tensión y, a la vez, una sensación de placer, de calma, de estar en su lugar. Recuerdo aquel verano en el que intentó enseñarme. Conseguí ponerme de pie, todavía puedo sentir aquella adrenalina al mantener el equilibrio encima de la tabla, ¡era alucinante! Aunque no llegué a avanzar mucho más. Cada vez que me caía al agua, venía a por mí y jugábamos a hacernos aguadillas, cualquier excusa era buena para sentir el contacto del otro. Y nos besábamos, ¡madre si nos besábamos! Aquello era demasiado; nosotros, juntos, éramos demasiado, se escapaba de nuestro control.

—¿En qué piensas? ¿En algún surfero guapo? ¡Porque están todos tremendos! —dice Berta según vamos caminando entre los diferentes *stands*.

—Sí, en algo así. —Sonrío, recordando aquellos buenos momentos.

Todo está ambientado con el azul de mar. Es una auténtica pasada el trabajo que hacen las empresas cuando vienen a estas convenciones. Me encanta ver las ideas nuevas, la puesta en escena de sus proyectos, las recreaciones… Bueno, ni qué decir tiene que no sé a cuántas personas he visto ya subidas en una tabla de surf desde que hemos entrado. Además, huele a mar. ¿Cómo es posible? ¿Será capaz la mente de engañarnos de esa forma? Hacer que tu vista te transporte a otro lugar a través de los sentidos.

En cuanto llegamos a nuestro puesto y saludamos a nuestros compañeros y al *staff*, Berta saca el teléfono y el portátil y se pone a trabajar.

—Tú dirás, ¿en qué te ayudo?

—Cris, ni caso. ¿En serio crees que no sabes de sobra hacer este trabajo?

—Sí, claro que lo sé, pero, ya que he venido, te echo una mano en lo que haga falta.

Berta me dice que no con la cabeza y se ríe.

—¿Tú has visto cómo está esto de tíos buenos?

—La duda ofende —respondo.

—Vete a dar una vuelta si quieres, me organizo y ahora te cuento, ¿vale?

—Como prefieras, pero, ya que estoy aquí, voy a aprovechar para coger alguna declaración para la noticia de la web.

Asiente, pero ya no me hace mucho caso. Así es ella de profesional. Cuando hay que trabajar, no hay mundo a su alrededor que exista.

Me doy la vuelta y veo todo lo que me rodea de nuevo. ¡Me parece una auténtica pasada! Me siento al lado de Berta, saco el portátil y empiezo a preparar la noticia. Estoy pendiente de que se acerque alguien interesado, para preguntarle y añadir su opinión. Veo pasar a unos cuantos, pero, a decir verdad, voy a esperar a que venga uno guapo. Aunque veo tan difícil elegir solo a un chico… ¡Esto es el paraíso!

Me obligo a dejar de montarme películas y me centro en el trabajo, cuando noto que alguien me da dos toquecitos en el hombro. Me giro y… ¡no me lo puedo creer! Un chico alto, con unos ricitos entre rubio y castaño claro, unos ojazos verdes increíbles y una barbita de tres días me sonríe llamando mi atención.

—¿Sí? —le digo.

Se ríe.

—¿No? —contesta él.

Me pongo seria. La verdad que es muy guapo, pero no le veo gracia ninguna al comentario ni, mucho menos, a ese tono soberbio que acaban de escuchar mis oídos. Levanto las cejas.

—Dime —sueno cortante.

—Quería preguntarte por esto. —Me enseña unos yogures proteicos.

—Pregúntale mejor a mi compañero —señalo a uno de los chicos del *staff*—, sabrá explicarte mejor.

—¿Seguro?

—Seguro.

Me ha parecido tan payaso y creído que paso de hablar nada más con él. Además, los chicos se lo explicarán mejor que yo. Recuerdo la campaña cuando lanzamos los benditos yogures, ¡qué trabajo nos dio y qué poco éxito tuvo! Les cogí tanta manía… No podía haber venido con otra cosa. Paso de él.

Me olvido de la interrupción y sigo a lo mío. Al momento, Berta me pide que la ayude. Me doy prisa con la noticia, recojo unas cuantas opiniones y cierro mi portátil para ponerme a trabajar con su móvil.

Casi sin darnos cuenta dan las nueve de la noche. Se nos ha pasado el tiempo volando.

—Se me ha hecho hasta corto —le digo cuando nos ponemos a recoger.

—¡Y a mí! Al final, voy a tener que agradecerle a nuestra señora jefa que hayas venido. ¡Has sido de gran ayuda!

—¿Quieres que vuelva mañana y el domingo?

—No, ¡ni loca! No te preocupes. Además, no te lo van a pagar. Si te han dicho viernes solo…

—¡Da igual! Yo vengo, te ayudo y el lunes se lo contamos; que me lo quieren pagar, bien, que no me lo quieren pagar, bien también.

—Que no, que no. ¡Olvídate!

—No tengo nada mejor que hacer, Berta. De verdad, no tengo problema.

Veo una tímida sonrisilla en esa boquita color chocolate de mi amiga y tengo claro que está aceptando mi propuesta.

—¿Nos vemos aquí a las nueve?

—A las diez —contesta ella—. Bueno, no, de hecho, no vengas hasta las once o así porque al principio estará la cosa más tranquila. Quizá no es necesario que vengas hasta por la tarde, que yo creo que será cuando haya más lío.

—¡A las once estoy aquí! ¡Qué descanses!



Al final, paso todo el fin de semana metida en Ifema ayudando a Berta. Es domingo, son las dos de la tarde y estamos a solo una hora de que acabe la convención.

—Nos vamos a ir, poco podemos hacer ya aquí. No hay casi nadie y me temo que la gente va a empezar a cerrar.

—Como veas.

—Aunque me da cosa dejar a los chicos así… Tienen que recoger todo.

—¿Les echamos una mano? —propongo.

Estoy muy cansada, pero han fallado dos compañeras y, si no les ayudamos, van a tardar más de lo normal. Suspiro. ¡Manos a la obra! Comienzo a meter folletos y *merchandising* en cajas, cuando termino con tres de ellas, las cierro y las apilo para llevarlas a la furgoneta.

—¿No te parece demasiado? —escucho una voz a mi espalda.

Me giro y me encuentro con Matteo. ¡No lo esperaba para nada!

—Pero bueno, ¿qué haces aquí?

—Un amigo de Italia ha venido a la convención y quise pasar para verlo un rato. Tiene un proyecto alucinante, con gafas 3D.

—¡Creo que sé quién dices! —He pasado tantas horas aquí que conozco casi todos los *stands*, por lo menos, los que comparten pabellón con nosotros.

—Hacía días que no nos veíamos.

—Sí…

En concreto, desde que echamos un señor polvo en un banco de un parque. Desde ese maravilloso momento de regresión a la adolescencia.

—¿Te apetece que vayamos a comer algo? —propone sin andarse con rodeos.

Suena tentador. Pero tengo ganas de llegar a casa, ducharme y tirarme toda la tarde en el sofá.

—¿Y si lo dejamos para otro día? —contesto con otra pregunta, como buena gallega.

—Tú decides. —Otra vez esa sonrisa de italiano conquistador.

—Lo decido así entonces, ¿vale? Estoy agotada, como no descanse, mañana no doy pie con bola en la oficina.

—¿Qué es no dar pie con bola?

Me río. ¿Cómo le explico esto? Me hace mucha gracia que siempre pregunta sin vergüenza todas las dudas que le surgen del idioma.

—El próximo día que quedemos te lo explico —le digo sonriéndole.

—Esperaré al próximo día entonces.

CAMINAR DEMASIADO CERCA DEL PRECIPICIO

Lunes. Vuelta a empezar. A mucha gente se les hace cuesta arriba, pero a mí es un día que me gusta. Es cierto que ha habido algunos más duros que otros: resacas, cansancios posviajes, sueño por haber dormido poco… Pero, en general, son nuevos comienzos y me encanta todo lo que sea seguir adelante.

Hoy ha sido uno de esos lunes provechosos. Hemos pasado la mayor parte del tiempo evaluando el impacto de nuestra presencia en la convención de surf y no ha ido nada mal. Nuevos contactos, difusión en redes sociales, apariciones en medios de comunicación y una sensación de satisfacción general que nos tiene con muy buen sabor de boca.

Miro el reloj y veo que son ya las cinco y media. Recojo mis cosas y me preparo para salir.

—¿Qué vas a hacer luego? —pregunto a Berta, que parece que no tiene ganas de ir a casa.

—Tengo que organizar las mesas…

—¡Buf! En estos momentos es en los que más me convenzo de que las bodas solo se hicieron para que yo vaya de invitada: con mi vestidazo, copa en mano y… ¡a disfrutar!

Le doy un beso, deseándole suerte en su tarde nada emocionante, cojo el bolso y cambio de idea. No voy a ir a casa, me voy a dar un paseo por el centro y miraré algunas tiendas. Así aprovecho para comprar el vestido de la boda de Berta. Cuando la veo con sus agobios de pareja, boda o tema niños —¡que no quiero ni pensar!—, adoro mi vida, mi independencia. Y me dan más ganas de disfrutar de la vida y dejarme de tardes en el sofá.

Salgo por la puerta decidida y… ¡Oh, esto sí que no me lo esperaba! Cierro los ojos. ¡No puede ser! Los abro despacito y los vuelvo a cerrar rápido, negando con la cabeza cuando vuelvo a ver lo que tengo delante. ¡Estoy enferma! Estoy segura de que tiene que ser una aparición… ¿Qué hace aquí?

Noto como las piernas me flaquean y un nudo aprieta con brusquedad la boca de mi estómago. Me muerdo el labio y soy cien por cien consciente de que mi respiración está tan agitada que debo tener las pulsaciones a más de ciento treinta al ver cómo el pecho sube y baja a toda velocidad. Inspiro. Me he quedado paralizada y no doy ni un paso. No puede ser. ¡Jamás lo habría imaginado!

Está apoyado en un coche, con unos vaqueros desgastados, una sudadera azul marino y unas gafas de sol con los cristales de color azul intenso. Al verme, sonríe divertido. Sigo parada. De verdad que no sé qué hacer. Me duele el estómago de los nervios que estoy sintiendo. Si no fuera porque ya me ha visto, saldría huyendo. Sé que soy ridícula, cero madura, pero es que lo que despierta en mí…

Inspiro, me dejo de tonterías y camino decidida hacia él, que responde bajando la pierna, que tenía apoyada en el coche, y se acerca a mí.

—Eres la última persona a la que habría imaginado encontrarme.

—Bueno, en realidad, no nos hemos encontrado —responde él sonriendo.

—Ya, bueno… ¿Qué haces aquí, Rodri?

Su nombre en mi boca otra vez hace que todo mi cuerpo se ponga en tensión.

Le devuelvo la sonrisa y me destenso al acercarme a él. Es tan extraño lo que me pasa… Me hace sentir tantos nervios por todo lo que fue, por cómo me porté, por aquella intensidad, porque, a pesar de los años, es como volver a estar en casa.

—Vine a una convención de surf.

—¿En serio? —levanto el tono de voz sorprendida.

—Sí. —Él alza los hombros, divertido, sin entender a qué viene mi reacción desproporcionada.

—¡Yo también estuve! ¡No me lo puedo creer!

—¿De verdad?

—¡Claro! ¡Menuda casualidad! ¿Cómo es posible que no nos viéramos? ¡El destino es caprichoso!

—Entonces parece que se la he jugado al destino. —Se ríe mostrando esa sonrisa tan bonita.

Su frase me hace volver a tensarme. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha venido a buscarme? No entiendo… La última vez que nos vimos hubo un poco de todo: en el pub no quiso casi ni dirigirme la palabra, pero luego en la playa hablamos como adultos, con cariño.

—Me diste tu tarjeta en la playa, estoy en un hotel aquí al lado y me apetecía pasar a saludarte. —Rodri siempre tuvo esa capacidad de leer mis pensamientos.

—Me alegro de que hayas venido. —De verdad que lo hago.

—Yo también, me alegro mucho de verte, Cris. —Sonríe otra vez.

¡Por Dios! ¡Que no se sonría, por favor! No así…

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Te apetece que vayamos a cenar esta noche y nos ponemos al día? —propongo.

No puedo creer lo que acabo de hacer. Por mi boca ha salido la frase maldita. Cenar esta noche. ¿Acaso hay otra más cargada de intenciones? Espero que no piense que le estoy pidiendo una cita porque volver a liarme con Rodri sería el mayor error de toda mi vida. Caminar demasiado cerca del precipicio… No, no es buena idea.

—No puedo, el avión sale en un rato.

Respiro aliviada y, al mismo tiempo, me da un poquito de rabia. Tampoco estaría nada mal cenar juntos... Y… Bueno, muchas otras cosas, porque Rodri sigue estando como un queso. No, Cristina, no. Para el carro que te vas.

—¿Te apetece que tomemos un café? —propone.

—Vale.

—Pues, tú dirás.

Llegamos paseando hasta el parque del Retiro y nos sentamos en la terraza de una cafetería. Hace una tarde muy bonita de primavera. Es que no me puedo creer que Rodri esté aquí, conmigo, tomando un café como si nada. ¡Es tan surrealista! ¡Y tan emocionante a la vez!

Intento parecer tranquila, pero tengo un sentimiento tan grande de culpabilidad por todo lo que pasó que no consigo comportarme como una persona normal y, en más de una ocasión, hago comentarios ridículos.

Después de dejarlo por teléfono, no volvimos a hablar, evité verlo en Galicia y no quise volver a saber nada de él, quien hizo lo mismo conmigo. Ninguno de los dos decidió luchar por algo que no tenía sentido. Nunca conté con volvérmelo a encontrar, aun sabiendo que somos del mismo pueblo. Ni, mucho menos, que él viniera a buscarme.

—Y ¿qué tal…? ¿Lara? —Hago como si no recordara bien su nombre.

Su gesto se vuelve serio.

—Ya no estamos juntos.

—¡Vaya! Lo siento mucho.

En realidad, miento porque no lo siento para nada. Soy una persona horrible, lo nuestro es imposible y, a pesar de todo, no puedo evitar alegrarme de que esté soltero porque la idea de imaginármelo con otra chica… ¡duele! Todavía duele.

—Hay cosas a las que es mejor ponerles fin antes de que sea tarde. Es una chica estupenda,

pero… No es para mí.

No sé qué decir, noto que estamos entrando en terreno pantanoso. Pero, haciendo gala de mi impaciencia más absoluta, no puedo evitar querer saber más.

—¿Por?

—Porque no sumábamos.

Directo al corazón. Un dardo impactando con fuerza sobre el alma. Él y yo sumábamos. Siempre lo decíamos. Eso era para nosotros el amor. No era convertirse en uno, sino en dos que forman la ecuación perfecta. En sumar, ganar, añadir, ser más.

No sé qué contestar. Sé que Rodri no lo ha dicho sin más. No entiendo, ¿a qué ha venido? ¿Por qué me ha buscado? ¿Por qué se comporta así después de lo que le hice?

—Rodri…

Siento que tenemos que hablar, tenemos una conversación pendiente, creo que nos la debemos.

—Tengo que irme, que no quiero perder el vuelo.

No quiere hablar.

—¿Te acerco al aeropuerto?

—No, no te preocupes, cojo un taxi. Además, tengo que pasar por el hotel a recoger la maleta.

—¿Estás de broma? ¡Venga! Tengo la aplicación para los coches de alquiler. Vamos dando un paseo hasta el hotel y, después, cogemos el que esté más cerca. En un momento estamos en el aeropuerto, que ahora no hay tráfico, y te aseguro que es más barato que un taxi.

—Está bien.

Caminamos en busca del coche hablando del trabajo y olvidamos la conversación que no ha llegado a producirse. Bueno, hacemos que la olvidamos, porque yo no dejo de darle vueltas a la cabeza. Quizá solo ha venido a verme porque me tiene aprecio, pero esa frase… Decirme que no sumaba con la chica… No, eso no es casualidad. No entiendo nada, de verdad que no.

Cogemos un coche y en media hora llegamos al aeropuerto. Hacía tanto tiempo que no estaba con él que ahora no quiero que se vaya. Si por mí fuera, habría alargado este viaje toda la vida. Ya no estoy enamorada de él, estoy segura de eso, además, nuestros caminos nunca van a confluir, él quiere una cosa, yo otra, su vida está allí, la mía aquí…

Creo que me gusta tanto estar con él porque me hace sentir completa. Es extraño. Es como antes… Cuando sumábamos. ¡Para Cris! Mejor sacar esos pensamientos de la cabeza, por el bien de los dos.

—Bueno, pues hemos llegado. —Paro delante de una de las puertas y pongo el freno de mano.

—Gracias por acercarme. —Sonríe y, por primera vez en toda la tarde, se quita las gafas de sol.

Esos ojos… ¡No! Es lo que me faltaba. Ver ese mar azul es lo último que necesito en este momento.

—Gracias por la visita, me ha gustado mucho verte. —No habla Cris, habla su corazón.

—A mí también, espero que vengas pronto a visitarnos. —Siempre hablaba en plural. Allí está mi familia.

Se acerca para darme dos besos. Noto su piel junto a mí, su mejilla acariciando la mía… Pasamos de un lado a otro muy despacio y nuestros labios están a punto de rozarse. Siento calor, el corazón me pide que lo deje salir del pecho, necesita aire. Y yo necesito más, necesito y lo hago, lo abrazo fuerte, mis manos se apoyan en su espalda y noto cómo se tensa.

—Te espero en casa —susurra en mi oído.

Se separa y se va. Percibo que no quiere alargar más este momento. Me quedo inmóvil

observando como sale del coche y tira de su maleta acercándose a la puerta sin mirar atrás. Justo antes de entrar, se gira y levanta la mano para decirme adiós. Me sonríe y lo veo a él, a mi Rodri, a aquel surfero adolescente que me comía a besos en cualquier esquina de nuestro pueblo.

¿Por qué tiene que estar mal si me hace sentir así?

MÁS DE LO QUE DEBERÍA

—Pero ¿qué haces aquí? Si no llegabas hasta la próxima semana…

No puedo creerme que Adrián esté delante de mí cuando llego a casa. ¡Caramba! ¡Menudo día llevo! Creo que estoy preparando mi corazón para cualquier explosión a la que le tenga que hacer frente.

Adrián me espera sentado en los últimos escalones antes de llegar a la puerta de mi piso. Muy de película todo. Y más peliculero todavía si cuento que va vestido con unos vaqueros oscuros y un jersey de punto de color morado que le sienta de maravilla. Me percato de que una bolsita, que tiene toda la pinta de ser un regalo, cuelga de sus manos, mientras se levanta para saludarme.

—Me cancelaron algunas reuniones, reubiqué las que me quedaban y he podido regresar antes. —Se acerca a mí—. Tenía ganas de volver.

¿Cómo es posible que nos hayamos visto solo una vez y sienta que nos conocemos desde siempre? Hemos pasado estas semanas escribiéndonos mensajes y creo que han sido unas primeras citas un tanto diferentes, pero que ha tenido su parte especial. Sé cuál es su color favorito, el nombre de sus padres, de su hermana, dónde ha vivido, a dónde ha viajado y a dónde quiere viajar, los detalles de su negocio, su comida favorita, sus miedos, ilusiones… ¡Hemos hablado de todo!

—Yo también tenía ganas de que volvieras.

Me acerco a él con la intención de darle dos besos, pero él me mira fijando sus ojos en los míos, pasa una mano por detrás de mi cuello y acaricia mis labios con los suyos muy suave, despacio, pero con determinación, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca. ¡Esto sí que no me lo esperaba!

En realidad, hemos hablado también varias veces de que teníamos ganas de vernos, de ir más allá, de que hay algo que nos hace sentir bien entre nosotros.

—Lo de volver a los dos besos… Yo creo que ya no, ¿qué te parece? —me dice en cuanto dejamos de besarnos, pero sigue sujetando mi cara con sus manos y me mira a los ojos.

—Yo creo que no…

Vuelve a besarme y yo creo morir. ¡Lo hace tan bien! En serio, este hombre es cosa de otro mundo. No es posible que no tenga defectos. ¿Y ahora qué hago? ¿Le invito a pasar? ¡Me parece excesivo! Va a pensar que quiero acostarme con él…! ¡Oh, claro que quiero acostarme con él!

—Te he traído esto.

Dejamos de besarnos y levanta la mano con la bolsa.

Abro el regalo y encuentro un pañuelo en tonos naranjas y marrones. La verdad es que me horroriza. ¡Odio el color marrón para la ropa! No me queda nada bien… Pero, oye, es un detalle precioso.

—Me gusta mucho, muchas gracias —miento.

—Me alegro. —Sonríe y muestra sus dientes perfectos.

—¿Quieres pasar? Podemos quedarnos aquí, pero estando mi casa ahí… —Señalo la puerta y levanto los ojos risueña.

Se ríe por mi comentario. Levanta la mano en un gesto que me indica que pase primero. Abro la puerta y entramos. Le enseño la casa, que, gracias a Dios, está ordenada, y le voy contando cosas de cuando me mudé aquí.

—Es muy bonita.

—Muchas gracias, la verdad es que me siento muy a gusto.

Seguro que la suya es mucho más grande y lujosa, pero no me avergüenza porque hay tantas

casas grandes tan vacías… Y la suya tiene pinta de ser así; blancos y grises.

—¿Qué quieres tomar?

—Una copa de vino está bien, gracias —contesta, y se sienta en el sofá.

Le sirvo la copa de vino y pasamos más de dos horas charlando distraídos y buscando excusas para besarnos. De pronto, suena mi teléfono. Es mi jefa. ¡Qué raro! No suele llamarme fuera de horario laboral. Al contestar, la noto nerviosa.

—Cristina, han convocado una reunión de todos los departamentos de comunicación en París. Han planteado una nueva estrategia de comunicación a nivel global y la van a presentar para que se empiece a implementar ya mismo. Necesito que vayas.

—¡Claro que sí! No hay problema, ¿cuándo es?

—Mañana.

—¿Mañana? —levanto el tono de voz.

—Olvidé comentártelo la semana pasada. Habían propuesto varias fechas y todo apuntaba que iba a ser mañana, estaba pendiente de cerrarse y lo han hecho hace un rato. Tengo muchas cosas en la cabeza para acordarme de todo —se excusa.

—No hay problema.

Hago como si no me importara, aunque por dentro me muero de rabia de que no me haya puesto sobre aviso.

—Mi secretaria te acaba de mandar el billete de avión a tu email. En cuanto salgas de la reunión, llámame y me pones al día.

—Sí, claro.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

¡Será puñetera! Llama para decirme que tengo que ir a una reunión, mañana, a otro país, y no me da ni las gracias. Suspiro frustrada, mientras abro el email para ver a qué hora sale el avión. 6:50. Estupendo.

—Perdona, pero voy a tener que preparar mis cosas y acostarme. Mañana tengo que viajar a París.

—No te ha hecho mucha gracia.

—El viaje a París, sí, ¡claro que me apetece! Pero me avisa con… —miro el reloj— ni doce horas de antelación y, lo de siempre, sin un gracias. ¡Es estúpida!

—No te preocupes. ¿Te preparo algo de cenar mientras preparas tus cosas?

¿En serio? ¿Dónde estaba este hombre y por qué no ha aparecido antes en mi vida?

—No hace falta.

—Sí, ¡venga!

—Con una condición. —Él asiente con la cabeza—. Que cenes conmigo.

—¡Hecho!

Me da un beso rápido en los labios, se levanta y va con decisión a la cocina.

Saco un traje de chaqueta negro, una camisa de raso rosa clarito y los zapatos que simulan la piel de una serpiente, que ya están arreglados. Preparo el bolso grande: meto el portátil, bolígrafos, cuaderno, algo de maquillaje, gafas, cartera, llaves… Creo que está todo.

Cuando salgo de la habitación, veo que Adrián ha hecho dos sándwiches. La cocina es pequeña; en un lado está la encimera con los muebles, y en el otro, una especie de barra de bar con dos taburetes, delante de una gran ventana.

—No es un Estrella Michelín, pero ¡puede valer! —bromeo.

Él levanta los hombros y se ríe. Nos sentamos a cenar y toda la conversación gira en torno a

mi trabajo, en concreto, a mi jefa.

Soy consciente de que ambos alargamos la cena más de la cuenta. Estamos cómodos. Imagino mi vida así todos los días y no me disgusta para nada. ¿Será él a quien he estado esperando? Me muerdo el labio. Y, de pronto, Rodri vuelve a mi cabeza. Acabo de estar con él, también. Hace unas horas. Ha estado aquí y se había esfumado de mi mente.

Sigo un poco descolocada con su visita. ¿A qué ha venido? Rodri fue tanto para mí… Me cuidó, siempre lo hizo y, supongo, que por eso todavía me afecta verlo.

Suspiro.

Agito la cabeza para lanzar mis pensamientos a otro lado. A otra galaxia si fuera posible.

No.

¡Qué mal momento para aparecer!

No.

—¿Qué pasa, Cris?

Adrián me mira extrañado.

—Nada, nada.

—¡Venga! No te agobies, pasa de tu jefa y disfruta de París.

—Sí, ¡eso haré!

Me acerco a él y vuelvo a besarlo. ¡Sabe tan bien! Cristina, céntrate. Céntrate en lo que te tienes que centrar. No nos conocemos casi nada, pero Adrián merece la pena, estoy segura. Más vale que mi cabeza se asiente un poco porque si no la voy a cagar.

Nos despedimos en la puerta y quedamos en vernos en dos días.

Según cierra, voy al sofá y me siento para llamar a Berta. Necesito hablar con ella.

—¿Qué tal esas mesas? —le digo en cuanto descuelga.

—¡Mejor de lo que pensaba! —Se parte de risa—. Por cierto, que no se me olvide, me han llamado para ir a la prueba del vestido el viernes. Vendrás conmigo, ¿verdad?

—¡Por favor! ¡Claro que iré! —Qué ilusión me hace—. Así aprovecho y me compro el mío también, que al final llega el día y sigo sin vestido…

—¿Pero no ibas hoy?

—Bueno, si te cuento en lo que se ha convertido mi tarde… Yo que pensaba hacer algo tan sencillo como irme de tiendas… ¡Rodri ha estado aquí!

—¿Rodri? —Berta alza la voz repitiendo su nombre.

—Rodri.

—¿Y qué tal?

—¿Qué tal? ¡Berta! Lo he dejado en el aeropuerto y cuando he llegado a casa estaba esperándome Adrián.

—¿Adrián? —vuelve a levantar el tono.

—Adrián.

Después de repetir varias veces sus nombres, pongo al día a Berta de la tarde de infarto que acabo de pasar.

—¿Y qué piensas?

—Estoy echa un lío… Adrián es tan perfecto, tan todo… Me gusta cómo me hace sentir, aunque te parezca una locura porque casi no nos conocemos, pero creo que el amor es así, llega e impacta, te arrasa. No hay que darle más vueltas.

—¿Y Rodri? —Noto en su voz que le da miedo preguntar.

—Rodri estaba tan guapo… Nos quisimos tanto, Berta… Rodri siempre será Rodri, pero creo que es el pasado.

—Hoy ha estado aquí. Eso no es pasado.

—Ya, pero hay cosas que ya no pueden ser. No queremos lo mismo. Cuando estuvimos juntos, éramos dos adolescentes que vivían el momento sin plantearse qué pasaría al día siguiente. Era fácil. Hasta que se complicó y nos dimos cuenta de que nuestros caminos iban por sitios muy distintos.

—Pero ha venido…

—Ya… —suspiro—, y mañana me voy a París.

—Lo sé, me ha llamado la jefa para un tema y me lo ha comentado.

—La ciudad del amor…

—Sí, pero haces muy bien en ir sola. Aprovecha para dar un paseo y pensar, pon tu cabeza en orden.

—De todas formas, ¿no te parece que nos estamos montando una película tremenda? Adrián es el único que es real. Lo de Rodri… no es nada.

—Ya, Cris, pero lo fue. Y te remueve. Eso es por algo.

Cuelgo el móvil y, al momento, recibo un whatsapp.

adrián
Creo que podría cambiar las cenas de Estrella Michelín por sándwiches más a menudo. No ha estado nada mal. Disfruta de París.

Una sonrisa se dibuja de inmediato en mi cara. Ilusión. ¡Ojalá viniera conmigo!

Escucho otro mensaje. Miro el teléfono con ganas de más, pero no es él. Un número que no conozco. Suspiro al ver la foto de perfil, un surfero surcando las olas, y todo mi mundo se viene abajo.

rodri
Hola, Cris, soy Rodri. Ya he llegado y por aquí sigue todo en orden; felices de que haya vuelto sano y salvo de Madrid. Me ha gustado mucho verte.

Y a mí, Rodri. Y a mí. Mucho más de lo que debería.

PARÍS

El taxi me ha dejado al oeste de París, en concreto en la zona de La Défense, uno de los distritos de negocios más importantes de toda Europa.

He venido todo el tiempo hablando con mi jefa por el chat del móvil y no he prestado atención a lo que tenía a mi alrededor.

Se supone que París es la Ciudad de la Luz y lo que tengo ante mis ojos es todo lo opuesto a eso. Calles repletas de grandes rascacielos con aire futurista.

—No se deje impresionar.

El taxista ha debido darse cuenta de mi sorpresa. No es exactamente impresión lo que siento…

—Lo más conmovedor no son las grandes torres de cemento y cristal que tiene ante sus ojos, sino que se encuentra en una de las zonas de París donde se exponen más de sesenta obras de arte contemporáneo a cielo abierto, plazas, fuentes e, incluso, jardines colgantes.

—Para mí, París era otra cosa… —Nada de lo que dice llama mi atención, me siento muy decepcionada.

—París son muchas cosas, señorita. ¡Disfrute de su estancia!

—Gracias.

Se supone que París desprende encanto en cada esquina, con su patrimonio arquitectónico y cultural, un patrimonio vivo que no deja de modernizarse y enriquecerse. Una ciudad que, además, es capital de la gastronomía y la moda. Bueno, por lo menos, como una modelo sí me siento. Me he puesto el *look* de ejecutiva que preparé y, a pesar del madrugón, me he hecho ondas en el pelo y me han quedado de maravilla. El maquillaje es bastante sutil.

Levanto los hombros y suspiro. Es la primera vez que vengo y no tenía ni idea de que la oficina estaba aquí. Pero bueno, ¡así son las cosas! Total, en unas horas estaré de vuelta en Madrid, así que, ni me llevaré la sensación de haber estado en París… Parece que mi jefa tiene tino hasta para esto.

Abro el correo electrónico y selecciono la dirección, la pongo en Google Maps y veo que estoy a tan solo cinco minutos, pero al mirar el reloj me doy cuenta de que no me sobra ni un segundo. Camino a toda velocidad entre toda esta gente trajeada de negocios y me siento importante. Desde luego, la confianza en mí misma no desaparece, porque seguro que mi sueldo no es ni una cuarta parte del que tienen los demás.

El edificio sigue la línea de la zona: cristales gigantes, blancos y grises. En cuanto entro, una chica muy amable me acompaña a la sala de reuniones. Estoy un poco nerviosa porque tengo el inglés bastante oxidado y no quiero hacer el ridículo… Pero entiendo que es el bendito idioma universal y, por lo menos, me enteraré de algo. Si fuera francés… Solo conozco una expresión: *Voulez-vous coucher avec moi?* Me río por lo bajo.

—Es aquí.

La chica levanta una mano y señala una gran puerta blanca.

—Muchas gracias.

Entro en la sala, me siento en una de las sillas y cuento las que hay. Once. Por supuesto, la onceaba es la que preside la mesa. Saco el portátil y un cuaderno del bolso, mientras el resto de los compañeros van llegando. A los diez minutos, entra el presidente de la empresa, acompañado del director de *marketing*, que se sienta a su derecha. Los conozco porque hemos hablado en varias ocasiones, aunque nunca nos habíamos visto en persona. ¡Qué aburrimiento de gente! ¡Qué estirados parecen!

La reunión trascurre sin novedad; se presentan, nos presentan, nos explican el nuevo plan de *marketing* y nos piden seguirlo a pies juntillas. Para terminar, nos invitan a tomar un aperitivo en la cafetería del edificio. ¡Por fin, algo interesante en todo este viaje!

Bajo en el ascensor charlando (o intentándolo con mi inglés penoso) con mis compañeros de otros países. No me gusta mucho lo que percibo, parece que cada uno tiene que destacar su trabajo, lo diferentes que son, los resultados… Me dan ganas de irme, pero decido darles otra oportunidad.

Al entrar en el bar, que también tiene una decoración, para mi gusto, demasiado futurista, veo que en la parte de la derecha hay unas mesas con canapés y los camareros pasean con copas en las bandejas. ¡Bueno! Parece que la cosa mejora. Cambio de grupo de compañeros disimulando y entablo «conversación» con otros. Pero nada, más de lo mismo. No sé si son ellos o mi inseguridad con el idioma, pero no me siento para nada en mi lugar. Paso. Se acabaron las oportunidades.

Me despido con educación y pongo fin a esta tortura. ¡Qué rollazo de gente! Al salir a la calle, me siento en unas escaleras para llamar a mi jefa. Casi no he andado, pero los tacones me están matando.

—Vale, Cristina, todo bien. Voy a revisar la documentación que os han dado y lo volvemos a ver en detalle aquí.

—Val…

¿Perdón? ¿Me ha colgado? Miro el teléfono sin salir de mi asombro.

—¡Será maleducada!

—¿Un mal día?

Una voz masculina, con acento francés, llama mi atención en español.

Me giro y ahí está la personificación en sí misma del *Voulez-vous voucher avec moi*. Pantalón azul marino con jersey de rallas a juego, pelo castaño claro un poquito largo, barbita de unos días y gafas de sol marrones. No es un chico guapo, pero a mí me parece tan atractivo como un helado de nata con trocitos de chocolate y galleta.

—Un día raro, digamos… —respondo.

—Bueno, entonces, ya ha sido mejor que el mío.

Me río.

—¡Soy toda oídos!

Pone cara extraña con mi comentario. No debe entender bien la expresión. Me hace gracia y me río. Él imita el gesto.

—Puedes contarme —le digo más claro.

—Venía con una propuesta, que me ha llevado meses preparar, pero no les ha gustado. Creo que no les he gustado yo. Demasiado informal, ¿verdad?

—A mí no me lo parece; estiloso sin ir demasiado formal.

Levanta los hombros y se ríe.

—¿Qué es eso tan feo? —Señalo un gran edificio cuadrado. Es como una puerta gigante con los bordes bastante anchos. No le veo el punto, la verdad.

—Es el *Grande Arche de la Fraternitè*. —El francés nunca me ha parecido muy sensual, pero en su boca suena muy bien—. Mide 110 metros de altura y, aunque lo veas recubierto con esas placas de vidrio, está construido en mármol y granito.

—¿Y qué tiene de especial?

—Permite contemplar París desde las alturas, y ofrece unas vistas excepcionales del eje histórico de la ciudad.

—Parece mentira que exista ese París histórico del que hablas, viendo esto.

—Existe y no tiene nada que ver. Esto tampoco va conmigo…

—¿Por qué hablas tan bien español?

—Por trabajo, tenemos negocios en Barcelona.

Nos quedamos en silencio observando ese gran cubo de cristales.

—¿Habías estado alguna vez en París?

—No.

—¿Te gustaría conocer el París de verdad?

Me giro ante su propuesta.

—¡Me encantaría! Pero no tengo tiempo. En un rato sale mi avión.

—Puede que el Barrio Latino ya no sea el paraíso extravagante y bohemio de antaño, pero aún irradia una atmósfera de trascendencia innegable. Yo no volvería a Madrid, si no fuera vital, sin conocerlo.

—¿Por qué el Barrio Latino?

—Tendrás que descubrirlo por ti misma.

Y así lo hago. Me cuesta solo un minuto tomar la decisión. Es una propuesta demasiado tentadora. Saco mi teléfono, cambio el vuelo para mañana (ya me inventaré una excusa en el trabajo), aviso a Berta y pienso en buscar un hotel, pero al escuchar de nuevo a mi acompañante sé que es posible que tenga donde quedarme.

—Por cierto, me llamo André.

—Cris.

En menos de una hora llegamos al Barrio Latino, y ahora sí, París huele a *croissant* recién hecho. Inspiro para inundarme de ese aroma tan agradable. Además, el verano se va acercando y la primavera hace gala de todo su esplendor con un tiempo de lo más agradable.

—Me quedan veinte horas en París.

—Más que suficiente. ¡Ven!

Coge mi mano y tira de mí. Paseamos por los bulevares de Saint-Germain y Saint-Michel, descubriendo sus pintorescas callejuelas serpenteantes y pasajes sombreados, conectados unos con otros, paramos en una Crêperie a comer una *quiche lorraine*, la verdadera, que no tiene nada que ver a lo que he comido en España. Terminamos rápido y seguimos nuestro paseo, mientras André me explica todo lo que vamos encontrando. No solo habla de edificios, me habla de su cultura, de sus tradiciones, de historias de personas desconocidas. Me gusta la pasión con la que habla de su ciudad. Pasamos por la plaza Saint-Michel y terminamos el día paseando junto al río Sena, hasta dar con la catedral de Notre-Dame. Es alucinante lo imponente y bonita que es.

—Seis horas —me dice, mientras los dos miramos la catedral.

—¿Cómo?

—Que llevamos seis horas viendo París, lo que significa que nos quedan otras doce. *La Tour Eiffel?* —propone con una amplia sonrisa.

Me acerco a él, rodeo su cuello con mis brazos y me pongo de puntillas.

—Creo que paso de torre Eiffel.

Me quedo mirándolo muy cerca, hasta que él me besa con determinación y deseo, confirmando mis sospechas de que esta noche, para nosotros, se acabó París.



A la mañana siguiente amanezco en su cama después de haber pasado toda la noche acostándonos. Ha sido un no parar y no he dormido nada de nada. Sin duda, noches de esas apoteósicas para guardar en tu memoria, además de la nacionalidad francesa como una más para sumar a mi viaje por el mundo a través del amor.

—Nos vemos —me dice al despedirnos.

—Nos vemos.

Aunque los dos sabemos que no, que será como esos amores de verano que permanecen para siempre, pero en la memoria.

UNA MANO PARA BAILAR

¡No llego! Miro el reloj otra vez. Hemos quedado a las seis y ya son las seis. ¡Me va a matar! Será mejor que la llame y le avise de que me he retrasado un pelín.

Cojo el móvil y las llaves y las meto en el bolso. Salgo tan rápido que noto como el vestido beis con lunares rosas que llevo puesto me acaricia las piernas. Mientras bajo por las escaleras, miro la pantalla del teléfono y busco el número de mi amiga. Dos tonos, tres, cuatro y, cuando estoy a punto de colgar, suena su voz acelerada al otro lado.

—Lo sé, lo sé. —Se escucha como jadea—. Me quedan quince minutos, ya he avisado a la *boutique*.

—Yo también voy un pelín justa. —Suavizo mi retraso—. Llamaba para decírtelo.

—Tranquila, soy la novia y las novias se hacen esperar, ¿no?

—¡Por algo te quiero!

—Sí, yo también, pero date prisa. Que como lleguemos más de media hora tarde, pierdo la cita.

—No creo. —Corro a toda velocidad por la calle—. Ya es la última prueba.

—¡Por eso mismo! ¡Date prisa! —me grita nerviosa.

—Voy andando a todo lo que dan mis piernas. —Noto la respiración acelerada—. De hecho, te voy a dejar, creo que me costará menos llegar si no voy hablando.

Berta cuelga el teléfono sin despedirse. Noto las piernas cansadas, ¡joder! Tengo que hacer más ejercicio… Siempre me lo propongo, y me gusta, pero es cierto que dejo pasar muchos días sin poner en marcha el contador de tiempo y calorías.

Menos mal que la *boutique* está cerca porque si no, no llego ni de broma. Vuelvo a mirar el reloj, quedan dos minutos para las seis y cuarto. Me falta la respiración, desde luego, estoy fuera de forma. Paro un segundo, cojo aire y retomo la marcha, pero esta vez andando rápido. Ya he corrido suficiente por hoy. Lo siento por mi amiga, pero no quiero morir en el intento.

Berta y yo llegamos a la vez a la puerta. Acude con un vestido largo de color salmón con pequeñas florecitas en azul marino. Ese color le sienta alucinante con su tono de piel, bueno, en realidad, creo que no hay nada que le quede mal.

Miramos el reloj. Pasan de las seis y media.

—Dios, ¡me van a matar! —Me coge de la mano y tira de mí hacia dentro.

Una vez en la tienda, una mujer con el pelo corto rubio, vestida de negro y bastante maquillada, nos recibe con cara de pocos amigos.

—Lo siento, he tenido una urgencia gravísima y no me ha dado tiempo a llegar a mi hora. Lo siento muchísimo —miente y pide perdón Berta.

—Me va a disculpar, pero ya estoy atendiendo a otra novia.

—¡No puede ser! ¡Me caso en dos días!

—No se preocupe, puedo atenderla al finalizar las citas. La última es a las siete y media, vuelva a las ocho y le probamos el vestido. —Sigue muy seria, se ve que se va a tener que quedar más tarde de su hora de salida y no le hace ni puñetera gracia, cosa que entiendo.

—De acuerdo —acepta Berta suspirando.

—Disculpe, me gustaría mirar algún vestido para mí.

—Para los vestidos de fiesta no necesita cita. Están en la segunda planta, mis compañeras le atenderán encantadas.

—Gracias.

Subimos por las escaleras a toda velocidad y sin parar de hablar una por encima de la otra.

Berta me dice que he apurado demasiado para comparar el vestido, yo le explico que no he podido hacerlo antes, que da tiempo de sobra, y ella se queja de mi dejadez.

Pasamos la siguiente media hora probándome modelitos. La verdad es que no me convence ninguno, con la mayoría me veo gorda, y los que me sientan un poco mejor son feos… Suspiro mirándome al espejo cuando me pruebo el número… ¿quince? Ya he perdido la cuenta… ¡Puta genética! Al final, me decido por uno color verde menta, con caída de raso y escote pronunciado en pico con encaje.

—Dejas poco a la imaginación —dice mi amiga.

—Ya, bueno… No me convence ninguno y este no lo veo del todo mal… —Me miro insegura en el espejo.

—¡Estás guapísima!

—Pues ya está, ¡ya tengo vestido!

—¿Y el largo?

—Tengo unos tacones que le van genial, creo que con eso será suficiente. Si no, me acerco a una tienda que hay cerca de mi casa y me lo arreglan enseguida, no te preocupes.

Cuando pago y me preparan el vestido son casi las ocho. Hemos estado más de hora y media para elegirlo… Volvemos a la planta baja y la señora nos recibe de nuevo, esta vez, con cara muy sonriente.

—¿Ya tiene vestido? —Su tono es muy amable ahora.

—Sí, gracias.

—Ya estamos listas para probarme el mío.

—Disculpe, pero hemos tenido un problema. Lo estaba preparando y me he dado cuenta de que no han cogido bien una de las medidas.

—¡¿Cómo?! —Mi amiga no puede creer lo que acaba de escuchar.

—No se preocupe, ya lo están arreglando y estará para mañana sin problema.

—¿Para mañana? —repite alterada.

—Sí, lo siento. Estas cosas no pasan nunca…

—¡¿Que no pasan nunca?! ¿Y me ha pasado justamente a mí?

Berta empieza a dar paseos por la tienda dando voces, muy nerviosa. No deja de repetir que se casa en dos días, parece que ha entrado en bucle.

—Tranquila, ha dicho la señora que estará para mañana y, si no te queda perfecto, se pondrán en ese mismo instante a arreglarlo para que lo esté para el día de la boda.

—Creo que me va a dar un infarto. —Mueve la mano intentando abanicarse con ella.

—Tranquila, va a ir todo bien.

—Lo siento mucho, de verdad, pero no se preocupe, estará sin falta para que disfrute del día de su boda con ese vestido de ensueño. —Pone una sonrisa amable fingida. Se ve que la mujer está pasando un mal rato.

—No se preocupe, mañana a primera hora estaremos aquí.

—¡Me quedo aquí a pasar la noche!

A pesar de la situación, me rio al escuchar a mi amiga. Ella siempre tan serena y tranquila… Y ahora está que se sube por las paredes. Creo que no la había visto así en mi vida.

—¡Señorita! —grita un señor trajeado corriendo hacia nosotras.

—¿Sí? —contesta esperanzada Berta.

—Ya está listo su vestido de novia, disculpe, lo he revisado antes de ponerme con él y está bien. No hay nada más que arreglar.

—¿Pero? —Miro a la mujer.

—Ha sido una confusión con las anotaciones. Culpa mía —asume el señor.

—De verdad que no me puedo creer que esté pasando esto… ¡Dejan ustedes mucho que desear respecto a formalidad! Pagamos un precio desorbitado por un vestido y, encima, pasan estas cosas…

—No dejes que esto te enturbie el momento, Berta —intento tranquilizarla.

Levanta los hombros, inspira profundo y asiente con la cabeza, cerrando los ojos resignada.

Al final, se prueba el vestido y, como era de esperar, le sienta de maravilla. Está preciosa, de blanco, con el corte sirena resaltando su figura y esos pequeños cristalitos que hacen que brille como una auténtica diosa.

¿Algún día me veré así? Creo que las bodas no están hechas para mí. Pero ¿me gustaría? No lo sé… Ni siquiera soy capaz de comprometerme cuando alguien me gusta. No llego ni a intentarlo. Pienso en Adrián. El chico perfecto y yo… A la primera ocasión que tengo, la cago. ¡Dios! No me había parado a pensar en ello. Me siento fatal… ¿Cómo he podido liarme con otro chico teniendo al que tengo aquí esperándome? Me está demostrando que vale la pena y yo lo echo todo a perder por una noche de sexo… Pero ¡qué noche! ¡Cris! No, fatal… En serio, soy horrible… La peor persona del planeta. Me voy a quedar soltera toda mi vida, envejeceré rodeada de gatos y helado de tarta de queso…. Me pondré muy gorda, total, qué más da, nadie me estará esperando al llegar a casa, ni tendré con quién acurrucarme una tarde lluviosa de domingo a ver una película. Y de niños que te reciban corriendo, gritando «¡mamá!», ni pensarlo. Una mano… Esa que te sujete cuando te flaqueen las fuerzas, esa que te acompañe en cada experiencia, de la que tires cuando te apetezca bailar.

—Un segundo, ahora mismo vuelvo.

Salgo de la tienda. Necesito tomar el aire. ¿Quiero eso para mi vida? No, estoy segura de que no. Soy consciente, pero tengo miedo. No sé a qué, pero sí que hay algo que me paraliza, que me hace dar un paso para atrás cada vez que siento que algo puede ir adelante. Pero creo que ha llegado el momento de arriesgar. Cojo el móvil, busco su nombre en la agenda y lo llamo. Escucho los tonos nerviosa, andando de un lado para otro de la calle. Por fin, descuelga.

—Hola, Cris, ¿cómo estás? ¡Ya echaba de menos tu llamada!

Sonrío en cuanto escucho la voz de Adrián.

—¿Tienes planes para el sábado?

—¿Para este?

—Sí.

—No, no tengo nada importante.

—¿Te gustaría acompañarme a la boda de Berta?

Silencio. ¿Por qué no contesta? Noto nervios en el estómago y creo que las piernas me tiemblan un poquito. Sigue sin contestar. Carraspeo.

—¿Nerviosa? —dice dicharachero.

—¡Cancelo la invitación! —bromeo con él, sonriendo, sé que va a venir.

—¡Me encantaría!

—A mí también.

—¡Pues ya tengo plan para el sábado!

—Tenemos.

Contesto en plural, porque así quiero que sea a partir de ahora.

UN HILO POR EL QUE CAMINAR ENTRE DOS RASCACIELOS

Cuelgo el teléfono y suspiro. Sí, así será. Tengo que cambiar el chip y dejarme de tanta tontería. Vuelvo a la *boutique*, no he cogido ni el vestido con la rapidez con la que he salido para llamar a Adrián.

Berta me va a matar, me he ido como loca.

—La novia la está esperando —me dice con cara de pocos amigos la señora cuando vuelvo a entrar. Creo que le caigo mal.

—Sí, sí, ya mismo voy. Ha sido una urgencia.

¡Claro que lo es! ¡Estamos hablando de mi futuro!

—Perdóname, he tenido que salir porque casi me da algo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Cosas mías, luego te cuento, primero lo importante. —Le cojo las dos manos y estiro los brazos—. Estás preciosa.

—¿Te gusta? —Sonríe ilusionada.

—¡Muchísimo! Vas a ser la novia más bonita del universo.

—¡Tú que me adoras! Pero creo que es verdad, ¡me siento guapísima!

—Lo estás. Me alegro tanto por ti, Berta…

—Gracias por estar conmigo.

Nos fundimos en un abrazo sincero. En la vida hay muchos tipos de amores, y el que se tiene por los amigos pasa a otro nivel cuando estos se convierten en familia. Ella lo es, y no puedo sentirme más feliz por verla así de ilusionada, sobre todo porque sé que acierta de lleno con el paso que va a dar.

Cuando Berta termina de probarse el vestido, vamos a la caja para que pague lo que tiene pendiente, yo cojo el mío y, en lo que esperamos a que nos los preparen, que tardan un buen rato, decidimos irnos a cenar para celebrar lo redonda que ha salido la tarde al final. Marcos ha ido con sus compañeros de trabajo a tomar algo porque ya no volverá hasta después de la luna de miel, así que Berta está libre y, bueno, a mí no me espera nadie en casa.

—¿Y qué hacemos con los vestidos? —Berta cae en el pequeño detalle de que no podemos irnos por ahí cargando con ellos, mucho menos con el suyo.

—¿Y si vamos a mi casa?

Ponemos rumbo a mi piso y Berta no deja de hablar de la boda; que si este familiar no viene; que si el otro les ha hecho un regalo ridículo, que no llega ni a pagar medio cubierto; que, al final, ha decidido no llevar liga porque no quiere que se la corten, ya que le parece una tradición antigua…

—¿Y lo de la corbata?

—Le he dicho que no, que no deje que se la estropeen, y él está empeñado en llevar una malucha para eso.

—¡Qué buena idea!

—No me lo parece para nada, no quiero que se haga eso. Me parece ordinario. ¿A ti te parece normal que vas a una boda, das un sobrecito a los novios con billetes, te gastas el dinero en vestirte, en maquillaje, peluquería…? ¡No voy a permitir que en mi boda se pasee nadie pidiendo más dinero!

—Bueno… Si el regalo es como el que te ha hecho tu tío… —le recuerdo lo que me ha estado contando.

—¡No ha sido mi tío! Ha sido un tío de Marcos. Dice que cuando nos fuimos a vivir juntos nos hizo un buen regalo… ¡Dios santo!

Berta sigue el resto del camino hablando de la familia de Marcos. Cuando entra en ese tema no hay quien la pare. ¡Y dice que se llevan bien! ¿Cómo será la familia de Adrián? Nunca había pensado en eso. Me acuerdo de que una compañera de un antiguo trabajo me dijo una vez que todo el mundo se lleva bien con los suegros hasta que tienen hijos. ¿Será eso verdad? ¿Es posible que cambie tanto la relación? Yo lo veo un poco exagerado. Recuerdo cómo les escuchaba hablar del tema y me parece hasta complicado, pero ellas decían muy convencidas que un hijo lo cambia todo, y cosas que en su momento te afectaban menos, cuando involucran a tu hijo, cambian por completo. No sé, como es algo que ni me planteo... ¡Qué raro todo!

Al entrar en casa, decidimos pedir unas pizzas para cenar. En cuanto llegan, nos sentamos en el sofá y empiezo a notar a Berta nerviosa.

—Que conste que no me molesta lo que dices, ni me pareces pesada ni cualquier otra cosa que pueda pasar por tu cabeza, pero creo que deberías dejar de hablar un poco de la boda.

—Sí, tienes razón. Estoy siendo pesada, ¿verdad?

—¿Qué te he dicho? —La miro levantando mucho los ojos y apretando la boca.

—Mmm… ¿Insistente?

—Que elijas otro adjetivo no cambia el significado…

—Tienes razón, prohibido hablar de la boda lo que queda de noche.

—Lo digo por tu bien, creo que te estás poniendo nerviosa y, desde fuera, parece que tu cabeza va a empezar a echar humo en cualquier momento.

Berta se ríe y asiente. Lleno las copas de vino y brindamos otra vez. En esta ocasión lo hacemos por nuestra última noche juntas siendo ella soltera. Me río porque vuelve a la boda una y otra vez, sin ni siquiera ser consciente, mientras coge otro trozo de pizza.

Come sin parar, sin preocuparse de engordar y de que el vestido no le quede bien. Lo hace porque nunca ha tenido que estar pendiente de eso. No como yo, que me siento mal por cada pedacito que entra en mi boca. Ya me estoy pasando. Y no quiero ganar más peso del que tengo ahora, que me veo estupenda.

—Oye, ¿qué te ha pasado en la *boutique*?

—Buf. —Me agobio al escuchar la pregunta.

—¿Qué ocurre, Cris?

Suspiro, cojo todo el aire que entra en mis pulmones y le cuento lo que pasa por mi cabeza. Necesito hablar.

—Creía que no quería… Las relaciones no van conmigo, no puedo comprometerme con nadie porque siempre he preferido vivir la vida sin preocupaciones, sin ataduras. Pero, cuando te he visto vestida de blanco, he pensado que, a lo mejor, yo también quiero eso y lo he esquivado siempre porque tengo miedo… —Vuelvo a coger aire—. He llamado a Adrián y le he propuesto venir a la boda conmigo. Creo que merece la pena y no quiero dejarlo escapar porque ya he hecho alguna tontería y me arrepiento muchísimo.

—¿Qué tontería?

—El otro día, en París, retrasé mi vuelo…

—¿No se alargó la reunión? —se sorprende, cualquiera diría que es mi amiga.

—No. Conocí a un chico guapísimo y, bueno, ya sabes…

—¡Cris! —dice mi nombre en un tono de voz tan alto y con una cara tan seria, que esa simple palabra esconde una bronca descomunal.

—Era muy guapo. ¡Guapísimo!

—¿Y qué?

—Ya… Me siento fatal… Pero no somos nada.

—En ocasiones, no hace falta decirlo. De hecho, creo que cuando es de verdad no se dice. Es obvio. —Está bastante molesta conmigo.

—Lo de Adrián es de verdad —digo con tono dubitativo—, o eso creo. Mejor dicho, ¡eso quiero! —Afirmo con la cabeza para hacer énfasis en lo que acabo de decir.

—¿Y Rodri?

—¿Rodri?

—Sí, Rodri. —Abre muchísimo los ojos otra vez.

—Rodri es el pasado.

—Estuvo aquí el otro día. Sí, está claro que el presente es ahora, el futuro es mañana y esta misma tarde ya es pasado, pero no creo yo que a vuestro encuentro del otro día le puedas llamar «pasado».

—Qué va, Berta. Rodri fue, pero ya no es nada.

Ella levanta la mirada moviendo la cabeza de un lado a otro. ¿Por qué insistes en Rodri?

—Yo no insisto en él, eres tú la que lo haces. Bueno, no, rectifico; no eres tú, son tus expresiones, Cris.

No sé qué pasa, pero, de pronto, siento un nudo apretando mi estómago y mucha presión en la garganta. Suspiro y dejo que las lágrimas caigan por mis mejillas para coger aire.

—Me quiso muchísimo, me cuidó, me hizo muy feliz, me lo dio todo y fue tan fácil como coger mi mano, acompañarme, estar a mi lado y regalarme el amor más sincero y bonito que he tenido en mi vida.

—¿Por qué te pones así, Cris?

—Porque me da pena, ¿sabes? Rodri me recuerda nuestra historia, pero también a mi familia, cuando estábamos todos y sonreíamos alrededor de una mesa, cuando nos reíamos por cualquier tontería… Rodri es parte de mi hogar y, justo por eso, sé que no es amor. Ya no. Implica demasiado, pero no es solo él. A él hace mucho tiempo que dejé de quererlo.

—¿Se puede dejar de querer a alguien que significó tanto para ti?

—Sí. Querer es mucho más complejo que quererse y ya. Lo nuestro no puede ser.

—Dime la verdad, Cris, ¿te gustaría que fuera? A mí no tienes que engañarme.

Me quedo callada. En los últimos días ha venido demasiado a mi cabeza aquella historia, y verlo en Madrid ha sido la gota que ha colmado el vaso. Rodri es ese hilo por el que caminar entre dos rascacielos, y no tengo ganas de caer.

—No te engaño, le tengo mucho cariño, pero ya no es amor.

—Pues inténtalo con Adrián, ese chico merece la pena.

—Lo sé y, ¿sabes qué? —Berta asiente esperando que siga—. Creo que me hace sentir mariposas. —Me río.

—¿Mariposas? Cris… ¡Cuántas veces te he escuchado decir lo de las mariposas! ¡Eres tremenda!

—¡Que no! Hace mucho que no te lo decía…

—¿Cuánto hace de lo de Matteo?

Me levanto y la miro con cara seria.

—¡Con Matteo no te dije nada de las mariposas!

—Por cierto, ¿qué pasa con él?

—Nada, eso fue una noche.

—¡Ay, Cris! ¡Qué líos!

—Ni que lo digas…

EL AMOR

El amor son latidos. Es creer y crecer. Confiar. Seguir adelante con paso firme. Es café caliente una mañana de invierno. Es sentir. Tan simple y difícil como eso. Sentir con el corazón al completo. De verdad. Con respeto, pero sin miedo. Es estar. Siempre. A cada paso, en cada tropiezo. Es ser. Sin máscaras, ni corazas. Es una noche estrellada de verano. Es ese deseo que le pides a una estrella fugaz. De esos que se cumplen. De los que solo son posibles si se los pides a ellas. Es un instante. Tan breve e intenso como lo corta que se queda una vida para querer.

Sin duda, la palabra amor es escasa para describir lo que Berta y Marcos sienten el uno por el otro. Me hace tan feliz ver a mi amiga así, entrando por ese pasillo, pisando la alfombra roja con determinación y un poco de nervios, pero muchas, muchísimas ganas. Al final, no puede haber una meta mejor. Al otro lado la espera Marcos emocionado. He estado en muchas bodas y nunca he visto una cara como la que tiene él ahora mismo.

Lo normal es que en las bodas, cuando la novia hace su entrada tan esperada, todos los ojos vayan a ella. Sin embargo, a mí me gusta que el novio le robe esos segundos de protagonismo. ¿Hay algo más bonito que la cara de esos chicos compungidos? ¡Creo que no!

Berta llega donde está Marcos, se funden en un abrazo y se dan un beso en la boca. Nada de mejilla. Eso siempre me ha gustado mucho de ellos, que son tal como los ves, pura naturalidad. ¡Me encantan!

La ceremonia es muy emotiva y yo no puedo dejar de llorar. ¡Qué vergüenza! Adrián debe estar alucinando… Me giro para mirarlo y me sorprende ver que él también está emocionado. Al instante, dibujo una sonrisa tierna y me dejo llevar por las ganas que tengo de achucharlo, pero como no es el momento, decido cogerle la mano y apretársela. Él responde con el mismo gesto, pero sin mirarme, aunque veo que también dibuja una ligera sonrisa.

Pasamos el resto de la ceremonia sin soltarnos. ¿Alguna vez seremos nosotros los protagonistas? La idea me gusta tanto como me asusta. Más cuando un bebé empieza a llorar y se le escucha más que al amigo de Marcos, que está oficiando la ceremonia. Una boda suele llevar a hijos… Buf, ¡eso sí que no lo veo!

Tengo el instinto maternal a menos cien mil. Berta dice que aparecerá cuando sea el momento y yo creo que no va a llegar nunca. Los niños no me gustan. A quién se le ocurre que el mejor plan del mundo sea una tarde corriendo detrás de ellos para que no hagan esto o lo otro, que no se peguen con los niños en el parque, que tengan cuidado al subir al tobogán… Y ya si hablamos de lo de no dormir… ¡Caso aparte! Ni de coña. De eso sí que estoy cien por cien segura.

Para terminar la ceremonia, Berta y Marcos se dicen unas palabras y todo el mundo vuelve a sacar los pañuelos. Es la boda más bonita en la que he estado en toda mi vida. ¡Para que luego digan de las ceremonias civiles! El año pasado estuve en una boda en la iglesia que fue infumable; al cura no se le escuchaba nada, el coro cantaba ocho mil veces, la familia subió a pedir rezos por los novios… ¡Aburridísimo!

Al terminar sus palabras, hacen la ceremonia de los anillos, se dan su besazo de recién casados y salen del salón con una música romántica a todo volumen y pétalos rojos y blancos cayendo por todas partes. Al llegar al final del pasillo, se giran para ver a los invitados y él grita «¡Lo conseguí!», cogiéndola en volandas. Nos volvemos locos de emoción y aplaudimos ante ese gesto tan suyo.

¡Qué bonito es querer y que te quieran! ¡Y qué difícil que sea a partes iguales! ¡Cuántas parejas hay en las que uno está más implicado que el otro! El amor tiene que ser al cien por cien de las dos partes. No cincuenta. Eso de que suma cien no puede ser. Querer, se quiere al máximo,

al cien por cien. Y eso suma, claro que suma. ¡Qué más da cuánto!

—Parece que alguien lo ha pasado un poquito mal —le digo a Adrián en cuanto salimos del salón y esperamos en el jardín a que empiece el cóctel.

Él me mira, aprieta los labios intentando aparentar que se ha enfadado y cruza los brazos.

—Creo que no he sido el único.

—¡Ya! Pero yo no lo disimulaba.

—Ni yo.

Se pone un pelín rojo y yo me río. Está adorable. Ha venido guapísimo con un traje de chaqueta azul marino, una camisa blanca y la corbata jaspeada con detalles morados. Cómo no, su pelo está perfecto, yo creo que se ha echado laca porque no se le ha movido ni un solo milímetro. Se ha afeitado la barba y, aunque hoy parece más que nunca un modelo de El Corte Inglés, lo veo tan demasiado perfecto que no me cuadra. No conmigo.

Yo soy caótica, imperfecta en forma de ser y en físico. No me comprometo, la lío cuando puedo y que ni me mencionen la sola idea de cuidar una planta. Pero a mí me gusta como soy. Con todas las inseguridades que pueda tener, me siento bien conmigo misma.

Respiro hondo. Me estoy empezando a agobiar. Otra vez. No sé qué narices acaba de pasar, pero la boda perfecta, que tenía que haber servido para animarme a arriesgarme e intentarlo con Adrián, me ha hecho darme cuenta de todo lo contrario.

Ha sido solo un segundo y no he necesitado nada más que ver ese pelo perfecto. Esa ha sido la señal. No es para mí. Lo sé. ¿Habría sido diferente si no se hubiera echado gomina y un litro de laca? Puede ser…

Siento presión en el pecho y respiro profundo para llenar mis pulmones de aire. Estoy agobiada. Ha sido un error terrible pedirle que me acompañara a la boda.

—¡Cris! —Berta viene hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿No piensas darle la enhorabuena a la novia?

—¡Claro que sí! —La abrazo fuerte, necesito agarrarme a un ancla—. ¡Enhorabuena! Estás guapísima. No he querido acercarme antes porque estaba todo el mundo rodeándoos. ¿No te agobia?

—¡Para nada! De hecho, me pasa justo lo contrario. ¡Me encanta ser el centro de atención! ¡Es mi boda! —grita emocionada y vuelve a abrazarme.

Está eufórica y me trasmite la misma sensación. Olvido el agobio que tenía hace un momento y le presento a Adrián.

—Encantado de conocerte, por fin.

—¡Lo mismo digo! Ya era hora.

Berta me mira y me guiña un ojo, aunque yo intento hacerle señas con la cara para que entienda que no va todo lo bien que me gustaría. Veo que no se entera, pero no insisto, no es día para esto.

—Hacéis una pareja preciosa —comenta Adrián.

—¡Tengo que presentarte a Marcos! —Lo busca entre la gente—. Pero no sé dónde se ha metido…

—No te preocupes, ya habrá tiempo —responde él educado.

—¡Claro que sí! En cuanto volvamos de la luna de miel tenemos que cenar los cuatro. Así nos conocemos mejor porque está claro que hoy no es el día —lo dice señalando a un grupo de señoras que vienen hacia ella.

La cogen de la mano y se la llevan. Yo no sé dónde meterme. Está claro que Berta no ha pillado para nada las señas que le he hecho.

—¿Qué bebes? —me pregunta cuando se acerca el camarero.

—Vino blanco.

Coge dos copas y me da una de ellas. Antes de darle un sorbo, me lo pienso dos veces, sobre todo cuando Adrián levanta la suya para brindar conmigo. Como beba, la voy a liar. Lo sé. Pero bueno, no es día de tomar decisiones.

—Por esa cena que propone Berta.

—¡Por los novios! —Levanto mi copa desviando la atención de nosotros.

—¿Por cuál de ellos?

Abro los ojos muchísimo con su comentario. Bueno, novios, novios, tampoco hemos dicho que lo seamos. Iba lanzada y sin frenos hacia Adrián y ahora soy yo la que se está frenando. Él se ríe al ver mi cara, se ha dado cuenta y me guiña un ojo divertido. La verdad es que me ha gustado su forma de responder a mi agobio, con naturalidad y simpatía ¡Pero qué guapo es! ¡Cristina! Por favor, míralo bien y céntrate.

Brindamos. Me sonríe, le sonrío, se acerca a mí y me besa suave, lento, muerde un pelín mi labio y todo mi cuerpo se enciende. Si me dejara llevar ahora mismo, no pondría freno. Sería una simple respuesta. Acción-reacción. Mi cabeza también me incita a seguir adelante, es un buen chico. El corazón lo tengo a mil. Otra señal de que deberíamos seguir. Pero hay algo, no sé el qué, que me dice que no. Que no lo haga. Por él y por mí.

Paso el resto de la boda intentando no pensar mucho en el tema. Quiero disfrutar del día de Berta, llevamos tanto tiempo hablando de esto… Y preparándolo todo. Con Adrián me comporto bien, pero no todo lo cariñosa que debería. No sé si él se da cuenta, en realidad, nos hemos visto poco y no creo que nos conozcamos tanto. Quizá sí sepamos mucho de nuestras vidas, gustos, sueños, etcétera, pero no sabemos de gestos. Eso se sabe con el tiempo.

A las cinco de la mañana, el alcohol corre por mis venas. Bailo sin parar con Berta, con amigos de ella, conocidos, compañeros de trabajo… Busco a Adrián para que no se sienta incómodo y él se acerca cada vez más a mí, me acaricia los brazos y va subiendo las manos hasta colocarlas en mi nuca. Me mira fijando sus ojos en los míos y se muerde el labio. Me muero por besarlo y él lo sabe. Me está tentando. Me acerco y él se separa. Sabe bien lo que hace. Pero yo sé más. ¡A mí me va a hablar de tira y afloja! Me doy la vuelta para seguir bailando sola, pero Adrián me lo impide. Tira de mi brazo hacia él y, con fuerza, rodea mi cintura con sus brazos besándome sin dar más margen a jueguecitos. Lo hace con pasión y ganas. Yo respondo. También las tengo. Muchas. Muchísimas. Deja de besarme la boca y sigue hacia mi cuello, después de detenerse a succionarlo, se acerca a mi oído.

—¿Nos vamos?

Afirmo.

—Un segundo, tengo que decírselo a Berta.

Me despido rápido de ella y excuso a Adrián diciéndole que está esperándome en el coche. Le guiño un ojo para que no me haga preguntas, sé que si imagina a dónde vamos, no le importará que lo hagamos ya, además, el DJ ya ha dicho varias veces que es la última canción.

—¡Disfruta! —grita Berta por encima de la música.

—¡Disfruta tú! ¡Que es tu noche de bodas!

—Ya ves a Marcos.

Está bailando como loco con sus amigos.

—Tranquila, las novias cuentan que lo del sexo la noche de bodas es una fantasía poco real.

—Lo sé. Tendremos muchas noches en México.

Le doy un beso a mi amiga. Nos abrazamos otra vez y me voy corriendo en busca de Adrián. Sin decir ni una palabra, le cojo de la mano y salgo con él hacia el coche. Si fuera por nosotros,

nos montaríamos en la parte de detrás y nos dejaríamos llevar. Pero el *parking* está lleno de seguridad y no es lo más apropiado.

—Vamos a mi casa —propongo.

Subimos al coche y la excitación que tengo va dejando hueco poco a poco a otra sensación: la culpa.

Cuando estamos a diez minutos de mi casa, cierro los ojos y decido hacerme la dormida.

—Cris, hemos llegado —dice Adrián parando el coche frente a mi portal.

Espero un rato.

—¿Cris?

—Ay, perdona… Me he debido quedar dormida… —Abro los ojos despacio y disimulo.

—¡Sí! ¿Aparco? —Noto en su voz la duda.

Me quedo callada. El pecho me sube y baja a toda velocidad. Me encantaría acostarme con él. Pero ya no tengo ni ganas… Es que no puedo, de verdad que no. Lo de la laca ha sido demasiado.

—Mejor me voy a casa —dice serio.

Me vuelvo a quedar en silencio. Sé que ha captado que no quiero que suba. Sé que no está bien, después del calentón del baile… No tenía que haberlo hecho, pero mucho peor sería continuar ahora con el error. Le doy un beso suave en los labios. Él tiene el gesto contrariado y ni se mueve.

—Nos vemos —le digo al salir del coche.

No contesta. Normal…

HACERLO FÁCIL

Necesitaba estar aquí. En casa. Los pulmones me pedían este aire, y todos mis sentidos, notar esta brisa fresca con olor a mar en la cara. Inspiro profundo, mientras cierro los ojos y dejo que mi mente se quede en blanco escuchando las gaviotas y el romper de las olas.

En cuanto llegué a casa de la boda de Berta, me metí en internet y compré un vuelo para Pontevedra para el siguiente fin de semana. No pensaba venir hasta más adelante, pero sentí un impulso incontrolable de cobijarme aquí. Como cuando era pequeña y me metía en la cama de mis padres cada vez que había tormenta, porque siempre les he tenido mucho miedo.

Lo que sentí en la boda de Berta con Adrián fue mucho peor que los truenos y relámpagos que azotan con fuerza el cielo. No sé qué me pasó y me disgusta mucho por él, pero también por mí. Esta vez parecía que sí, que iba adelante, tenía todas mis intenciones puestas en darle una oportunidad al amor y comprometerme. ¿Cómo es posible cambiar de opinión en un segundo? No sé lo que me está pasando. Estoy muy agobiada.

Aunque hay un pequeño rayito de luz que me hace olvidar esa quemazón. Mi madre. Ha habido una señal. Creía que no iba a llegar, que estaba todo perdido, y ahora creo que Iria tenía razón, que era cuestión de darle el tiempo que necesitaba.

Ha sido muy poco. He llegado a casa con mi hermana, que ha ido a buscarme al aeropuerto para evitarme el autobús, y la he encontrado como siempre: en el salón con la mirada perdida y ese gesto triste. Sin embargo, cuando me he acercado a saludarla y darle un beso, me ha preguntado cómo estaba. El corazón me ha dado un vuelco. En seguida me he puesto a hablar como una loca, a contarle que había tenido una boda, que en el trabajo me iba muy bien, pero que tenía unas ganas enormes de verlos. Ha sido como si todas las palabras que no hemos compartido en este tiempo necesitaran salir a la vez, como si quisieran aprovechar el momento por el miedo a que fuera un espejismo. Y no solo ha sido eso, ha habido un miniatisbo de sonrisa, lo he visto, estoy segura de que ha movido un poquito los labios. Ojalá, ojalá sea así y vuelva a ser la de siempre.

Se lo he comentado a Iria y dice que sí, que ella también ve cambios, muy lentos, pero los hay. Sin duda, hay esperanza, y eso me hace sentir la mujer más dichosa del mundo. Eso sí es importante.

—No esperaba encontrarte por aquí.

Esa voz... Mis pensamientos se ven interrumpidos en cuanto mi corazón da un vuelco y se me pone un nudo en la garganta. Todas mis extremidades se tensan al escucharlo. Me muerdo el labio para evitar una sonrisa. Es inmediato. Siento todas las señales con las que mi cuerpo me dice que estoy nerviosa. Noto esa sensación en la boca del estómago y el pecho me sube y baja a toda velocidad.

—No tenía pensado venir —contesto mirando al mar.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Esto…

Sigo mirando la belleza infinita que tengo delante de mis ojos; estoy sentada en un banco, que está en un caminito de maderas que lleva a una playa que tiene el agua azul verdoso y la arena de un color muy clarito. Entre el banco donde estoy y la arena hay un pequeño montículo con hierbas verdes. Es una estampa digna de enmarcar porque el cielo no se queda corto. Hay nubes, pero juegan un papel de actor secundario que adorna a la perfección el cielo con ese azul que no hay en otro sitio igual.

—No me extraña… Imagino que lo echarás de menos.

No contesto, me limito a asentir sin dejar de mirar hacia delante. No sé si es por seguir viendo el paisaje o por no mirarlo a él. Me decanto más por la segunda opción.

—¿Puedo?

No consigo evitarlo más. Me giro y veo lo que me temía, que quiere sentarse conmigo y que está más guapo que nunca. Rodri ha cambiado mucho desde que fuimos novios. Imagino que a mí también me habrá pasado. Ya no es aquel chico del que me enamoré. El problema es que, ahora, es más. Igual que el otro día me di cuenta de que Adrián no era para mí, me ha hecho falta una décima de segundo para entender algo: los amores de verdad no se acaban nunca.

—Sí, ¡claro! —le digo, haciéndome a un lado, a pesar de que hay sitio para los dos de sobra.

Y, a pesar, precisamente de eso también, noto su roce al sentarse junto a mí. Y otra vez aquella sensación, esa electricidad recorriendo mi cuerpo, esa adrenalina al sentirme al borde del abismo y, sobre todo, esa necesidad de tirarme, aun sabiendo que puede doler.

—La última vez que nos vimos dijiste que me esperabas en casa.

No puedo callarme. La Cris impulsiva sale con todo su esplendor. Pero no solo lo hace la impulsiva, lo hace la que vive al cien por cien, con todas las consecuencias que pueda traer. La Cris de verdad. No la que se obliga.

—Y aquí estoy —contesta él.

Está guapísimo, lleva unos vaqueros claritos desgastados, una camiseta azul marino de manga corta y unas Converse blancas. Tiene el pelo alborotado, como cada vez que lo veo, y esos ojos azul infinito.

—Siempre he estado aquí —añade.

Mi corazón da un vuelco. Noto como si lo acabara de coger y estrujar, juro que hasta me duele. Parece que no soy la única impulsiva hoy.

—Y yo no supe volver.

Siento que el corazón se me encoge y se hace un poquito más pequeño.

Rodri se queda callado, yo me giro para verlo y percibo cómo aprieta su mandíbula, tan marcada. Él también se da la vuelta y me observa con esos ojos que me dicen tanto, esa mirada que siempre fue más. Da igual que tenga los ojos más bonitos del mundo; si los tuviera de cualquier otra forma, también lo serían, porque esa manera de mirar, de mirarme, siempre fue suya, de Rodri.

—Lo siento… Hice tantas cosas mal… —me disculpo.

—No tienes que pedir perdón.

—Sí, tengo que hacerlo —insisto—, porque me entristece de verdad y tienes que saberlo. Sé que fui una niñata estúpida, que me alejé de ti sin darte las explicaciones que necesitabas, que me volví un poco tonta en Madrid…

—¿Un poco? —No lo dice bromeando.

—¡Vale! ¡Mucho! Lo reconozco, lo sé… —elevo la voz—. Ahora sí lo sé… Necesitaba olvidarme de todo lo que había ocurrido aquí… La muerte de mi hermano, mi casa…

—¿También de mí? Cris, yo intenté estar siempre, apoyarte, hacértelo fácil.

—Siempre lo hacías fácil…

No puedo más y dejo que la lágrima, que lleva desde el principio de la conversación luchando por liberarse, resbale por mi mejilla.

Rodri se levanta y se toca el pelo nervioso, sin dejar de moverse de un lado a otro. Lo conozco y sé que se está conteniendo.

—Creía que no ibas a volver a hablarme nunca… —continúo, esta conversación no se puede quedar a medias—. Cuando te vi en el pub, me miraste regular y confirmaste mis sospechas, pero

aquel día en la playa, cuando me presentaste a Lara, fue diferente. No estabas enfadado…

—Nunca lo he estado, Cris. —Sigue moviéndose nervioso, mirando al suelo, al mar, a un lado, a otro, sin posar los ojos en mí—. Estuve dolido, muchísimo, pero, más que contigo, había muchas veces que lo estaba conmigo mismo. Desde que me dijiste que te ibas fui consciente de que aquello se terminaba en una estación, con una despedida y varias promesas. Así pasó. Por eso me cabreaba tanto conmigo mismo porque, a pesar de estar cien por cien seguro de lo que terminó pasando, quise arriesgarme a intentarlo porque valía la pena… Tú valías la pena.

Por favor, que se calle. Que pare. No puedo seguir escuchando esto. No puedo quedarme aquí quieta, necesito más. Lo necesito a él.

—Creo que he venido por ti. —Me sorprendo de mí misma cuando escucho las palabras que acaban de salir de mi boca.

—¿Cómo que has venido por mí, Cris?

Ahora mismo lo noto agobiado, con miedo.

—Hay cosas imposibles de explicar.

Me levanto y me acerco con decisión. Me lanzo hacia él, que me acoge entre sus brazos. Paso mis manos por detrás de su cabeza, acaricio su pelo, su sien, su mejilla, sus labios, me detengo en cada milímetro de su rostro y lo beso. Lo beso con ganas, determinación y el alma puesta en este instante, sabiendo que voy a poner nuestros mundos patas arriba, sabiendo que soy egoísta y me estoy dejando llevar, como siempre, sin pensar en las consecuencias. El problema es que hay una certeza aún mayor, y es que dicen que no hay dos corazones que latan exactamente igual, y yo acabo de sentir que el mío y el de Rodri siguen un mismo compás. Los noto; el mío y el suyo. A la vez, fuerte.

Rodri es olas, espuma, viento en la cara, adrenalina. Rodri es mi para siempre. Mi hogar. Mi pasado, presente y futuro. Hay amores que necesitan un tiempo para redescubrirse, para crecer y seguir sumando.

Nos separamos y nos quedamos mirándonos.

—Eres demasiado para mí, Cris… —me dice muy despacio y sigue hablando al ver mi gesto contrariado—. No por ti, sino por lo que me haces sentir. Una vez más, después de tantos años, te escapas de mi control… Ya lo hiciste el día que te vi en el pub… Lo supe en el instante en el que volví a verte…

—¿El qué?

—¡Que esto no ha acabado!

REDESCUBRIRSE

Creía que no lo quería, que se había terminado, y no, qué equivocada estaba. Lo quiero más de lo que lo he querido en toda mi vida. El amor no se esfuma, el de verdad permanece. Y he necesitado tan poco tiempo para descubrirlo como dura un suspiro.

—¿Hasta cuándo te quedas? —Rodri me coge de la cara con las dos manos.

—Hasta pasado mañana.

—¿Tan fugaz?

—Tengo que trabajar…

—Yo también.

—¿Qué tal la escuela de surf?

—¡Ven!

Tira de mi mano y me lleva hacia una furgoneta amarilla con florecitas de colores en uno de los laterales. Me quedo petrificada al verla.

—¡Pero bueno! ¿Qué es eso? —pregunto sorprendida.

Rodri me mira, aprieta los labios y ladea la cabeza intentando parecer molesto. Aunque esa risilla lo delata.

—Eso —eleva la voz— es una furgoneta. Yo lo veo bastante claro.

—Es… —No puedo dejar de reírme—. No sé ni cómo describirla.

—No sé qué te parece tan gracioso.

—No te pega… Es… —Sigo sin encontrar el adjetivo—. ¿Cursi?

—Sí, bastante cursi, la verdad. Pero mejor eso que hacer ciento cuarenta kilómetros andando, ¿no?

—¿Vienes todos los fines de semana desde Carballo?

—Casi todos, solo me quedo cuando tenemos competiciones.

—No hemos coincidido.

—¡Hasta ahora!

Tira de mí, me rodea con los brazos por la cintura y me mira con esos ojos azules. Respondo a su contacto acercándome un poquito más y paso mis brazos por detrás de su cabeza. Se acerca y me besa despacio, suave, deteniéndose y disfrutando de las caricias de nuestros labios jugando a entenderse, a descubrirse de nuevo.

—No me vas a liar… —le digo separándome.

Él vuelve a mirarme con ese gesto tan divertido. Se nota que le da vergüenza el tema de la furgoneta y a mí me hace más gracia todavía.

—¡Cris! No me parece tan gracioso. Se me estropeó el coche y unos amigos me la dejaron. Si no la hubiera tenido, no habría venido y no nos habríamos visto. Y, por supuesto, ahora no estarías a punto de vivir uno de los mejores días de toda tu vida.

—¿Ah, sí?

—Cuando veas lo que hay dentro, vas a dejar de cachondearte.

Vuelve a tirar de mi mano y rodea la furgoneta por un lateral para llegar a la parte trasera.

—¿Preparada?

—¡Preparada!

Abre el maletero y ante nosotros se muestra una especie de habitación en miniatura decorada con un gusto exquisito. Hay una camita, una mesilla, un pequeño armario y hasta una estantería con algunos libros.

—¡Qué cosa más bonita! —Alucino.

—Te lo dije. —Sonríe satisfecho.

—Aunque sigo pensando que no te pega.

Rodri se ríe.

—Tampoco la veo yo mucho de mi estilo… ¡Venga, vamos!

Rodeamos la furgoneta, él se sienta a conducir y yo me coloco en el lugar del copiloto.

—¿Vamos a Carballo? —pregunto emocionada al recordar la tarjeta que me dio el día que nos encontramos en la playa, porque puedo intuir que ahí está su escuela de surf soñada.

—Baja la ventanilla y disfruta de Galicia.

Se hace el interesante, pero sé que la respuesta es afirmativa. ¿Cómo es posible estar así? Como si no hubiera pasado todo este tiempo, con la confianza que siempre tuvimos. Tan a gusto.

Me apoyo tranquila en el asiento y busco algo de música en la radio. Bajo la ventanilla y nos inunda ese olor a tierra húmeda. Cierro los ojos y pienso en lo feliz que soy, creo que es el momento más guay que he vivido nunca. Siento la adrenalina a mil. Volvemos a ser esos adolescentes que se perdían del mundo y vivían en su burbuja, ajenos al exterior. Ahora mismo me da todo igual. Solo pienso, por un momento, que mi madre está mejor y sonrío, sonrío muy grande porque abro los ojos de nuevo, giro la cabeza y lo veo a él. Veo ese perfil, con el pelo revuelto por el aire que entra por la ventana, ese mentón marcado, los brazos musculados sujetando el volante y esa mirada despreocupada. Es tan como antes y tan diferente a la vez... Es más.

Dos horas y cuarto más tarde, llegamos a la playa de Razo. Bajo de la furgoneta y, nada más poner un pie en el suelo, el olor a mar llena mi cuerpo por completo. Es una playa abierta, gigante.

—Es la playa a mar abierto más grande de Galicia, tiene seis kilómetros de longitud. Desde aquí empieza la Costa da Morte.

—Sí, lo sabía, pero no la imaginaba tan impresionante.

—Te dije que ibas a vivir uno de los mejores días de tu vida. —Sonríe satisfecho.

Vuelve a cogerme de la mano y tira de mí hasta que llegamos a una construcción de madera de color roble. Es de una sola planta y está coronada por una terraza que cubre toda la parte superior. La puerta es de cristal y a su lado hay dos tablas de surf azules. Encima hay unas letras en color blanco en las que puede leerse «Line up Surf Camp», acompañadas de la imagen de un surfista. Es un lugar precioso.

—¿Por qué Line up Surf Camp?

—El *line up* es la maniobra que representa el primer momento en el que el surfista se desliza sobre el mar en posición boca abajo en la tabla. Es el punto de partida.

—¡Es alucinante!

Rodri sonríe feliz y satisfecho. Se nota que está muy orgulloso de lo que ha logrado y yo me alegro infinitamente por él.

Entramos y me va enseñando todo lo que encontramos a nuestro paso. La oficina está cerrada y Rodri va encendiendo las luces, ya que ha empezado a anochecer.

—No queremos vender solo surf, nos esforzamos por ofrecer una experiencia inolvidable. El surf es mucho más que subirte a una tabla; es diversión, descubrir nuevos paisajes, vivir aventuras increíbles y hacer amistades que duran toda una vida. También es amor —Se acerca otra vez a mí y acaricia mi cara despacio— de los de verano, pero que duran para siempre.

Respondo con un beso. No podemos parar de besarnos, tocarnos, sentir el contacto del otro. Queremos disfrutarnos y nos estamos dejando llevar como si no hubiera transcurrido el tiempo, como si no hubiera nada a nuestro alrededor, sin pasados, ni mochilas… Solo él y yo, ahora.

Rodri tiene ganas de seguir explicándome.

—Tenemos campamentos de surf para menores, que incluyen otras actividades. Y en agosto los organizamos también para adultos. Además, damos clases de surf para los que vienen unos días y les apetece probar o para los que ya saben surfear y quieren perfeccionar su técnica. Y, luego, en invierno, tenemos campamentos para colegios e institutos.

—Tu sueño… Lo conseguiste…

—Lo conseguí. —Asiente y hace una pausa—. Pero ¿sabes qué es lo mejor de todo? No son los números, ni lo que ofrecemos en sí. Estoy muy satisfecho con el trabajo que hemos hecho, pero, sin duda, lo mejor es compartirlo. Ver la cara de mis padres cada vez que vienen; ver, ahora mismo, tu expresión de felicidad por mí. Los sueños no sirven de nada si no son compartidos.

Rodri me abraza y me coge en volandas. Yo me sujeto pasando mis brazos por detrás de su cuello y él sale corriendo a toda velocidad por la puerta. Estamos eufóricos.

—¡No sabes cuánto me alegro de que estés aquí! —grita como un loco.

—¡No creo que te atrevas a hacer lo que me está pareciendo!

Rodri corre conmigo en brazos hacia el mar. Siento su respiración entrecortada, mientras sus brazos me sujetan con fuerza. Cuando se va acercando se desprende de las deportivas con agilidad y sigue hacia delante.

—¡Estamos vestidos! —grito.

Frena en seco y me mira.

—Dejo que te quites las deportivas.

—¡No! ¡Bájame!

No me hace ni caso y sigue hacia adelante. La playa está desierta y se escucha el romper de las olas con fuerza. Es casi de noche, pero hace una temperatura estupenda propia de las noches de junio.

Rodri vuelve a parar en seco.

—¡Última oportunidad! —Señala con los ojos mis pies.

—¡Está bien! Me rindo.

Me quito las deportivas rozando un pie con otro y las lanzo a la arena. Me agarro fuerte al cuello de Rodri y él echa a correr rápido hacia el mar.

—¡Dios mío! ¡Estamos locos! —grito eufórica.

El agua nos moja la ropa y Rodri gira sobre sí mismo conmigo en brazos, hasta que se tropieza y nos sumergimos bajo el agua. Salgo hacia la superficie y lo encuentro mirándome, tan guapo, con la luz de la noche iluminando sus facciones, cada una de las líneas de su rostro, su nariz marcada, la barbilla, el pelo mojado, que le cae por delante de los ojos, y esos labios, esa boca en la que me perdería para siempre. Tira de mí y yo subo mis piernas para rodear su cintura.

—Eres preciosa.

Rodri me besa, lo beso, nos besamos con determinación y deseo, con ganas y anhelo, con la necesidad de las veces que dejamos de hacerlo. Me acerca más a él y yo me dejo llevar, acaricio cada parte de su cuerpo que el agua me permite, coloco mis manos a ambos lados de su cara y sigo hasta llegar a su pelo mojado y jugueteo con él.

Rodri se vuelve loco, noto sus manos fuertes apretando mi espalda, me agarra el trasero y acaricia todo mi cuerpo con rapidez, con desesperación y ansia, con anhelo.

Nos dejamos llevar y hacemos el amor. Y lo siento, lo siento como nunca lo había sentido.

SEGUIR SURFEANDO LA MISMA OLA

Salimos del agua y, cogidos de la mano, corremos hacia la escuela de surf. Hace bastante fresco y es mejor que nos cambiemos de ropa. Por supuesto, yo no tengo nada que ponerme, pero Rodri me deja una camiseta gris, que podría valerme también de vestido, y unos calzoncillos.

Cuando termino de cambiarme, salgo al pequeño porche y observo la maravilla que tengo ante mis ojos: ese mar embravecido, el cielo lleno de estrellas, la playa desierta y las hierbas agitándose por la fuerza del viento.

Rodri se pone detrás de mí y acaricia mis brazos con sus manos.

—Te vas a quedar fría.

Se acerca más y me rodea pasando sus manos por mi cintura. Siento su calor y me reconforta, creo que podría quedarme a vivir en este momento el resto de mi vida y nunca me cansaría. Noto su cara acercándose y sus labios depositando un suave beso en mi mejilla, mientras me acerca hacia él.

No sé qué pasa por su cabeza, pero la mía podría explotar si me pusiera a analizar lo que estoy viviendo, dónde y, sobre todo, con quién estoy; que en unas horas vuelvo a irme, que ahora no quiero separarme de Rodri, pero tampoco quiero quedarme aquí, tengo mi vida en Madrid y me gusta lo que hago… Agito la cabeza de un lado a otro para sacar todas esas ideas de mi mente. Mañana será otro día, no quiero estropearlo ahora, solo quiero dejarme llevar y sentirme como hace siglos no me sentía. Eso sí que me hace tener miedo, pero me da igual.

—Vamos dentro, podemos dormir en el sofá —propone.

—Tengo una idea mejor. —Sonrío traviesa.

Me giro y Rodri me mira esperando que le cuente lo que estoy pensando. Me hace muchísima gracia ver su cara, parece que le da miedo lo que le puedo decir.

Giro los ojos y señalo hacia la furgoneta. Lo miro y él me responde negando con la cabeza, sin decir nada. Yo insisto, imitando su gesto, pero de arriba abajo, asintiendo. Él sigue negando, yo asintiendo. Paro en seco y abro más los ojos.

—¡Rodri! —suplico.

—¿En serio me lo estás diciendo?

Vuelvo a asentir y sonrío satisfecha. Sé que me va a decir que sí.

—No entiendo que tengamos ahí dentro un sofá que, por cierto, no te he comentado que podemos hacer cama, y tú quieras dormir en ese trasto.

—Te recuerdo, que «ese trasto» te ha salvado la vida.

—Vamos a ver, que alguien me lo explique. Casi te partes por la mitad de tanto reír cuando has visto la furgoneta y ahora quieres que durmamos ahí.

—A ver… Me hacía gracia verte con ella, pero no me digas que no es una cucadita. —Me acerco a su boca y le doy un besito suave en los labios.

—Eso no vale.

—¿Seguro? —Sigo juguetona, y comienzo a pasar mis manos por debajo de su camiseta.

Recorro cada centímetro de su torso definido: sus pectorales, los famosos cuadraditos de los hombres, que a mí nunca me han vuelto loca, a excepción de los de Rodri. ¡Esos son de otro nivel! Sigo bajando y me acerco a sus oblicuos. ¡Caray! ¿Se puede tener un cuerpo más perfecto?

—Estaba claro que lo ibas a conseguir. —Contesta casi sin aliento—. Dame un minuto.

Entra en la oficina para apagar las luces, cerrar y coger las llaves de la furgoneta. Yo espero fuera y me río muchísimo al ver la prisa que lleva. Le he puesto demasiado… nervioso, digamos,

y no da pie con bola.

—¿Necesitas ayuda? —bromeo cuando veo que no da con la llave para cerrar la puerta.

Rodri me ignora. Me conoce y sabe que estoy de cachondeo. No sé si el conocernos tan bien es una ventaja o jugamos siempre a cara descubierta.

Por fin, consigue cerrar, se acerca a mí rápido y pasa sus manos por ambos lados de mi cuello hasta darme un beso con pasión e intensidad, deseo y muchas ganas.

—Querías furgoneta, pues vamos a la furgoneta.

¡Mi madre! Si es que tiene unos gestos… Es tan masculino… ¡Me vuelve loca!

Tira de mi mano y yo lo sigo corriendo. Al llegar, abre la parte trasera y los dos subimos. No pasa ni un instante cuando noto las manos de Rodri por todo mi cuerpo. Cada caricia es una embestida más a mi corazón. Me muerde el labio inferior muy suave, haciendo que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Yo subo las manos por su espalda, por el cuello, hasta llegar al pelo y juguetear con él. Rodri levanta mi camiseta y la saca por la cabeza. Yo imito el gesto con la suya y vuelvo a recorrer su pecho desnudo, deleitándome en cada centímetro. Noto cómo todo su cuerpo se pone en tensión, mientras sigue acariciando mi piel desnuda.

Deja de besarme, me coge con las dos manos por ambos lados del cuello y me mira a los ojos, haciéndome sentir que estoy surfeando en ese mar que son los suyos, a toda velocidad, experimentando a niveles de otro mundo la adrenalina de cada giro.

—Eres preciosa.

Vuelvo a besarlo, a notar ese calor que desprende su boca incendiando todo mi cuerpo, cada poro de mi piel, mi alma entregada a él. Le beso el cuello y percibo el olor de su perfume. Me detengo en él, quiero guardarlo en mi memoria. Y lo abrazo, lo abrazo tan fuerte como mis brazos temblorosos me lo permiten, lo abrazo para no dejar de sentirme así nunca más en mi vida, para seguir surfeando la misma ola. Juntos.

Nuestros labios se pelean por tomar protagonismo. Rodri me rodea y me impulsa hacia la cama. Noto en la espalda cómo el colchón se vence con nuestro peso, mientras él apoya las manos a los lados de mi cuerpo. Seguimos besándonos y acariciándonos como si la vida se nos fuera en dar todo de nosotros mismos, en dejarnos el alma en cada instante.

Los dedos de Rodri exploran mi cuerpo y yo reacciono ante cada caricia pidiendo más. Rodri me sostiene la mirada, acaricia mi mejilla y me hace el amor con tanta fuerza que siento que voy a romperme de placer.

Cuando terminamos nos abrazamos fuerte, tanto como un ancla a la arena del fondo del mar. Con ese tambaleo que nos hace sentir que, en cualquier momento, podemos perder el amarre. Así había sido nuestra historia. Cerramos los ojos y nos sentimos más, grandes, eternos, infinitos.

Nos dejamos vencer por el sueño y a la mañana siguiente amanecemos en la misma postura. Abro los ojos y lo veo durmiendo tan a gusto que una sensación de angustia me recorre por dentro. ¿Y ahora qué?

—Buenos días, bonita. —Se despierta y me saluda.

—Buenos días.

Me acurruco en sus brazos. Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre. Aquí no hay problemas, miedo, ni soledad. Con Rodri todo es perfecto. Por eso mismo es posible que no sea real… Aprieto los labios luchando para que la lágrima que quiere salir de mis ojos se quede en su sitio. Trago saliva y consigo mantenerla a raya.

—¿A qué hora te vas?

Siempre igual. Adivinando mis pensamientos.

—Debería irme ya… Me gustaría pasar por casa para despedirme de mi madre.

—¡Claro! Haces muy bien. —Me sonríe, pero ya es diferente.

Nos levantamos, buscamos la ropa que dejamos secándose en la oficina, nos vestimos y tomamos un café antes de ponernos en marcha. Nos sentamos en el porche y miramos hacia el mar, con la taza humeante en nuestras manos.

—¿Y ahora qué? —Rompo el silencio.

—Se puede. Se puede cuando se quiere y se siente. Sé que podremos. —Clava la vista en mis ojos vidriosos.

—¿Cómo estás tan seguro?

Deja la taza de café en el suelo, coge mi mano y estira la palma para ponerla encima de su pecho.

—¿Lo notas?

¡Claro que lo noto! Su corazón, sus latidos acelerados al sentir mi contacto. Su mirada infinita rogándome que, esta vez, sea diferente.

VOLAR ERA MUCHO MÁS

Años atrás…

Aquella vez había sido diferente. Éramos solo dos adolescentes ansiosos por explorar un mundo nuevo. Muchos de nuestros amigos hablaban de ello y contaban que era lo más, sin embargo, ni Rodri ni yo nos habíamos acostado nunca con nadie.

La idea rondaba nuestra mente cada vez que estábamos juntos y el cuerpo nos pedía más. Llegaba muchas noches a mi casa pensando en cómo sería hacerlo con él. Me moría de ganas por descubrirlo, pero también me daba miedo no saber cómo se hacía. A Rodri le pasaba algo parecido, me lo confesó después, sin embargo, y a pesar del temor que ambos sentíamos ante la llegada de esa situación, no se hizo esperar demasiado. Nos queríamos y era razón más que suficiente para hacerlo.

No hubo brindis, ni velas ni, mucho menos, pétalos de rosas encima de la cama. No fue planeado y el momento nos encontró besándonos detrás de un polideportivo. Quedaba una semana para que se terminara agosto y se celebraban las fiestas del pueblo vecino. Habíamos pasado la tarde en una explanada inmensa de césped a las afueras, donde un grupo de rock tocaba con el desgarro que los caracteriza. Había gente de todas las edades, que solo se separaba de su grupo para saludar a algún conocido o acercarse a la barra instalada durante las fiestas para comprar bebidas.

Eran las diez cuando decidimos ir a un puesto de comida, que estaba más cerca de las casas, a comprar unos perritos calientes para cenar.

—No sé si es buena idea que vayáis vosotros —comentó un amigo de Rodri.

—Yo tampoco —apoyó la idea una de las mías.

—¡Que sí! —Rodri elevó la voz.

—Me parece que nos quedamos sin cenar… —insistió el primero.

—¡Malo será! ¡Déjate de tonterías! Volvemos en seguida —dijo Rodri.

—Jura que no os vais a entretener. —Otra de mis amigas, que había permanecido callada, se sumó a los ruegos.

—Lo juro —contestó Rodri levantando la palma de su mano derecha risueño.

Mi amiga me miró y con los ojos me pidió que hiciera lo mismo.

—Lo juro —dije yo también imitando el gesto de Rodri.

Al final, nos dieron el dinero y nos pusimos en marcha para comprar la cena de todo el grupo.

—¿Por qué has insistido tanto? —le pregunté en cuanto nos alejamos.

—Porque tenía ganas de estar un rato a solas contigo. —Me cogió por la cintura y comenzó a besarme.

¡Me gustaba tanto cómo lo hacía! Estaba viviendo uno de los veranos más bonitos de toda mi vida, con mi primer amor, el chico que hacía que las mariposas de la galaxia entera revolotearan todas a la vez en mi estómago. Sentía tanta felicidad que me consideraba la chica más afortunada del mundo. Además, no tenía miedo, no pensaba en las consecuencias, es cierto que eso es típico de mí, pero era diferente. Era vivir el momento. Tan fácil como eso y tan difícil como hacerlo. Pero él lo hacía sencillo, de verdad, me daba seguridad y alas para sentirme como un pájaro volando a mil metros del suelo. Siempre había pensado que volar tenía que ser una auténtica pasada y Rodri me demostró que no tenía nada que ver con lo que había imaginado, era mucho más. Y lo hizo sin tener que levantar los pies del suelo.

—Me hago pis.

Así rompí el momento, pero no podía aguantarme más. Rodri se apartó, abrió los ojos sorprendido y empezó a partirse de risa.

—¿Dónde puedo hacer? ¡No me aguanto!

—¡Ven! —Cogió mi mano y tiró de ella, ese gesto tan nuestro.

Me acompañó detrás del polideportivo, por donde pasaba un pequeño riachuelo y el suelo estaba lleno de pedruscos.

—Ahí no te verá nadie.

—Vale.

Me aparté, me bajé los shorts vaqueros y las braguitas y sentí un gran alivio al vaciar mi vejiga. Rodri se dio la vuelta.

—¡Mi madre, Cris!

—¿Qué pasa?

—¡Llevas cinco minutos meando! He visto vacas hacer menos pis que tú.

—¡Eres idiota!

Intuí que se estaba riendo al ver cómo agitaba su cuerpo. ¡Qué guapo era! Con sus vaqueros desgastados, esa camiseta negra que le marcaba lo que tenía pinta de convertirse en unos señores brazos y ese pelo alborotado.

Terminé de hacer pis, volví a subirme las braguitas y los pantalones y fui corriendo a abrazar a Rodri por la espalda para cogerlo desprevenido.

—¿Qué decías de una vaca? —pregunté empujando su cuerpo hacia el riachuelo.

—¿Yo? No recuerdo haber pronunciado esa palabra.

—¿Seguro?

—¡Seguro!

Rodri se giró y clavó sus ojos en los míos. Pasó sus dos manos a ambos lados de mi cuello y se acercó a mis labios sin llegar a tocarlos.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Con el alma al completo.

—Al cien por cien.

—Infinito.

—Infinito.

Fue nuestro primer te quiero, aunque solo lo verbalizamos, porque ya nos lo habíamos demostrado hacía mucho tiempo como se demuestra el amor de verdad, con gestos y no con palabras. En realidad, creo que nos quisimos desde antes de conocernos. De pequeña soñaba con mi príncipe azul, solo me faltaba ponerle nombre y cara, pero siempre fue él.

Nos besamos y no habría sido especial, porque nunca había ningún beso mejor que otro, si no hubiera sido porque fue el inicio de nuestra primera vez. Un beso que llevó a otro en la boca, por el cuello, en el lóbulo de la oreja y cada vez un poco más abajo. Caricias por todo el cuerpo y manos jugando a explorar. Jadeos. Deseo. Fuerza. Ganas. Más. Mucho más. Todo.

Sin dejar de besarnos, nos apartamos un poco más hasta llegar a una zona en la que no había piedras en el suelo y un árbol con un tronco inmenso nos tapaba. Rodri me levantó la camiseta despacio y acarició mi cuerpo desnudo, besando mis pechos por encima del sujetador.

Estábamos nerviosos y queríamos ir al siguiente paso rápido. Me bajó los pantalones y yo hice lo mismo. No dejábamos de besarnos, acariciándonos con torpeza e inexperiencia.

Rodri me tumbó en el suelo y posó su cuerpo sobre el mío.

—¿Estás segura?

—Sí.

Los dos sabíamos que nunca lo habíamos hecho antes porque nos lo habíamos contado, como nos contábamos todo. Por eso sabía que, aunque él intentaba parecer confiado, estaba tan nervioso como yo.

—¿Tú estás seguro?

—Sí. Espero hacerlo bien.

—Te quiero con toda mi alma, Rodri. Lo único importante para mí es que sea contigo —le dije para tranquilizarlo.

Bajó la tensión de los hombros y me sonrió con sinceridad. Estaba tan guapo… A pesar de la oscuridad, sus ojos azules se veían a la perfección con el resplandor de la luna.

Volvimos a besarnos y las ganas fueron en aumento. Rodri buscó sus pantalones y sacó un preservativo de la cartera. Se lo colocó con torpeza y se posó de nuevo sobre mí.

—Si te duele, dímelo.

—Tranquilo.

Fue tan tierno, tan único, tan de verdad… No me dolió, era imposible con lo cuidadoso que fue Rodri. Tampoco sentí que aquello fuera ese placer tan de otro mundo del que tanto hablaba la gente… Eso vino después.

Aquel día solo sentí que quería a Rodri con toda mi alma porque me regaló uno de los momentos más bonitos de toda mi vida. Y ahí comenzó el abismo porque, por primera vez desde que empezamos a salir, tuve miedo. No quería que aquello se terminara nunca.

GANAS DE QUERER

Rodri es como aquella frase que dice que deberíamos vivir como cuando la arena te quema y te da igual porque sabes que vas hacia el mar. Es jugar con fuego por lo que fue en el pasado, pero, sobre todo, por lo que es ahora, por lo nuevo que me ha hecho sentir.

Me dejo caer en el asiento del avión y miro por la ventanilla esperando a que despeguemos rumbo a Madrid, sin que mi cabeza deje de dar vueltas. Tengo una sensación tan rara… Quiero que salga bien, que esta vez sea diferente, pero es como si en mi interior supiera que no va a ser así, que se va a terminar estropeando y nos vamos a romper. Sé que va a doler y, ahora que no lo tengo delante, me planteo si tiene sentido que la caída sea más grande.

yo
Te necesito. :-(

Le escribo un mensaje a Berta porque me urge hablar con alguien de lo que me está pasando para intentar ver algo de claridad. Ella contesta al instante.

berta
¿A qué hora llegas? Voy a tu casa. Besitos (y calma, no todo es tan horrible como parece).

Su mensaje me provoca una sonrisa. Le contesto con la hora y dándole las gracias por ser la mejor amiga del mundo.

Justo cuando lo envío, recibo uno de Rodri. El corazón responde dando pequeños golpecitos cuando veo su nombre en la pantalla, pidiéndome que no me olvide de lo que acabo de sentir hace horas.

rodri
Nos vemos pronto. Te lo prometo.

Sonrío con tristeza. Él siempre ahí. Siempre. Sin miedo, a pecho descubierto, arriesgándose, a pesar de que sabe tan bien como yo lo que puede pasar. Sin rencor, con ese corazón limpio y con tantas ganas de querer. De quererme, a mí.

Nos despedimos delante de casa de mi madre con un montón de abrazos. Aspiré su olor tantas veces como pude para retenerlo en mi memoria y que me hiciera recordar lo que provoca cada una de sus caricias. Por si dudaba. Siempre dudo de mí misma. En ocasiones, sin ser consciente de ello.

También hubo besos, de esos tiernos y a la vez desesperados, de los que caducan. Rodri intentaba parecer sereno, pero desde que nos levantamos había cambiado un poco de actitud, estaba más distante y notaba que su cabeza no estaba al cien por cien encima de sus hombros.

A pesar de eso, se esforzaba en hacerlo fácil.

—Si quieres, te espero y te llevo al aeropuerto.

—No, no te preocupes. Me lleva Iria, así la veo un poquito más, ¡que alguien me ha tenido secuestrada todo el fin de semana! —Me puse de puntillas y le di un besito suave en los labios.

—Sí, sí… Y se te ha notado muy mal…

—¡Idiota! —Le di una palmadita en el brazo.

Miré sus ojos azules, su pelo enredado, su mentón, sus labios carnosos, y suspiré.

—Tengo que irme. —No podía alargarlo más.

Nos dimos otro abrazo. Más fuerte todavía. Parecía que iba a ser el último. Volví a suspirar y

me fui separando de él sin terminar de soltar su mano, hasta que nuestros brazos no daban más de sí. Me giré para subir las escaleras y no caerme, pero justo antes de colocar el pie en el primer peldaño, me volví de nuevo a mirarlo.

—¿Me das quince minutos?

Él me respondió con una sonrisa. Corrí dentro de casa, mi madre estaba en el salón y sonrió al verme. Seguían esos avances, no había sido solo cosa del otro día. ¡Qué felicidad! Me acerqué a ella y le di un abrazo sin decir nada, solo quería sentirla y, sobre todo, que ella me sintiera a mí, que supiera que sigo a su lado. Ella se quedó inmóvil, no esperaba el gesto, pero, justo antes de separarme, noté como sus brazos también se elevaban un poquito y me acariciaban las caderas.

—Vengo a por la maleta, ya me voy a Madrid.

Ella asintió.

—Vendré pronto a veros, ¿vale? La próxima vez, si quieres, podemos salir a dar una vuelta por el pueblo y comer la tarta de arándanos tan buena de la cafetería del centro.

—Vale, hija.

Fue un hilo de voz, suave, muy suave, pero ahí estaba otra vez. Y pronunciando la palabra que más me gustaba escuchar de su boca: «hija».

Volví a abrazarla con fuerza y aspiré su olor. No olía a perfume, ni a cremas, como antes. Ahora solo olía a ella, a mi madre.

—Te quiero mucho, mamá.

Miré el reloj que colgaba de la pared, era tarde y, como siguiera en ese plan, iba a perder el vuelo. Subí a mi habitación, recogí la maleta que había llevado y se había quedado intacta, y salí a buscar a Iria al despacho.

—¡Ay! —Se asustó cuando abrí la puerta sin previo aviso.

—¡Perdona por no llamar! Tengo que irme.

—Sí. —Miró el reloj, nerviosa—. ¡Mierda! No me he dado cuenta de la hora que es. Estaba liada con las facturas…

—¡No te preocupes! —le corté—. No hace falta que me lleves.

—¡Que sí! ¡Venga! Cojo el bolso y nos vamos.

—No, de verdad, tranquila.

—¡Que sí, Cris! No te preocupes.

—¡Que no! —levanté la voz, y al momento me mordí el labio para darle las explicaciones que merecía—. Rodri está fuera. Me lleva él.

—¿Rodri? —se sorprendió.

—Sí… —Volví a morderme el labio mientras afirmaba y abría mucho los ojos.

—¿Otra vez estáis...?

—Buf… No lo sé. No sé nada…

—Bueno, en vuestra línea.

—¡Vaya ánimos!

—¡Ven aquí! —Me abrazó—. ¡Tú verás lo que haces!

Habló la experta en amor… Quizá no sabía mucho de relaciones, pero sí me conocía y tenía claro que yo no era de las que se comprometía, fuera por miedo o por cualquier otro motivo. ¿Por qué en esta ocasión las cosas iban a ser diferentes?

—Mantenme informada de mamá, por favor.

—Claro que sí, tranquila.

Nos despedimos con dos besos y salí corriendo hacia el salón. Entré para darle otro abrazo a mi madre y volví a decirle que la quería para que no se le olvidara nunca.

Al salir de casa, Rodri estaba esperándome apoyado en el coche. ¿En serio me estaba volviendo loca? ¿Cómo podía plantearme seguir viviendo sin él? Era imposible. Corrí hacia él y le di un beso en los labios.

—¿Nos vamos?

—No, creo que no es buena idea.

—¡Rodri! —Me hice la indignada.

—¡Cris! —Imitó mi gesto cruzándose de brazos.

—Si pierdo el avión, te odiaré el resto de mi vida.

—No creo que puedas…

Otra vez esa sonrisa, ahora sí, volvía el Rodri que me gustaba.

—¡Oh! ¡Por favor! Yo tampoco.

Lo abracé otra vez y los dos reímos a carcajadas. Nos besamos otras doscientas mil veces hasta que fue él quien cortó aquella escena para poner rumbo al aeropuerto. En el fondo, me habría encantado perder el vuelo y quedarme allí con él. Pero claro, tenía que trabajar, y una cosa es perderlo sin querer, y otra, a propósito. Así que, nada, como buena profesional que soy, subí al coche y puse rumbo a una nueva despedida con Rodri.

—Nos vemos pronto —dijo él.

No habíamos hablado de aquello y sus palabras sembraron en mí la duda. Se supone que ahora le tocaba a él ir a Madrid, ¿no? Mmm.

—¿Cuándo? —No quería quedarme con la incertidumbre.

—No sé… No lo he pensado.

Aquella respuesta no me gustó. Ya estábamos otra vez en las mismas. En Galicia todo era estupendo, pero ¿luego qué? Suspiré. Él lo notó, se acercó a mí y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Cris…

—¿Qué? —No podía disimular.

—Esta vez será diferente.

—¿Vendrás a Madrid?

Silencio. Otra vez. Agité mi cabeza de un lado a otro decepcionada y no quise insistir más. No tenía sentido. Me giré y comencé a andar hacia el control de seguridad. Una vez que estuve dentro, me di la vuelta y allí seguía él, mirándome con esos ojos que me pedían paciencia.



Al llegar a Madrid y abrir la puerta de casa encuentro todo oscuro, doy las luces y abro las ventanas, parece que hoy refresca un poco y la casa está como un horno. Me acuerdo de la brisa de Galicia por las noches y del olor a mar.

Mi cabeza es un completo caos porque me gusta estar allí, pero también aquí. Me gusta mi casa, la independencia que me da y lo feliz que he sido el tiempo que llevo en Madrid. Me gusta mi trabajo, mi vida en la capital, mis amigos, los paseos por Gran Vía, descubrir rincones nuevos cada día, el bullicio de la gente… La vida. Porque Madrid para mí es eso, la vida en su máximo esplendor.

Me ducho y me pongo ropa cómoda. Al momento, escucho el timbre de la puerta.

En cuanto veo a Berta, hago pucheritos y dejo caer mis hombros. Ella ladea la cabeza y abre los brazos para que me acurruque en ellos. Lo hago y lo agradezco muchísimo.

—Cuando te cuente todo no te lo vas a creer…

—Creo que me puedo imaginar por dónde van los tiros.

Me muerdo el labio y levanto las cejas.

—Rodri —dice ella.

—Rodri —repito yo, cogiendo aire.

Nos sentamos en el sofá mientras tomamos unos refrescos, hoy no es buen día para vinos ni cervezas, y le cuento todo lo que ha pasado el fin de semana con pelos y señales.

—¿Qué hago? —le pregunto desesperada.

—Tienes que pensar qué es lo que quieres, Cris. Si mañana fuera el último día de tu vida, ¿querrías pasarlo con él?

Me quedo callada, abro los ojos y ladeo la cabeza.

—Vale, soy consciente de la pregunta tan absurda que acabo de hacer… Vuestro problema no es ese, es el mañana, el futuro, el que uno va a tener que renunciar y ninguno quiere hacerlo.

—Me estoy agobiando más todavía. —Noto presión en el pecho.

—A ver, ¿no te parece que da igual el dónde? Lo importante es con quién, y tú quieres estar con él.

—¡Ya! Pero querer implica más. No es estar con él a toda costa y por encima de todo lo demás. Me gusta mi trabajo, me gusta mi vida aquí, no quiero volver a Galicia.

—Y él no va a salir de allí…

—Me temo que no.

—Pero, vamos a ver, tú lo quieres de verdad, Cris, estoy segura de eso. No es una tontería, ni puede ser algo pasajero. Si sigues adelante, tienes que confiar en vosotros, dejar los miedos, dejar esa Cris loca con ganas de disfrutar de un chico y otro… No sé si estás preparada para eso, si él es suficiente.

—Es Rodri…

VIVIR EL MOMENTO

Amanece un nuevo lunes en mi casa de Madrid, como si nada fuera diferente, como si todo siguiera igual y el fin de semana no hubiera existido. Ayer no contesté a Rodri el mensaje porque estaba un poco molesta, pero tengo ganas de hablar con él. Ya lo echo muchísimo de menos.

yo
Buenos días. ¿Qué tal has dormido? Ya te echo de menos.

Enviar. Espero a ver si me contesta mientras miro la última hora de conexión. Abro la foto que tiene de perfil y lo veo encima de su tabla surcando las olas. La amplío y repaso cada centímetro de su cuerpo. Cuando termino, sigue sin contestarme, así que decido levantarme para no llegar tarde a trabajar.

Hace bastante calor en Madrid. La brisa de la mañana que entra por la ventana es agradable, así que, en cuanto me ducho, decido tomar el café en la terraza. Es muy pequeña, solo caben dos sillas chiquititas y una mesa redonda, que tiene una plantita encima. Siempre ha sido mi lugar favorito de la casa para leer y desconectar.

Termino el café y me visto. No me apetece nada ir hoy a trabajar, de buena gana me quedaría aquí todo el día colocando cosas. Me encanta el orden y disfruto muchísimo viendo vídeos de decoración para sacar ideas, aunque, al final, me crean gastos y más gastos con tanta generación de necesidades.

El móvil suena. Sonrío al instante al ver el nombre de Rodri en la pantalla.

rodri
Buenos días, bonita. ¿Descansaste? Yo también te echo de menos… Pero te echa mucho más de menos esa furgoneta preciosa de la que te enamoraste. Jejeje. Tengo que devolverla y, al final, creo que me va a dar pena.

yo
¿Le has cogido cariño? ¿Qué echa de menos, en concreto, la furgoneta?

rodri
Bastante, sí. Tu olor. A ti. Como yo.

yo
Entonces, ya somos tres echando de menos lo mismo. Tengo que ir a trabajar.
¿Hablamos luego? Cris.

rodri
Luego te llamo. ¡Qué tengas buen día!

Supongo que esto que estamos haciendo es mantener una relación. Mensajes, llamadas, qué tal has dormido, qué tal te ha ido el día, te quieros, promesas, anhelos… Levanto los hombros, miro al techo y hablo en voz alta.

—Mi madre, Rodri, ¡cuánto te quiero, joder!



Al llegar a la oficina, dejo mis cosas y repaso rápido el email. Quiero comprar algo para comer y

prefiero bajar ahora en un momentito, antes de que lleguen los jefes.

Al entrar, veo a Matteo hablando con una chica jovencita rubia que tiene el delantal del supermercado, por lo que imagino que acaba de empezar a trabajar aquí, porque yo no la había visto en mi vida. Por los gestos, intuyo que está ligando con ella. Encima, me ve y no deja de hacerlo, diría que incluso lo exagera. La pobre chica le sigue el juego, se toca el pelo, nerviosa, y no deja de reírse a cada comentario del italiano. Desde fuera parece una escena ridícula, aunque estoy segura de que he protagonizado varias así.

No me gusta nada lo que veo. ¿En serio se puede ser tan picaflor y hacerlo delante de mí como si nada? El tío me ha visto y no se ha cortado, cuando hace unos días estábamos echando un señor polvo. Vamos, que no nos comprometimos ni nada por el estilo, pero, digo yo, que un poquito de respeto igual tampoco estaba mal. Mucho señorito, mucha seducción, pero es un sinvergüenza. Soy consciente al cien por cien de que mi pensamiento es injusto porque, desde que me acosté con él, he conocido a Adrián, me acosté con el francés y he vuelto a estar con Rodri. Más que injusto podríamos decir que es hipócrita, lo sé, lo reconozco, pero no puedo evitar que me moleste. Quizá porque yo no lo he hecho en su cara.

Terminan de hablar y se acerca a mí. Me mira con esos ojos verdes intentando seducirme. El tío no tiene fin. ¡Será capullo!

—¿Qué pasa, preciosa? Hacía días que no te veía.

Me río y aprieto los labios enfadada. ¿Se puede ser más descarado? Este se va a enterar de lo que es bueno.

—¿Me has echado de menos? —le sigo el juego.

—Mucho. —Se acerca, pasa una mano por detrás de mi cintura y me acerca a él.

—Aquí no, mejor en el almacén —susurro en su oído.

Se separa veloz y se va andando rápido hacia la parte de detrás de la tienda. Miro a mi alrededor para comprobar que no haya ningún jefe por aquí abajo y voy detrás de él. Al entrar, me espera detrás de unos palés llenos de cajas con alimentos para reponer. En cuanto me ve, se acerca a mí y comienza a besarme con deseo, pasea las manos a toda velocidad por mi cuerpo y yo hago lo mismo. ¡Cristina, sé fuerte! ¡Estoy jugando con fuego! Perdóname, Rodri. Matteo sigue besándome, me levanta un poco la camiseta y yo le quito la suya por completo. Le desabrocho la bragueta y le bajo los pantalones.

—Si seguimos así, van avernos. Espérame mejor en ese baño —señalo una puerta que hay a nuestra derecha.

Como imaginaba, sale disparado hacia allí sin pensar. ¡Cómo lo sabía! No se puede ser más básico, de verdad. Cojo sus pantalones y camiseta y salgo del almacén a toda velocidad. Miro la ropa, ¿ahora qué hago yo con esto? Echo una ojeada al supermercado y se me ocurre la idea. Voy hacia el mostrador de la carnicería y la dejo debajo con un *post-it* de regalo: Respeto.

Sin comprar nada, vuelvo a subir a toda prisa a la oficina para que no me encuentre.

—¿No ibas a por la comida? —dice Berta en cuanto me ve llegar con las manos vacías.

—He hecho algo mejor. —Sonrío por mi hazaña.

A la media hora, suena el teléfono y veo en la pantalla que es del supermercado. ¿Será él? Me muerdo el labio y dudo si descolgar. Al final, me puede la incertidumbre y lo hago.

—No ha tenido gracia.

Tal como imaginaba, es Matteo, y está bastante enfadado.

—He tenido que irme rápido, disculpa —sigo su juego de falsedad.

—Sí, claro… ¡Con mi ropa! —levanta la voz.

—¡Eso es para que no juegues con las chicas!

—Yo no estaba jugando con nadie.

—Con la chica rubita.

—La chica rubita hace lo que le da la gana y tú no eres quién para meterte en lo que hago yo. ¿No dijimos sin compromiso?

—Sí, pero hay una cosa que se llama respeto. Me parece muy feo que te hayas liado conmigo y luego estés tonteando así con otra en mi cara.

A diferencia de él, yo hablo en susurros para que nadie me escuche.

—¡Venga! No me jodas. —Con el enfado, se nota mucho más su acento italiano.

—Tengo que trabajar.

—Sí, sí, trabaja y olvida que no eres el ombligo del mundo.

Cuelgo. ¡Que te den!

Al terminar mi jornada, Berta me propone salir a dar una vuelta, pero prefiero ir a casa a descansar, he dormido poco el fin de semana y me noto floja. Cuando llego al portal el corazón me da un vuelco. Pero ¿qué hace aquí? ¡Menuda sorpresa! Es lo que menos habría esperado encontrarme hoy. ¡Mi madre! Me pongo muy nerviosa, noto cómo un nudo me aprieta el estómago y la boca se me seca.

—Hola —dice Adrián.

—Hola…

Se levanta de las escaleras y viene hacia mí. Está guapísimo, con un pantalón de pinzas azul marino y una camisa blanca. Tan bien peinado como siempre y con ese olor a perfume que inunda mis fosas nasales en cuanto se acerca.

—Pensaba escribirte, llamarte… Pero después de lo del otro día, imaginaba que igual no me contestabas. ¿Qué te pasó en la boda de tu amiga, Cris? ¿Por qué te fuiste así?

¡Joder! No puede ser. Esto ahora no, por favor. Me encantaría darme la vuelta y salir corriendo, pero se merece una explicación. Suspiro, resoplo y le invito a pasar a casa.

—Lo siento —le digo en cuanto nos sentamos en el sofá.

—Pero ¿qué pasó? Iba todo muy bien… O yo tenía esa impresión.

—Sí, pero yo no soy fácil, ya te lo dije… Me cuesta comprometerme, tengo miedo y, sobre todo, no sé si estoy preparada. No sé si quiero.

—Deja que te conozca más, que nos conozcamos, que hagamos planes juntos sin pensar en qué somos ni qué seremos. Solo vive el momento. Cristina —suena demasiado serio, casi nadie me llama así, pero a la vez, imponente—, me gustas. Si no me importaras, no estaría aquí.

Me quedo callada porque no sé qué decir. A mí también me gusta él. Mucho, muchísimo más de lo que pensaba. Al tenerlo delante lo pienso, porque vuelvo a sentir que puede ser él. Aunque lleve el pelo engominado, por Dios, eso son tonterías.

—Hagamos una cosa. Empecemos de cero. —Estoy a punto de hablar, pero no me deja—. No, no me digas nada ahora. Piénsalo, pero no demasiado. Y llámame, te estaré esperando.

Se levanta y yo me quedo sentada viendo cómo sale de mi casa. Antes de hacerlo, saca un *post-it* y lo pega en la puerta. Se gira, me sonríe y yo creo que me muero por dentro. Cuando se va, me acerco a la puerta y cojo el papel. Es su número de teléfono. Igual que hice yo…

¡Dios mío de mi vida! ¿En serio me está pasando esto? ¿Y ahora qué hago yo si también quiero estar con él? ¡¿Para qué ha venido?! Casi ni me había acordado de él desde el día de la boda, no nos hemos escrito en más de una semana, creía que era agua pasada y ahora aparece otra vez. Y no solo es que aparezca, es que lo hace así, con esa decisión para pedirme que sigamos conociéndonos.

¿Y Rodri qué? ¡Joder! ¿Se puede querer a dos personas a la vez? No se debería, ¿no? Bufff…

Odio el amor. ¡Es un asco!

UN HILO INVISIBLE

Tres meses después

Necesitaba un tiempo para estar sola. Parar, pensar y descubrir qué es lo que quería. La Cris en su máximo esplendor cobró toda la fuerza del mundo tras el encuentro con Adrián. Fue demasiado para mí.

Venía de pasar el mejor fin de semana de mi vida con Rodri, tenía tan claro que quería estar con él y había llegado nuestro momento…

Rodri es parte de mí. Siento que hay personas que nacen separadas físicamente, pero unidas por un hilo invisible que, en algún instante, hace que se junten. Eso había pasado con nosotros. Nos unimos aquella tarde de verano subidos en una noria cuando éramos unos adolescentes, y ni la distancia ni los años habían conseguido romper lo que teníamos. Solo necesité unas horas para saber que lo quería, lo quería más que la primera vez.

Había llegado el momento de arriesgarnos, de comprometernos y de luchar por un amor que valía la pena, valía la vida. Era Rodri y eso era más que suficiente. A pesar de que me costaba pensar en un futuro juntos con la certeza de que él no iba a venir a Madrid. Por no hablar de que yo dudaba mucho de irme de aquí. Pero me planteé seguir, ir paso a paso, porque soy de las que piensa que, en ocasiones, nos empeñamos en pensar y pensar, en querer tomar decisiones sobre si haré esto o aquello, y es la propia vida la que nos va marcando los pasos.

Pero ¿podía elegir un camino diferente? Al final, soy la dueña de mis decisiones.

Por otro lado estaba Adrián. Apareció cuando menos lo esperaba e hizo que todos mis cimientos temblaran. Fue como un tsunami que lo arrasa todo a su paso. Bueno, todo no, mis sentimientos por Rodri seguían intactos. El problema era que él todavía me removía. No sé si era porque las cosas me parecían más sencillas a nivel, digamos, logístico. No sé si es la palabra más adecuada, pero los dos tenemos una vida y sueños parecidos. Nos conoceríamos, viviríamos juntos un tiempo; mientras, los dos seguiríamos desarrollando nuestras carreras profesionales, compartiríamos viajes de trabajo, cenas en los mejores sitios de Madrid…, hasta llegar a comprometernos, casarnos, comprar una casa a las afueras, tener hijos… No, eso no. Lo de los hijos no termino de verlo. Bueno, la cuestión es que nunca he sido yo de vida perfecta y compromisos maritales, pero con él sí lo veía posible. Ahora, el tema era: ¿lo veía posible porque en realidad lo creía o porque era lo *socialmente aceptado*?

Pasé el día siguiente dándole vueltas a la cabeza sin dejar de pensar. Parecía una lavadora centrifugando sin parar y, juro por Dios que, si alguien hubiera podido dibujarme, lo habría hecho con una enorme llamarada de fuego saliendo de mi cabeza. Nada de humo, no, no, que eso puede indicar que ya se ha apagado. ¡Fuego! Hice listas absurdas poniendo los pros y los contras de cada uno. Y pasaba algo cada vez que escribía en la de Rodri, sentía un golpetazo en el pecho. Me dio miedo. Muchísimo. Y, por eso, hice lo peor que podía hacer: hui.

MI GRAN HISTORIA GRIEGA

Lo hice como todo lo que he hecho en mi vida hasta ahora: sin pensar, dejándome llevar por mi instinto y la necesidad de escapar de todo lo que estaba sintiendo. Hablé con mi jefa, le dije que tenía problemas familiares y que tenía que ausentarme un tiempo del trabajo. A diferencia de su comportamiento habitual, no puso ningún problema, solo me pidió que me ocupara de formar a una persona para que me sustituyera esos meses y que estuviera medio conectada. Ella vio la cara que puse al escuchar aquello y prometió que solo me llamarían en caso de urgencia extrema. Cosa que, para variar, también cumplió, porque no recibí ni una sola llamada de la oficina.

En cuanto me dijo que sí, fui directa al ordenador y compré el primer vuelo que salía a Grecia. ¿Y por qué Grecia? Ni yo misma lo sé. Pensé un minuto dónde podía ir y lo que más me llamaba la atención era Australia, todo lo lejos que pudiera, pero el billete era bastante más caro y no sabía el tiempo que me iba a quedar. Opté por Europa y me vino a la cabeza Grecia. Bueno, en realidad, mi primera opción fue Italia, pero hay demasiadas tentaciones, y lo que menos necesitaba en ese momento era complicarme más la vida, que soy muy dada a ello.

Y así empezó mi gran historia griega.

Me descargué una aplicación para viajar por todo el mundo a través de la cual se hacen, digamos, *tomas y dacas*. Viajas a un país, te dan alojamiento y comida y, a cambio, tú cuidas a los niños o limpias el jardín… Lo que acuerdes con la otra persona. En mi caso busqué un intercambio de idioma, así aprovechaba para mejorar mi inglés. Contacté con un griego que aceptó sin problemas la rapidez del asunto. He de decir que me daba un poco de miedo meterme en casa de alguien que no conocía, así que, tal como decidí una cosa, cambié de opinión en cuanto bajé del avión. Alquilé un apartamento y le escribí para avisar de que los planes habían cambiado.

Llegué a Santorini a las cuatro de la mañana, alquilé un coche en el aeropuerto, descansé un poco y me fui a ver el amanecer y a visitar un lado y otro de la isla sin parar. Estaba tan maravillada ante la preciosidad de aquel lugar que no quería perderme nada. Eran las diez de la mañana y ya había visto la ciudad vieja de Santorini, Fira, Imerovigli y Oia.

A mediodía decidí que era hora de ir al apartamento que había alquilado cerca de la playa, me acosté un rato y, por la tarde, me fui a una playa de arena roja. Terminé el día viendo la puesta de sol en Oia. Había muchísima gente y la puesta de sol fue un poco regulera porque estaba muy nublado. Era hora de irme a dormir al apartamento.

Estuve una semana en Santorini, y cuando no me quedaba ni un pedacito de la isla por recorrer, decidí viajar a Atenas.

Lo primero que hice fue alquilar un apartamento de una señora que tenía tres gatos y una terraza maravillosa. Además, estaba muy limpio. Todo iba genial, así que, bajé a hacer compra al supermercado y me tomé una cervecita en una terraza para celebrarlo. Fue en ese instante en el que me sentí sola por primera vez desde que inicié mi viaje. Y no me disgustó, fue liberador. Era lo que necesitaba en ese momento.

Al día siguiente, hice un *free tour* para poner en práctica mi inglés. Así aprovecharía más el viaje. Llegué pronto y me puse a hablar con la señora que hacía el tour; me explicó qué sitios podía visitar y cuáles eran las excursiones que merecían la pena, pero claro, tenían un precio… Poco a poco fueron llegando el resto de los turistas, en total éramos siete. Había una pareja: un chico de Sudáfrica y la chica…, la verdad es que ni idea, pero bueno, el tema es que el chico era muy majo. Se llamaba Dylan. Desde el principio empezó a hablar conmigo, yo le conté la historia real de por qué estaba allí y él me dijo que habían ido a una boda y estaban

aprovechando para conocer la ciudad e intercambiamos los números de teléfono.

—Eres una valiente.

—No me parece que sea para tanto.

—Poca gente viaja sola.

—Eso es verdad.

—Has hecho muy bien, te vendrá genial porque va a ser una experiencia que no vas a olvidar nunca.

Sus palabras me gustaron. No es que fueran muy sentidas ni nada por el estilo, pero casi no me conocía y, no sé, quizá fue más la expresión de su cara, o que siempre nos gusta que nos digan cosas buenas, pero me alegró un montón, me motivó y me dio un subidón enorme para seguir disfrutando de mi experiencia.

Cuando terminó el *free tour* me quedé con un padre y dos niños. Es alucinante lo fácil que resulta hacer amistades cuando de verdad tienes ganas de hacerlo. Fui con la niña de tiendas porque su padre estaba perdido en ese tema: querían llevar unos regalos para sus amigas y se le hacía un mundo, cosa que me pareció adorable porque ponía todo de su parte. Después de las compras, dimos una vuelta y me invitaron a comer. ¡Alucinante! Pero juro que fue real. ¡Como si nos conociéramos de toda la vida! A media tarde, les dije que me iba porque me apetecía estar sola, así que fui dando un paseo alrededor de la Acrópolis, hasta la Prisión de Sócrates y el Olimpo de Zeus, hasta llegar al apartamento.

Cuál fue mi sorpresa que, cuando estaba llegando a casa, me escribió Dylan, el chico que había conocido en el *free tour*, diciéndome que por la noche iba a quedar con unos amigos, que también habían venido a la boda, por si me quería unir. Pensé ¿por qué no? Me duché, me puse un vestido, cogí una chaqueta y decidí salir con ellos. ¡A ver qué me deparaba Atenas!

Justo antes de cerrar la puerta, Dylan volvió a escribirme para avisarme de que se quedaba sin wifi y el nombre de la terraza donde estaban. ¡Genial! Porque le tenía echado el ojo y sabía dónde encontrarla. ¡Todo me salía de maravilla!

Cuando llegué vi que había unas diez personas y me arrepentí muchísimo de haber ido porque temía estar fuera de lugar. Diez extraños que solo hablaban inglés, pero… Ya estaba allí. Así que, al final, conocí otras ocho personas muy guais. Pasamos un rato divertidísimo charlando, tomando cervezas y contándonos nuestras vidas en obra y en verso. Cenamos comida griega, que estaba increíble, y seguimos bebiendo cerveza.

Nos dieron casi las doce de la noche con la cena y la sobremesa y Dylan comentó que se iba al hotel, así que, decidí hacer lo mismo. Otros tres chicos dijeron que también se iban a casa, hasta que uno de ellos, Luis, un chico de Boston, cambió de idea y me propuso quedarme un rato de fiesta y yo… Pues eso, acelerada con la cerveza, para allá que fui. Nos subimos en un coche de un amigo suyo que era de Grecia y fuimos a una zona de discotecas. ¡Mi madre! No me creía lo que me estaba pasando. Era imposible que me fuera mejor. Hubo algún que otro acercamiento con el chico de Boston y, al final, ¡nos liamos! Fue una conexión increíble. Entre beso y beso nos despistamos de los demás y, cuando quisimos darnos cuenta, nos habíamos quedado solos.

Luis no llamó mi atención por ser guapo, ni por estar bueno, solo me daba muy buen rollo, me hacía sentir a gusto y, de algún modo, me transmitía libertad.

Propuso ir a su apartamento y acepté. ¡Qué noche! Nos levantamos a las once de la mañana y, cuando me iba a ir, sugirió pasar el día juntos. Muy de película todo. Comimos un *brunch* y después fuimos a conocer el Monte Licabeto, el más alto de Atenas. Las vistas eran increíbles. Anduvimos por la calle cogidos de la mano y todo… Muy de comedia romántica. Muy de lo que no buscaba. Así que se lo expliqué, le di las gracias por un día increíble y nos deseamos una vida

bonita.

Con esa experiencia *amorosa* tuve suficiente.

Volví al apartamento, cogí las cosas de la playa y me fui al Bolivar Beach Bar, que estaba en una playa chulísima. Pasé allí el resto del día, cogí una tumbona *superchic*, que tuve la suerte de no pagar, y eso me hizo pensar en lo que me había dicho mi amigo de Boston. Todo lo que me estaba pasando era bueno, había encontrado el *flow* y ahora solo tenía que seguirlo. Me reí al recordar aquello. ¡Qué personas más guais hay por el mundo!

Pasé el resto de mi viaje conociendo gente, hablando, bailando, disfrutando de las puestas de sol, de mí misma. Lo viví al máximo. Pensé en Rodri y en Adrián, claro que lo hice, pero solo los recordé bonito, no me planteé nada de nada. No era el momento y tampoco creo que hubiera llegado a ninguna conclusión. Aquel viaje era para mí, única y en exclusiva para Cris.

Y cuando volví lo hice porque creí que estaba preparada para ello. Sentí que me volví a encender. Avisé en el trabajo y a la semana estaba de vuelta en Madrid. Así regresó una Cris diferente, o eso creía yo…

VOLVER A CONOCERNOS

Durante los tres meses que estuve en Grecia mantuve el contacto con Rodri y Adrián por mensajes durante los primeros quince días, pero fue algo superficial. A los dos les mentí contándoles que me tenía que ir por trabajo; la cadena de supermercados iba a comenzar su expansión en Atenas y me habían nombrado responsable de comunicación de la marca en el país. Serían unos meses, hasta poner en marcha todo el engranaje, después, cedería mi puesto y volvería a mi trabajo en España, por supuesto, con más responsabilidad.

Una película en la que Adrián confió a pies juntillas y que Rodri aceptó, porque estoy segura de que no se creyó para nada. Él me conoce de verdad y supo interpretar que estaba huyendo, que necesitaba aire. Siempre lo entendía todo. De hecho, un día, al poco de llegar, en uno de los mensajes me puso «Si no es para siempre, te estaré esperando». Lo acompañó de un «jeje», pero entendí a lo que se refería. También me dijo que disfrutara, que me centrara en lo que estaba viviendo allí. Me estaba dando espacio y yo le hice caso. Los mensajes se fueron dilatando y al mes perdimos el contacto.

Con Adrián fue más sencillo, la cosa se fue enfriando sin más.

Y así estoy ahora. No he tomado ninguna decisión, solo he desconectado y disfrutado. Y así voy a seguir haciendo. No me siento preparada para dar ningún paso, además, puede que los dos se hayan olvidado de mí. Hace tiempo que no sé nada de ellos y sería muy egoísta pedirles que me esperaran. Aunque tengo la duda con Rodri… Él me dijo que si no me iba para siempre… Pero ¿cuánto tiempo considerará él que es para siempre?

¡Ay! No sé. Por el momento, me voy a poner el vestidazo negro de tirantes de lentejuelas que tengo encima de la cama y voy a pasármelo genial en la fiesta. Tengo tan claro que lo que quiero ahora mismo es disfrutar… En Grecia nació una nueva Cris, una que no necesita a los hombres para vivir ni, mucho menos, para pasárselo bien. No he estado con ninguno desde aquella noche con Luis, el chico de Boston. Y me obligo a no pensar en ellos, aunque he de reconocer que esto sí me suena más a la Cris de antes… Cuando Adrián se asoma un poquito por mi mente, pienso en que quizá dejé pasar la oportunidad de tener una vida estándar, como soñaba de pequeña. Y cuando aparece Rodri… Eso sí que me da miedo del de verdad.

Me miro en el espejo, me coloco bien el escote, me pinto los labios de rojo y sonrío. Me veo divina. ¡A disfrutar!

Escucho el teléfono y corro hacia él.

—¡Cris! —Berta grita al otro lado.

—¡Ya voy!

—¡Venga! ¡Que llevamos esperando media hora!

Cojo el bolso, que ya tenía preparado, y bajo las escaleras todo lo rápido que me permiten mis zapatos supersexis de tacón de aguja. En el coche me esperan Berta y Marcos. Vamos a una fiesta en la que promocionan una nueva bebida. Es en la terraza del Hotel Riu de Plaza España. La verdad es que tiene un montón de fama y no he estado nunca.

Cuando llegamos, descubro que todo lo que me habían contado sobre este lugar se queda corto. Es un sitio muy bonito y elegante, desde el que se ve todo Madrid.

—Lo normal es que tengan esta zona con mesas —me explica Berta según avanzamos.

Han despejado toda la terraza y solo hay unas altas para colocar las bebidas, pero la idea es estar de pie. Además, un grupo de música *indie* toca en uno de los extremos de la azotea.

—Y esto es lo más alucinante, mira…

Veo una pasarela con suelo de cristal. ¡Qué pasada! Es como si atravesaras de un edificio a

otro caminando por el cielo. ¡Menuda impresión!

—A mí me da vértigo y tengo que pasar corriendo para que acabe cuanto antes —me dice Berta.

Me hace muchísima gracia porque la pasarela es cortita como para que te sientas en una atracción de alto voltaje.

—¡Venga! ¡Vamos, que perdemos a tu marido! —Tiro de su mano.

Nos acercamos a la barra y pedimos unas copas. Se puede consumir lo que cada uno quiera, aunque unos camareros pasan todo el tiempo con la bebida que promocionan. La verdad es que yo no quiero probarla porque vi una serie que empezaba con un festival para promocionar una bebida energética y luego captaban a la gente para una secta. Sé que es una serie, pero yo estoy tan feliz con mi whisky con coca cola. Berta siempre me dice, y siempre es siempre, las cien mil veces que habremos salido juntas, que no es una combinación nada glamurosa. ¡Es tremenda!

Marcos va a buscar a unos compañeros de su trabajo, que también vienen a la fiesta, y, al ratito, aparece con ellos y nos los presenta. Son tres chicos y una chica que parecen más o menos de nuestra edad. La verdad es que no me entero de los nombres de ninguno porque la música está muy alta, hasta que llega al último y… Sigo sin escucharlo, pero lo leo en sus labios. Rodrigo. Los ojos se me abren como platos. Y duele, joder cómo duele.

Siento como si alguien tocara el botón de pausa y mi mente viaja años atrás a aquellos primeros días en los que nos conocimos.

Hablábamos de los nombres y del significado que tienen, de cómo marcan a las personas, y él me decía que menos mal que el suyo tenía diminutivo, porque no le gustaba nada el nombre completo, decía que le parecía pijo y que él era todo lo contrario a eso.

—¿Por qué te quedas callada? —Me miró con aquellos ojos que ya me habían contado tantas cosas.

Me mordí el labio para evitar reírme.

—¡Cris!

—¿Qué? —Sonreí de oreja a oreja.

—Dime lo que estás pensando. —Se acercó a mí.

Volví a morderme el labio para no reírme.

—¡Cris! —Más cerca.

Me carcajeé y lo solté.

—Tienes razón, Rodrigo es muy pijo.

Los dos rompimos a desternillarnos como niños con aquella conversación tan simple. A Rodri, en el fondo, le encantaba que me metiera con él. Empezó a hacerme cosquillas porque conocía que era mi punto débil, y fue la primera vez que estuvimos más cerca de nuestros labios. Todavía no nos habíamos liado, pero ya sabíamos que estábamos locos el uno por el otro. Nos faltó una milésima de segundo para que su nombre nos trajera nuestro primer beso, pero una de nuestras amigas llegó llamando nuestra atención, gritando desde lejos, para contarnos que ya habían puesto el cartel de las fiestas del pueblo de al lado. Todo un acontecimiento.

El botón de *play* vuelve a activarse y mi mente regresa al mismo sitio donde está mi cuerpo. Suspiro y me convenzo de que debe de haber un montón de gente con ese nombre y no puedo entrar en *shock* cada vez que lo escuche. ¡Joder! Pero me duele, me duele muchísimo.

La chica se acerca a hablar conmigo y consigue evadirme de esos pensamientos. Me cuenta que también es periodista y charlamos de trabajo. Es muy agradable y me hace olvidar a Rodri.

El resto se va uniendo a la conversación, hasta que nos juntamos todo el grupo y salen unos

temas y otros sin parar, de lo más variopintos. Lo estamos pasando de maravilla hasta que noto un tremendo golpe en la espalda que casi me corta la respiración. El líquido que hay en mi vaso sale volando y, a pesar de lo rápido que pasa todo, lo vivo como si lo estuviera viendo en una película a cámara lenta.

Casi me caigo de boca, menos mal que la misma persona que me ha empujado me agarra fuerte para que no llegue al suelo. Pero ¿en serio? ¿El mundo puede ser tan horrible para querer ponerme a este hombre todo el rato delante? ¿Acaso el universo no entiende que quiero estar sola?

Y encima aparece así, como si protagonizáramos una comedia romántica.

—Lo siento —dice sin mirarme todavía.

Pasa todo muy rápido. Yo me quedo callada, si no hablo, igual no me mira, no se da cuenta de quién soy y se va…

—¿Cris?

Adrián se sorprende tanto como yo al verme en sus brazos.

—Perdona, esa chica debe ir un poco mal, se ha caído, me ha empujado y… Bueno, el resto ya lo sabes.

Estiro mi vestido por encima de las piernas y subo uno de los tirantes para colocarme.

—No te preocupes. —Por fin, abro la boca… No sé muy bien qué otra cosa podría decirle.

—Cuánto tiempo…

No sé lo que veo en su cara, pero no tiene la misma expresión que la última vez. En su rostro veo… ¿Decepción? Me siento como una auténtica mierda, porque me duele.

—Sí… El trabajo… Bueno, ¡qué te voy a contar a ti! —Juego esa carta, quizá así consiga que me entienda mejor.

—Hoy en día, hasta en el fin del mundo hay móviles.

—Ya…

Me siento culpable a pesar de que fuimos los dos los que dejamos de escribirnos.

—Pero ¡bueno!, menuda coincidencia. —Berta se acerca y saluda a Adrián.

Mi móvil vibra de forma insistente. Es la tercera vez que lo noto en el bolso y aprovecho que están hablando para cogerlo. Tengo tres llamadas perdidas de Iria y un WhatsApp. ¡Qué raro! Me pongo nerviosa mientras desbloqueo el móvil pensando que a estas horas no puede ser nada bueno.

iria
¿Dónde te metes? ¡No consigo hablar contigo! ¡Es papá! Tienes que venir.

—Tengo que irme. —Me acerco a Berta y Adrián.

—¿Qué dices? —Berta no entiende a qué viene eso, así que le enseño la pantalla de mi móvil.

—Llámame en cuanto puedas.

—¿Qué ocurre? —se preocupa Adrián.

—Es mi padre, debe haber pasado algo. Tengo que ir a Galicia.

—Puedo llevarte, estás muy nerviosa y no creo que sea buena idea coger el coche así —se ofrece.

—No, no hace falta. Gracias.

—Déjame acompañarte. —Se acerca a mí y me acaricia el rostro.

La verdad es que, con los nervios que tengo ahora mismo y el pánico, me encantaría ir acompañada. Pero no es adecuado que sea él quien venga conmigo a Galicia.

—Prefiero ir sola.

Asiente con la cabeza y muestra una media sonrisa.

—No quiero entretenerte, solo una cosa más: no olvides mi propuesta.

—¿Qué propuesta?

—La de volver a conocernos.

Afirmo moviendo la cabeza y suspiro, pero no digo nada más. No puedo pensar en nada, solo en que mi familia me necesita.

MUCHO MÁS

En cuanto pongo el pie en el suelo y salgo del coche, el olor a casa golpea mi corazón. Cuando me fui a Madrid, eso sí lo echaba mucho de menos. Desde que conocí a Berta intenté explicarle cómo era: humedad, naturaleza, tierra mojada, humo de leña, comida casera…

Cierro los ojos e inspiro con ganas para que el olor me dé la fuerza que necesito para entrar en el hospital. De camino a Galicia, he llamado a Iria y me ha dicho que a mi padre le había dado un infarto. Parece que la situación era bastante grave, pero había esperanza porque la ambulancia había llegado a tiempo y se lo llevaban al Hospital de Montecelo, en Pontevedra.

Cierro el coche y miro el edificio que tengo delante. Es una construcción de piedra con uno de sus laterales cilíndricos, como si fuera una columna gigante, a la que se accede a través de dos pasarelas. Suspiro y resoplo. Debería entrar corriendo, pero estoy paralizada; odio estos sitios, cada vez que tengo que ir a un hospital pienso en la cantidad de gente que está aquí metida y me pongo mala. Debe ser horrible. ¿Y los niños? Eso ya sí que me parte el alma… Con lo poco amiga que soy de ellos, pero pensar en esas pobres miniaturitas… Intento sacar todas las ideas que me generan tanta angustia y opresión en el pecho de un plumazo. Suspiro de nuevo, cojo el teléfono y marco el número de Iria.

—Ya estoy aquí.

—Bajo a buscarte y así tomo un poco el aire.

Me acerco despacio a la puerta, miro a la gente que sale y entra y reflexiono sobre las circunstancias de cada uno. Hace unas horas estaba en una fiesta, ajena a otra realidad mucho más dura que se vive al mismo tiempo en otro sitio. Y esto es solo un mínimo ejemplo de la vida…

Son casi las seis de la mañana y todavía es de noche. Refresca bastante. Froto mis brazos para entrar en calor y pienso en él. En Rodri. Lo echo tanto de menos… Ahora me doy cuenta. ¿Es egoísta pensar en él cuando estoy mal? Lo necesito. ¿Cómo no me he dado cuenta en todo este tiempo? He vuelto a perderlo. Y ahora mismo me reconfortaría tanto un abrazo suyo… Siempre he pensado que cuando te acompaña la persona adecuada, lo malo es un poquito menos malo, y lo bueno, inmensamente mejor.

—Hola, Cris.

La voz de Iria me devuelve a la vida real.

—Hola… —Dejo caer los hombros en cuanto veo su cara de cansancio y nos abrazamos—. ¿Cómo está?

—Bueno, parece que bien...

—¿Podemos subir a verlo?

—Ahora mismo no.

—¿Y mamá? ¿Sabe algo?

—Sí, se lo expliqué cuando me llamaron.

—¿Cómo está ella?

—Mejor, Cris. Mucho mejor.

Suspiro. Siento alivio al escuchar las palabras de mi hermana. ¡Cuánta alegría me da eso! ¡Qué ganas tengo de ir a verla y acurrucarme en sus brazos! Ojalá ya esté preparada para eso porque la necesito tanto…

—¿Cómo pasó?

—Solo sé que estaba cenando en casa con un amigo que ha venido a pasar unos días a Galicia. ¡Gracias a Dios que no estaba solo! Llamó rapidísimo a la ambulancia y consiguieron

estabilizarlo.

—¿Cuándo podremos verlo?

—Le han hecho un cateterismo y ahora está en la unidad de cuidados críticos, para tenerlo vigilado —añade Iria al ver la cara de susto que debo tener—. Me han dicho que podemos entrar dos veces al día a verlo, por la mañana, a las doce, y por la tarde, a las siete.

Damos un paseo alrededor del edificio y, antes de subir, vamos a la cafetería del hospital. Iria está bastante asustada, me sorprende verla así porque ella siempre muestra una imagen de fortaleza envidiable.

—¿Qué tal en Grecia? —me pregunta mientras tomamos un café.

—Bien, muy bien. —Me reconforta pensar en la calma que sentí.

—¿Tienes que volver?

—Por ahora no.

—Entonces es que hiciste un buen trabajo.

Me siento un poquito mal al recordar la mentira que les dije, así que cambio de tema rápido y suelto lo que me está quemando en la punta de los labios casi desde que vi a Iria.

—¿Sabes algo de Rodri?

Mi hermana, que llevaba un buen rato dándole vueltas a la cucharilla cabizbaja y pensativa, la apoya en la taza y me mira a los ojos.

—¿En serio, Cris?

—¿En serio qué? —No entiendo.

—¿Cuánto tiempo vais a seguir así?

—¿Así cómo?

—Con ese juego de sí, pero no. No te enfades.

¿Cómo que no me enfade? ¿A qué viene ese comentario? ¿Qué va a decirme? Me pongo nerviosísima y noto como el pecho me sube y baja como si quisiera liberarse del cuerpo.

—¿Qué pasa?

—Si quieres a Rodri o lo has querido, deberías dejar de hacerle daño. Creo que no se lo merece, Cris. Es buena persona y le importas.

—¿Cómo? —Pero vamos a ver, ¿quién se cree Iria para soltarme tal comentario? Estoy alucinando.

—Tú y yo no es que hayamos sido las mayores confidentes del mundo, pero te conozco y siempre he visto que Rodri te gustaba. El problema es que para él eres mucho más.

—Para mí también es más. Tú no sabes nada.

—Si lo fuera, no te irías una y otra vez.

—¡Esto es alucinante! —levanto la voz y veo que la gente me mira.

—No te enfades, Cris.

—¿Que no me enfade? ¡Tú no sabes nada de mi vida! ¡Ni de mis sentimientos! ¡Y mucho menos de mi historia con Rodri! —Lucho para que las lágrimas no salgan de mis ojos.

—¡No sé nada! Claro que no. Lo que sí sé es que durante este tiempo que has estado fuera me ha estado preguntando por ti, ¿sabes? Cada vez que me veía me tanteaba para averiguar, pero sin preguntarme directamente. No quiere que sepas que se interesa por ti. ¿Sabes por qué? Porque te quiere demasiado y no quiere retenerte.

—¿Te has parado a pensar en lo que siento yo? Parece que tu hermano es él.

—No sé lo que sientes, Cris. No tengo ni idea. Pero lo que sí sé es que esto que os traéis solo os hace daño… O, por lo menos, se lo hace a él.

No puedo más. Noto el sabor amargo de las lágrimas que empiezan a resbalar por mis mejillas

en cascada.

—¡Tengo que irme! No puedo estar aquí. Me estoy ahogando.

Cojo mi cazadora y mi bolso y salgo a toda velocidad de la cafetería. Mi hermana corre tras de mí, mientras me llama intentando no gritar demasiado.

—¿Qué narices quieres? ¡Venga! Dime que soy la peor persona del mundo por irme de aquí, dejarte a ti, a mamá, a papá y… a Rodri. ¡Dime todo lo que has pensado este tiempo! Eso es lo que pasa, ¿verdad?

—¡*Carallo*, Cris! No pienso eso, creo que fuiste muy valiente y que hiciste bien. Nunca te has olvidado de nosotros, jamás podría pensar algo así.

—¿Y entonces por qué me haces esto? —No puedo dejar de llorar.

—No lo hago por maldad, de verdad. No pensaba hablarte de él, pero me has preguntado y creo que era lo que debía hacer. Perdóname si te he hecho daño. —Iria se echa a llorar también, es de las pocas veces en mi vida que la he visto emocionarse. Ni cuando se murió Nico mostró sus sentimientos.

Suspiro, niego con la cabeza, bajo mis hombros y abro los brazos para que se cobije en mi pecho. Nos abrazamos y lloramos desconsoladas. Y no es solo por la conversación que acabamos de tener, hemos pasado unas horas de mucha tensión y angustia y, ahora, al sentirnos con cierta tranquilidad, exteriorizamos los nervios que hemos pasado.

—Lo siento —le digo abrazándola fuerte.

—Yo también.

Iria y yo nunca vamos a tener una relación de hermanas especial, ni nada por el estilo, pero somos hermanas y, a nuestra manera, nos queremos mucho.

En cuanto nos separamos, lo veo claro.

—Tengo que hablar con Rodri, tengo que darle una explicación. ¿Sabes si está aquí?

—No, no está.

MI ECUACIÓN PERFECTA

Creo que el destino se empeña en separarnos. Todavía recuerdo aquel primer viaje que hizo a Madrid.

¡Estaba tan ilusionada! Me fui a Madrid en septiembre y en el puente de octubre volví a Galicia. También lo hice en el del uno de noviembre y el seis y ocho de diciembre. Luego llegó Navidad y, como era lógico, también volví yo a Galicia. No era algo que me molestara porque no solo regresaba para ver a Rodri, también estaba mi familia, aunque el tema con mi madre cada vez me costaba más.

Pasó la Navidad y no había más fiestas hasta Semana Santa, que era a principios de abril. Era muchísimo tiempo sin vernos, en concreto, cuatro meses. Nunca habíamos estado tanto tiempo separados y se me ocurrió que Rodri fuera a Madrid en febrero. Le pareció buena idea y, aunque noté que dudó bastante, al final, apareció en la estación de Méndez Álvaro con su mochila negra a los hombros y esos ojos azules llenos de incertidumbre.

En cuanto lo vi, su mirada me dio un pellizquito en el corazón. Corrí hacia él y me lancé a sus brazos. Sentí su contacto y recordé lo que siempre me pasaba cuando estaba a su lado: me sentí completa. Él era mi ecuación perfecta. No, no era él. Éramos los dos. El uno con el otro.

Recuerdo ese viernes como uno de los días más felices de toda mi vida. Después de comernos a besos sin parar mientras salíamos de la estación, en el metro, por la calle y en cada esquina de Madrid, llegamos a mi piso. Por aquel entonces vivía con otras dos chicas, que fueron muy amables y decidieron pasar la noche en otro sitio para dejarnos intimidad.

Rodri tiró su mochila en el descansillo y me cogió con fuerza. Yo abracé su cuerpo con mis piernas y lo besé como si no hubiera un mañana, sintiéndome más feliz que nunca. Estaba en el mejor sitio del mundo porque, para mí, mi lugar era él.

—Te he echado de menos —me dijo mirándome a los ojos.

—Y yo a ti. No te vayas nunca.

Eso era lo que quería, que estuviera conmigo siempre, que jamás soltara mi mano, que avanzáramos juntos. Sentía que lo nuestro jamás se podría romper porque era nuestro.

Hicimos el amor en el sofá del salón con deseo y ganas, besando cada milímetro de nuestro cuerpo, recorriéndolo y redescubriéndolo de nuevo. Sintiendo al otro, su aliento, su calor, su respiración, cada jadeo de placer, cada caricia de amor, de confianza, de nuestro para siempre.

Después de un buen rato en el sofá, nos duchamos juntos, nos vestimos y salimos a cenar una hamburguesa. Me hacía muy feliz enseñarle a Rodri dónde compraba el pan, qué parada de metro cogía, el supermercado al que iba, la tienda de libros de segunda mano a la que me escapaba más de lo que mi bolsillo deseaba, la cafetería en la que quedaba con amigas de la universidad… Mi vida. Se la enseñé con la ilusión de compartirla algún día.

Lo malo fue que la felicidad me duró poco. Cuarenta y seis horas, ni una más, ni una menos. El tiempo que estuvimos juntos.

Y lo peor no fue que se nos acabara el tiempo, lo peor fue la sensación que se quedó dentro de mí. Porque sí, fuimos muy felices, pero yo un poquito más. Me sentía a gusto, disfrutando de mis sitios, de mi gente —a la que le presenté a Rodri el sábado—, de él en mi vida.

Pero cuando lo vi decirme adiós con la mano desde la ventanilla del autobús, supe que esa era mi vida. No la suya. Y me di cuenta de que él estaba allí por mí, porque empezaron a venir imágenes a mi mente del fin de semana en cascada en las que percibí que Rodri no estaba a gusto.

Intenté convencerme de que era normal, al final, era la primera vez que me visitaba y era todo

diferente. Nunca habíamos estado juntos en un sitio que no fuera Galicia. Me lo repetí una y otra vez para tranquilizarme, para convencerme de que el sitio no importaba. Pero esa sensación se quedó dentro de mí.

EL MEJOR SITIO DEL MUNDO EN EL QUE RESGUARDARME

Después de ver a mi padre, apretar su mano para transmitirle calma y decirle lo mucho que lo quiero, estoy bastante más tranquila.

Justo cuando estaba en la habitación, apareció el médico y me estuvo explicando en detalle lo del catéter y cómo debería ser ahora la recuperación. A pesar del susto tan grande, puedo decir que parece que todo va a ir bien y que podemos estar tranquilas.

Mi padre estaba muy angustiado, lo noté en sus ojos, creo que ha sido la primera vez que le he visto pasar miedo. Siempre ha desempeñado esa figura que nos ayuda, nos calma y no suelta jamás nuestra mano, por muy mayores que nos hagamos, un superhéroe capaz de todo. Aunque, esta vez, la capa me la he tenido que poner yo.

—Todo va a ir bien, papá, ya viste lo que dijeron los médicos. —No puedo dejar de acariciar su mano.

—Sí, claro que sí, hija. —Su boca dice una cosa y a la vista queda que su cabeza piensa otra.

—Te quiero muchísimo, papá, siempre has sido el mejor del mundo y te lo he dicho muy poco.

—Lo dices como si fuera a morirme —intenta bromear.

—No, lo digo porque quiero que lo sepas, que os quiero muchísimo a todos. Sois mi familia. —La culpa vuelve a mí por haberme ido años atrás.

Él sonríe y aprieta con fuerza mi mano. Le digo que descanse, que no me separaré de él.

—Pero tienes que volver al trabajo.

—Sí… La verdad es que no debería faltar mucho. —Y menos aún si recuerdo que he estado tres meses sin ir.

—Voy a estar bien, además, está tu hermana, que estoy seguro de que no me va a dejar ni a sol ni a sombra.

—Vendrá ahora en un ratito. Gracias que conseguí que se fuera a descansar un poco, porque intenté que se quedara en casa todo el día, aprovechando que yo estoy aquí, pero, ya sabes… Es terca como una mula y no ha habido manera de hacerle entrar en razón. —Mi padre se ríe cansado—. Aunque también es cierto que se muere de ganas de verte. No era justo que entrara yo las dos veces.

—Ven aquí, mi niña, dame un *bico*. —Me acurruca en sus brazos.

El encuentro se me hace cortísimo, pero acepto que tiene que descansar y me despido de él. Mañana volveré a verlo en la visita de por la mañana, antes de regresar a Madrid.

En cuanto salgo a la calle, abro un poco la boca para tomar aire. Odio el olor de los hospitales. Cojo mi móvil para llamar a Berta, y justo cuando estoy a punto de marcar, se ilumina la pantalla. Es Iria.

—Estoy llegando al hospital, ¿comemos juntas?

—Vale, aquí te espero.

La verdad es que lo que menos me apetece ahora mismo es volver a entrar ahí, pero, después de la conversación con mi hermana, creo que es lo mejor.

Comemos en la cafetería del hospital y no volvemos a sacar el tema de Rodri, aunque noto en su comportamiento que se siente mal. Intento entender que lo hace por nuestro bien, como ella dice, pero no puedo evitar mostrarme algo fría porque me han dolido sus palabras. ¡Qué sabrá ella lo que siento!

Nos despedimos con un abrazo, no sé si volveremos a vernos antes de que me vaya a Madrid,

y la verdad es que prefiero no coincidir. Sé que lo que siento se me va a pasar, pero también soy consciente de que necesitaré tiempo y distancia. Me conozco.

En cuanto nos separamos, cojo el coche y conduzco hacia mi casa. Estoy deseando ver a mi madre para ver cómo está y si son reales esos avances de los que me habló Iria. Bajo las ventanillas e intento respirar. Estoy bastante agobiada con todo lo que ha pasado y, sin pensarlo, cambio de dirección en cuanto veo el cartel que señaliza aquella playa.

Aparco, me bajo del coche y miro ese banco a lo lejos. Nuestro banco. El lugar donde volvimos a decirnos que nos queríamos. El lugar al que volver siempre.

El mar está embravecido y hace bastante frío. Cojo una cazadora del coche y camino por encima de las tablitas de madera. Me paro más de una vez, tengo miedo de llegar, de volver a sentir, de vivir una y otra vez en esa rueda infinita que gira y gira, pero no llega a ninguna parte. Suspiro. Sigo andando, mirando la belleza del mar fundiéndose con el cielo. Casi no se distingue dónde termina uno y empieza el otro.

Me siento e intento respirar con calma porque estoy muy agobiada. No sé qué hacer. ¿Está todo perdido? ¿Quiero que lo esté? El problema es que no tengo nada claro… Y, ¿si lo tuviera? ¿Cambiaría algo? ¿Buscaría a Rodri y le prometería amor eterno? No, no lo haría. Iria tiene razón… No tiene sentido seguir con esta historia, bueno, en realidad, esto ya terminó. Hace semanas que no sabemos nada el uno del otro, así que, creo que ya está todo decidido. Lo que tengo claro es que, a partir de ahora, tengo que enterarme de alguna forma de cuándo viene él a O Grove para no coincidir porque sé que, si lo veo, voy a volver a dudar, y esto se tiene que terminar.

Creo que es la primera vez en toda mi vida que voy a hacer algo por otra persona porque sé que, si fuera por mí, no me separaría nunca de él. Pero no quiero seguir haciéndole daño. Puede parecer incoherente, pero, por mucho que nos queramos, no podemos estar juntos, de eso no hay duda.

Me levanto y me acerco a la playa a dar un paseo. Me vendrá bien para tranquilizarme. El móvil vuelve a sonar, miro la pantalla convencida de que será Berta y siento como si me cayera por un precipicio. No puede ser, no, por favor. Es que no me puedo creer que mi vida sea tan complicada. Es como si el destino se empeñara en ponerme pruebas una y otra vez. Decido algo y me hace enfrentarme a ello. Con lo fácil que habría sido dejarlo estar…

Rodri. Otra vez Rodri. Me muerdo el labio y niego con la cabeza. Siento un nudo en el estómago y me veo tentada a no contestar. Otra vez, vuelta a lo fácil. Pero no, ¡no! Joder, ¡qué nervios!

—¿Sí? —descuelgo y suelto un hilito de voz.

—Hola, Cris.

Su voz…

—Hola. —Trago saliva para no echarme a llorar.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre? Me enteré de lo que le pasó y quería preguntarte por él.

—Bien… Se va a poner bien.

—Me alegro mucho. —Está serio, pero, a pesar de eso, sigue siendo el mismo Rodri que se preocupa por mí—. Me habría gustado acompañarte, pero estoy de viaje en una convención de surf.

¿Por qué tiene que ser tan bueno?

—No te preocupes.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal en Grecia?

Siento que le cuesta preguntarme por el bendito viaje.

—Bien, fue todo muy bien.

—No esperaba menos.

¿Cómo se puede hablar así con alguien con quien has compartido todo y a quien le entregaste tu mundo entero?

—¿Y tú, dónde estás?

—Estoy en Ericeira, en Portugal. Es una de las cuatro reservas mundiales de surf del mundo, junto con Malibú, Santa Cruz y Manly Beach, en Australia. ¡Es una auténtica pasada! Tiene un oleaje constante. La Praia da Ribeira d´Ilhas está bordeada de acantilados y es famosa por tener uno de los mejores rompientes de arrecife de Europa, acoge una manga del circuito ASP para surfistas profesionales y, con frecuencia, es sede de los campeonatos nacionales de surf de Portugal. Esta mañana estuve también en la Praia dos Coxos. ¡Tiene un rompiente de derechas que forma unos tubos increíbles!

Sonrío al escuchar a Rodri hablar con esa pasión del surf, con esa ilusión de un niño y las ganas de un gigante. Como si fuera capaz de comerse el mundo si lo hiciera encima de una tabla.

—El pueblo es muy bonito, si lo vieras… —Se queda en silencio con su comentario y continúa para restarle importancia—. Es todo blanco y se extiende sobre acantilados de arenisca.

—Me encantaría… —¡Dios mío! Pero ¿qué he dicho? ¡Joder, Cristina! Ya estamos… He pensado en alto.

—Podemos venir un día —propone Rodri, haciendo que todo mi cuerpo se tensione al escuchar esas palabras.

—Sí… —No es buena idea seguir con esta conversación—. Tengo que colgar, que voy a ver a mi madre.

—Vale. —Nota que quiero ponerle fin a la llamada, lo sé. Siempre me ha conocido demasiado bien—. Que te vaya bien…

—Y a ti.

Cuelgo y rompo a llorar. Estoy enfadada, enfadadísima, con él, con el puñetero destino y, sobre todo, conmigo misma. ¡Soy imbécil! No tenía que haber cogido el teléfono. ¿Para qué? Iria tenía razón… Seguro que se ha quedado mal por mi culpa. Otra vez. Otra puñetera vez.

Pero, es que, ¡joder! ¿A qué ha venido eso de ir juntos? Me siento en la arena y cubro mi cara con las manos. Dejo que las lágrimas caigan todo lo rápido que quieran por mis mejillas. Lloro, lloro desconsolada y me siento una auténtica mierda, pero ahora por mí. Porque me duele, me duele muchísimo decirle adiós a la persona que más he querido en toda mi vida.

Voy corriendo al coche, arranco rápido y conduzco sin dejar de sollozar hasta que aparco delante de mi casa. Veo luz en la cocina y siento un poquito de esperanza. Las últimas veces mi madre siempre estaba en el salón. Me seco las lágrimas, recojo el pelo en una coleta alta y salgo hacia casa.

Abro la puerta y entro despacio.

—Mamá —elevo la voz—, soy Cris.

Nada, no contesta nadie. Otra vez no… Ahora no, mamá.

—¿Mamá?

Sigue sin contestar y el mutismo me duele más que cualquier golpe. Me acerco a la cocina y la encuentro preparando un té. Me sorprende muchísimo. A pesar del silencio, de que sigue pareciendo ausente, está haciendo cosas que había dejado aparcadas. Es mi madre, otra vez, ¡lo sé! Me emociono y, aunque me encantaría correr hacia sus brazos, me contengo y camino despacio.

—Hola, mamá —hablo mientras me acerco a ella—. He venido por lo de papá. Ya me dijo

Iria que te contó que se va a recuperar.

Ella no dice nada, me quedo quieta, espero su reacción y, cuando estoy a punto de darme por vencida, se da la vuelta y me mira. En cuanto me ve, su gesto se vuelve serio.

—¿Qué te pasa? —Noto su preocupación.

—Nada, mamá, tranquila, ha sido un día largo…

—¡Ven! —Abre sus brazos y me invita a acercarme a ellos.

El corazón me da un vuelco y las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, pero esta vez son diferentes, son de emoción. Me acerco a ella y me acurruco en sus brazos, noto calor, me vuelvo a sentir como aquella niña que buscaba cobijo en su madre cuando se caía o tenía miedo. Ya no soy aquella pequeña, pero estoy aterrada y tengo la suerte de haber vuelto a encontrar el mejor sitio en el que resguardarme.

AFERRARSE, AUNQUE SEA A UN CLAVO ARDIENDO

Ha pasado una semana desde que volví de Galicia, mi padre ya está en casa recuperándose y parece que todo va volviendo a su cauce. Sigo siendo la persona más feliz del mundo desde que estuve con mi madre. Después de aquel abrazo largo me preguntó de nuevo qué me pasaba, a lo que yo volví a contestar con evasivas, y ella añadió: «todo pasará, todo tiene solución». Recordé aquel dicho que continuaba con «menos la muerte» y me puse un poco tensa porque volvía a Nico… Y me repetí una y mil veces: «tiempo».

Cuando estaba en casa, recibí un mensaje de Adrián preguntándome por mi padre. Sonreí en cuanto vi su nombre en la pantalla porque vino a mi mente aquel encuentro en la discoteca antes de salir pitando a Galicia. Este chico me gusta, me gusta mucho.

Estos días ha seguido escribiéndome y hemos retomado el contacto, incluso podría decir que el tonteo también. Me recuerda a la primera vez, cuando fuimos conociéndonos a través del teléfono.

La historia se repite y ahora va a ser diferente. Quizá la vida lo está poniendo en mi camino de nuevo para dejar de hacerle daño a Rodri.



Al llegar a casa del trabajo, me quito la ropa y me pongo una camiseta gigante para estar cómoda. Ha sido una semana muy larga y necesito descansar, creo que voy a pasar todo el finde viendo series.

Los viernes salimos a las dos, así que, preparo una ensalada rápida y me siento en el sofá con el mando en la mano. Cuando estoy a punto de encender la tele, suena el timbre. No espero a nadie, pero mi vida está siendo tan emocionante los últimos tiempos que igual aparece Bon Jovi al otro lado…

Me levanto, me miro en el espejo que tengo en la entrada y coloco un poco el moño, al que le caen pelos por todos lados. El timbre vuelve a sonar. ¡Madre mía! ¡Qué insistencia! Abro la puerta y casi me caigo del susto. ¿Qué hace aquí? Lo que decía, mi vida nunca había sido tan emocionante.

Adrián está al otro lado de la puerta, vestido con unos vaqueros oscuros, un jersey azul clarito y una cazadora marrón. ¡Está tan guapo como siempre! Y yo siento que me voy a morir cuando recuerdo mis pintas…

—No te esperaba. —Noto que no puedo dejar de sonreír.

Hemos estado hablando esta semana de su viaje a Tenerife y me da la sensación de que ha preferido quedarse para… ¿estar conmigo? Mira que lo comentamos, pero parecían bromas y coqueteos. Jamás hubiera imaginado que podría ser él quien estuviera al otro lado de la puerta.

—Ya ves… —Levanta los hombros y sonríe divertido.

—Pero ¿y tu viaje?

Miro el reloj, la verdad es que no me ha dicho en ningún momento a qué hora es el vuelo, así que, igual me estoy montando una película tremenda creyendo que se va a quedar conmigo y solo viene a despedirse, pero, oye, que también habría sido un detalle por su parte.

—Me aburre un poco.

—¿Y por eso has decidido no ir?

—No. —Se queda callado y me mira con esos ojazos negros que se intuyen entre algunos mechones rebeldes—. Por eso he decidido que vengas conmigo.

—¡Estás loco! —No me puedo creer lo que acaba de decir. ¡Está como una cabra!—. ¡Cómo voy a ir contigo!

—¿Y por qué no?

—Porque no. —A pesar de mi negativa, la idea empieza a pasar por mi cabeza y me resulta de lo más tentadora.

Se queda callado, levanta las cejas y vuelve a sonreír. Sabe que me gusta y conoce su poder de seducción. Lo miro seria. Niego agitando la cabeza sin decir nada. Él asiente, yo vuelvo a negar, él me coge de un brazo rápido y me pone la mano en la espalda, muy cerca del trasero. Nuestras bocas se quedan a escasos centímetros y él vuelve a asentir. Me muerdo el labio, se aproxima, noto su aliento y su mano empujándome hacia él.

—Ven conmigo —sale de su boca en un susurro.

Vuelvo a morderme el labio. Le digo que no con gestos otra vez, me encanta este juego. Me acerca más a él y me besa despacio, noto el calor de sus labios y la tensión que producen en todo mi cuerpo. Me junta más y la mano que sujetaba la maleta rodea mi cintura.

—Vaaale. —Me separo—. Me has convencido.

Corro hacia dentro y él me sigue, cerrando la puerta.

—¡Tienes quince minutos!

Camino a toda velocidad por casa, cojo la maleta y meto ropa de entretiempo. ¡Joder! No tengo aquí la de verano… No me da tiempo a bajar al trastero, así que, abro todos los cajones rogando a Dios encontrar un bikini, hasta que doy con él. ¡Gracias, Cristina del pasado! Esto es una locura, pero me encanta. Estoy muy emocionada, en serio, ¿cómo se le ha podido ocurrir algo así? Me pongo unos vaqueros, una camiseta blanca, una sobre camisa verde militar y las deportivas blancas. Cojo la cazadora de cuero, reviso que tengo todo en el bolso, cierro la maleta y voy a toda prisa al salón.

Veo a Adrián de pie, mirando el móvil mientras me espera. Me acerco a él y me abalanzo, rodeando su cuello con mis brazos. Lo beso con todas las ganas que tengo, que son muchísimas. Él responde y la situación empieza a calentarse.

—Creo que será mejor que nos vayamos… —Freno sus intenciones.

—Sí, será mejor.

Cinco horas después, aterrizamos en el aeropuerto de Tenerife. Cuando llegamos vamos directos al hotel y, en cuanto entramos en la habitación, Adrián me coge en brazos, rodeo su cintura con mis piernas y respondo al deseo que sale de su boca, mientras recorre mis labios, mi cuello y mi pecho con desenfreno. Me deja sobre la cama, noto cómo el colchón se hunde con nuestro peso y le sonrío, mordiéndome el labio, pidiéndole que siga. Me desabrocha la camisa despacio, yo le quito el jersey y la camiseta que lleva debajo y recorro su cuerpo musculado con mis manos. ¡Mi madre! ¡Qué bueno está! Me desprende del resto de ropa y hace lo mismo con la suya, besa todo mi cuerpo y yo juro que podría morir aquí mismo de placer. Creo que nunca, en toda mi vida, había tenido tanta conexión sexual con nadie… Lo noté las primeras veces que quedamos hace meses, lo sentí el día que nos reencontramos, y esta tarde cuando he abierto la puerta de casa. Lo siento en cada jadeo, en cada embestida, no quiero que acabe nunca…

Después de acostarnos tres veces —¡sí!, ¡tres!—, pedimos algo de cenar y pasamos un rato muy agradable charlando en la terraza de la habitación, compartiendo vino, risas y complicidad.

Adrián se levanta para ir al baño y observo su cuerpo, vestido solo con los calzoncillos. ¡Es

guapísimo y tan atractivo! Cojo la copa de vino y miro el horizonte, hace una noche agradable, la brisa marina acaricia mi rostro y agita mi pelo, mientras respiro profundo para inundarme de ese olor. Y me permito pensar en él, solo unos minutos, me lo prometo a mí misma. La brisa y el mar me recuerdan a Rodri. Siguiendo esa oscuridad infinita estará él en algún lugar, cenando, compartiendo risas con amigos, viendo una peli… O, incluso… No, no quiero pensar que esté con otra chica. ¡Cris, para! Me obligo a dejar de seguir con elucubraciones que no me van a llevar a ningún sitio.

Estoy donde tengo que estar. Adrián se ha presentado en mi casa, me ha «obligado» a besos a venir con él a Tenerife. ¡Y me ha encantado! Solo han hecho falta unos cuantos mensajes para lanzarme al vacío. Rodri me prometía tantas cosas… Pero las promesas no valen si no se cumplen. Vio que me alejaba una vez y no hizo nada para recuperarme, solo dejó que me fuera. Sé que no puedo culparlo de eso, pero me ayuda a reafirmarme en mi decisión.

—¿Otra copa? —Adrián vuelve con una botella de vino recién abierta en la mano.

—No.

Me levanto, me acerco a él con decisión y lo beso con desesperación, buscando que el deseo que siento cuando estoy con él rompa con los sentimientos que todavía quedan por Rodri en un huequito profundo de mi corazón. Ahí abajo, casi perdidos, pero que los muy puñeteros se empeñan en volver a salir.

Y me agarro a su espalda, a sus brazos musculados, me aferro a él como a un clavo ardiendo.

LO SÉ, SI ME EXPLOTA EL CORAZÓN

—Pero, bueno, ¿y esa cara? —Berta grita en cuanto me ve entrar en la oficina.

Me río.

—Supongo que responde a tu desaparición del fin de semana.

Sigo callada y sin parar de sonreír, porque juro que no puedo, dejo mi bolso y me quito la cazadora.

—Si no llegas a enviarme el mensaje diciéndome que estabas bien, ya tendrías a media Policía buscándote.

—¡Qué exagerada!

—¿Piensas contarme qué ha pasado o vas a seguir haciéndote la interesante? —Se acerca a mí y se sienta encima de la mesa.

—No es el momento —le digo en voz baja, intentando que ella haga lo mismo, sin dejar de sonreír.

—¡Cris! ¡Pareces una adolescente! ¡Cuéntamelo todo ya!

—¡Deja de gritar, Berta!

—¿Con quién has estado?

Vuelvo a sonreír y ella se pone más nerviosa. Abre mucho los ojos esperando que empiece a hablar.

—He estado en Tenerife.

—¿Qué me dices? —vuelve a levantar la voz.

—Con Adrián.

—¿En serio? —Se pone de pie y hace aspavientos con las manos.

—Cristina, ¿tienes un segundo? —Nuestra jefa aparece y nos coge desprevenidas.

—Sí, estábamos viendo un tema de difusión de redes que le tengo que pasar a Berta. —Me pongo nerviosa.

—Tenemos que ver la propuesta de comunicación interna que comentamos hace unos meses, ¿recuerdas?

—Sí, claro. —¿En serio cree que podría olvidarme de algo así?

—Te espero en cinco minutos en mi despacho.

Busco en el ordenador los documentos que tengo que imprimir para la reunión. Noto que el estómago se me encoge porque pensaba que aquel tema estaba zanjado, y si ahora quieren verlo… ¡Puede ser buena señal!

—Mucha suerte, y tranquila, lo tienes controlado —dice Berta, justo antes de que me vaya.

—Gracias. —Suspiro, nerviosa.

—Y no olvides que tenemos una conversación pendiente, que me muero por saberlo todo. —Separa las dos últimas sílabas haciendo énfasis.

—A la hora de la comida te lo cuento.

Paso por la impresora y cojo los papeles con la presentación que hice hace unos meses. Camino decidida hacia el despacho de la directora prediciendo que van a ser buenas noticias. Cuando llego, cojo aire antes de sujetar el pomo de la puerta. Son de cristal, así que paro unos segundos hasta que ella me indica con la mano que entre. He estado muchas veces en este despacho y nunca había tenido tantísimos nervios como ahora mismo.

¡Venga, Cris! ¡Fuera nervios! Tú puedes con esto y con mucho más. Por un momento, pienso que igual me estoy montando la película y no van a decirme nada importante, y eso me relaja.

—Siéntate. —Refuerza la invitación señalando con la mano una de las sillas de la enorme mesa redonda, que tiene en la parte de la izquierda.

Me siento y coloco los papeles.

—Dame un segundo —dice mientras sigue tecleando en el ordenador.

Es posible que tenga algo importante que hacer, no digo que no, pero también estoy segura de que, si no es así, me va a hacer esperar del mismo modo no vaya a ser que baje un escaloncito en su pódium de señora importante y centro de atención 24/7.

—Ya estoy contigo.

Se levanta y viene hacia mí, no sin antes coger un bolígrafo y un cuaderno. Se sienta y comienza a explicarme la historia de la cadena de supermercados, ¡como si no la supiera ya! Me habla de planes de expansión a otros países, aperturas en España y, por supuesto, contratación de personal. Me explica que desde París quieren hacer un cambio de política de comunicación dentro del plan estratégico que quieren implantar el próximo año, lo que incluye la contratación de más periodistas, responsables de redes sociales, fotógrafos, diseñadores gráficos y técnicos de vídeo.

—Vamos, que quieren que seamos los mejores en comunicación y *marketing*.

—Me parece una noticia estupenda. —Me ilusiona lo que me cuenta.

—Aunque, como en todo, siempre hay un pero.

—Bueno, ¡cómo no! El pero de Cristina, lo podríamos llamar. Bajo los hombros desilusionada.

—Hace tiempo que se percibe cierta sensación de hartazgo entre algunos empleados —ella sigue hablando—, tanto de las oficinas como de los supermercados. —Levanta los ojos de lo que ha estado dibujando en el papel y me mira—. Y aquí es donde entras tú.

A mi pecho se le escapa un soplidito de emoción. ¿Me va a decir lo que creo?

—Dentro del plan estratégico hay un apartado nuevo.

—La comunicación interna.

—Exacto. Quiero que seamos el primer país en implantarlo. Hemos hecho la propuesta. —Qué cachonda la tía, *hemos*, dice en plural… ¡La hice yo y pasaron de ella! Sigue hablando—. El otro día la revisé y, con unos pequeños ajustes —¡Cómo no!— podemos instaurarla en breve. Solo necesito dos cosas.

Asiento con la cabeza un poco molesta porque se adjudique así mi trabajo. No habría estado nada mal hacer algún apunte para reconocer mi esfuerzo. En su línea…

—Lo primero es que me digas cuánta gente necesitaríamos para ese departamento, si es que precisamos más de una persona.

—No, con una sería suficiente.

—Bien. Mejor. Y la segunda es… —Silencio, solo le falta un tambor para hacer el redoble… ¡Lo que le satisface hacerse la interesante!—. ¿Te gustaría ocupar el puesto de directora de comunicación interna en España?

Aunque podía imaginar que iba a proponérmelo, como es lógico, siento una emoción tremendísima con lo que acaba de decirme. No ha mencionado subida de sueldo ni nada por el estilo, pero imagino que va implícito. Aunque, me resulta tan curioso lo de directora de comunicación interna… ¡En esta empresa son la leche! ¿Cómo se puede ser directora de una misma? Me hace gracia, pero evito reírme.

—Por supuesto, el cargo lleva consigo la mejora de condiciones.

Asiento, parece que me ha leído la mente.

—Pero no me digas nada ahora, piénsalo y, cuando lo tengas claro, me das una respuesta.

Podría contestarle ya mismo. ¡Por supuesto que quiero! Presenté una propuesta que trabajé con ideas novedosas y en la que confío cien por cien. Pero ahora es mi momento. ¡Me toca a mí hacerme la interesante!

—Sí, tengo que pensarlo —intento parecer dubitativa.

—¡Hazlo! Pero no demasiado. —Se ríe con esa carcajada sonora que me gusta tan poco.

Salgo del despacho feliz e ilusionada. ¡Por fin la vida me sonríe! Estoy tan contenta ahora mismo… ¡Cómo me gustaría llamar a mi madre para contárselo! Como hacía cada vez que sacaba buena nota en un examen… Un halo de nostalgia y tristeza enturbia mi momento de excitación absoluta. No quiero que sea así. Lo haré; la llamaré y se lo contaré.

Mientras voy a mi sitio, escucho a una compañera que le comenta a otra que los jefes se van a ir a una reunión fuera de la oficina. ¡Cuánto me alegro de escuchar eso! Ahora mismo no puedo concentrarme en trabajar ni loca, y sería el peor momento para no hacer lo que debo.

En cuanto llego a mi sitio miro a Berta, que me observa expectante. Agito mi mano para indicarle que lo que tengo que contarle es muy fuerte. Ella abre los ojos y aprieta los labios. Conozco demasiado a ese bomboncito de chocolate y sé que está haciendo un esfuerzo enorme por no levantarse y venir a mi sitio.

—Los jefes se van en breve, ahora hablamos —le digo en un susurro para que deje de hacerme caritas.

Y así es. A los diez minutos escuchamos que se despiden de las chicas que están en la recepción. No tardo ni un segundo en levantarme de mi sitio e ir al de Berta para contarle todo. Empiezo por lo importante; por la propuesta que me han hecho. Mi amiga se alegra tanto que se levanta de la silla y se abalanza encima de mí a darme un abrazo.

—¡Sabía que lo ibas a conseguir! ¡Eres la mejor!

Pasamos el resto de la mañana sin trabajar nada de nada. Hablamos sin parar de mi fin de semana en Tenerife con Adrián. Le cuento con lujo de detalles todo, desde el momento en el que se presentó en mi casa el viernes, hasta que nos despedimos en el aeropuerto para coger un taxi que nos devolviera a nuestras respectivas casas.

—¿Y ahora qué?

—No quedamos en nada. Y la verdad es que no me escribió ayer por la noche ni tampoco lo ha hecho hoy…

Con la emoción de la reunión no he podido mirar el móvil desde que llegué a trabajar. Lo cojo del bolso y nada, no hay nada… ¿Es posible que me esté sintiendo un poquito imbécil? Esta mañana ya me quedé un poco chafada al ver que no tenía ningún mensaje suyo cuando me desperté.

—Quizá me estoy montando la película de mi vida, ¿verdad?

—¡No! Vamos a ver, Cris. —Hace una pausa y se coloca sus rizos, un gesto muy habitual en ella cuando se pone nerviosa—. Habéis pasado un finde de película. No puede desaparecer sin más, eso está claro. Pero también tenemos que darle tiempo, no han pasado ni veinticuatro horas desde que os visteis.

Asiento, intentando convencerme de que es normal, a pesar de que sé que no lo voy a conseguir.

—Pero hay una cosa que sí me preocupa —dice poniéndose seria.

—¿El qué?

—¿Dónde está mi amiga? ¿Qué has hecho con mi Cris? —Se parte de risa—. ¿Tú no ibas a ser la de siempre y te ibas a olvidar de compromisos?

—Ya… La verdad es que sí…

—A ver, vamos a centrarnos, Cris, ¿este chico te gusta de verdad?

—Es que no sabes la conexión que tenemos.

—¿En la cama?

—Sí… —Intuyo a lo que se refiere con esa pregunta—. ¡Y fuera de ella! Nos entendemos genial, es como… —Me callo de inmediato, no quiero pronunciar las palabras que pasan por mi mente.

—Un *follamigo* de libro, vamos…

¿Para qué quieres torturarte la cabeza sola si ya tienes una amiga que lo hace por ti? Me nota agobiada.

—Cris, deja de planteártelo todo. Quizá ese es tu problema: le das mil vueltas a las cosas, lo analizas al detalle, pero, luego, haces lo primero que se te pasa por la cabeza. Ya que lo vas a hacer igual, deja de pensar todo tanto. Si estás a gusto con él, sigue con él. Ya está. El resto, sea mejor o peor, vendrá solo.

—La verdad es que sí. ¡Total! ¿Para qué tanto pensar si la vida se empeña en complicarme la existencia?

—¿Te explota el corazón? —Hace la pregunta maldita.

Repite la frase que le dije al poco de conocernos cuando hablábamos de lo que era el amor para nosotras. Sé lo que es sentirlo y mi manera de expresarlo en palabras es esa.

Niego con la cabeza despacio.

—Vamos, anda… Vamos a comer, que veo que te estás agobiando.

Cogemos las chaquetas y los bolsos y bajamos por las escaleras, charlando sobre qué sitio vamos a elegir para comer: bocadillo de calamares, menú del día o sushi. Hoy me toca decidir a mí. Lo que más me apetece es el menú del día por el postre, pero tenemos solo una hora y vamos muy justas.

—Yo creo que es mejor… —Miro a Berta y veo que su cara parece un cuadro. Todo pasa en décimas de segundo: primero abre los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas, después sonríe sin que uno solo de sus dientes hiperblancos quede escondido y, para terminar con sus aspavientos, agita la mano saludando con efusividad a alguien que está fuera.

Giro la cara y abro los ojos más que los de Berta. ¿Y esta sorpresa? Adrián me espera en la acera de enfrente, moviendo también su mano para responder al saludo de mi amiga. Sonríe, también dejando esos dientes impolutos y sonrisa preciosa a la vista.

—Pues, oye, a este paso, igual te termina explotando… —dice Berta mientras salimos hacia la puerta.

LA MALDITA PALABRA

—¿Qué haces aquí? —Me acerco a él.

Levanta los hombros y abre los brazos invitándome a un abrazo. Me aproximo y le doy un beso rápido en los labios, un poco obligada, la verdad, porque me incomoda esta situación. No es de mi agrado que pueda verme alguien del trabajo en esta actitud con él. Ni con él, ni con nadie, si soy sincera.

—¿Nos vamos? —le digo nerviosa.

—¿Qué te apetece comer?

Está tan feliz y no nota que la sorpresa me ha dejado un poco descolocada.

—Tengo solo una hora, no sé si nos dará tiempo a mucho. ¿Un bocadillo de calamares?

—Conozco el mejor sitio de calamares de todo Madrid y está aquí al lado. —Está muy ilusionado.

—Pues no hay más que hablar.

En cuanto empezamos a andar, noto que se va acercando cada vez más a mí hasta darme la mano. Cuando la tiene en la suya, me mira, me sonríe y se acerca a darme un beso en los labios que enciende todo mi cuerpo.

—Creo que debemos ir a comer. —Freno su impulso.

—Sí, yo también lo creo. —Se ríe travieso.

Andamos rápido y, en tan solo cinco minutos, llegamos a un bar de los de toda la vida. Tiene las paredes y la barra de madera, los taburetes son negros, como de forja, y hay un montón de fotos de toros y toreros en las paredes. ¡Qué barbaridad! Me horroriza este sitio.

—¿Qué pasa, Cris? —Adrián nota que estoy incómoda.

—No me gusta nada este sitio, no voy a darle dinero a este tipo de personas.

—¡Venga! Si no pasa nada… Es un bocadillo.

—Que no, que no les pienso dar ni un euro y tampoco voy a pasar más tiempo aquí. Siento que se me van a salir las tripas por la boca de ver esas matanzas ahí expuestas.

—Pago yo, no vas a tener que darles nada.

—Que no, Adrián, que paso.

Salgo cabreada de ese sitio tan horrible, no me ha gustado nada de nada que no entienda que me siento incomodísima en un lugar así. Camino un poco por la acera, no quiero ni estar delante de la puerta. Al momento, noto que viene detrás de mí.

—Vale, olvidémoslo, ¿de acuerdo?

Suspiro, aprieto mis labios y vuelvo a suspirar.

—Vale. —Alargo la primera vocal aceptando. No quiero que ese sitio estropee nuestra cita porque, a pesar de que me ha incomodado un poco encontrarlo en frente de mi trabajo, me parece un detalle que debo tener en cuenta.

—¿Conoces algún bar tú?

—Nosotras solemos ir a…

El sonido del teléfono me interrumpe. Miro la pantalla y veo que es Berta. ¡Qué raro! Sabiendo que estoy con Adrián…

—Dime.

—Buenas noticias, no estoy en altavoz, ¿verdad? —Me hace mucha gracia porque pregunta mucho eso, ha tenido malas experiencias y ahora es hipermegacuidadosa.

—No, tranquila.

—¿Qué te parecería pasar la tarde entera con tu buenorro? Bueno, quien dice la tarde… Dice

la noche.

—¿Por?

—Me acaban de llamar del trabajo, no funciona el servidor y no podemos ni conectarnos a la red porque parece que ha habido un ataque. Así que, le doy la tarde libre, señorita. —Berta está feliz.

—Horas que tendré que recuperar…

—Bueno, ¡no pienses en eso ahora! Disfruta de tu —hace un silencio y a continuación intuyo una sonrisita— bocadillo de calamares.

Si ella supiera…

—Parece ser que no tengo que volver al trabajo.

—Pues, parece ser, que yo también puedo tomarme la tarde libre.

Y así lo hace. Lo que pasa es que no sé muy bien qué es para él ese concepto, porque mira el móvil unas doscientas veces por minuto, disculpándose, diciéndome que es por trabajo.

Al final, decidimos ir al parque del Retiro, compramos comida india para llevar y, al llegar, nos sentamos en un banco. Sería buena idea lo del césped, pero hace un poco de frío. No sé qué me está pasando, pero hoy no me siento al cien por cien con él.

Estoy un poco confundida con toda esta situación porque percibo que Adrián está intentando que seamos una pareja «normal», con eso de ir a buscarme al trabajo, pasear dados de la mano por El Retiro, charlar de nuestro día…

—¿Cómo te ha dado por venir a buscarme?

—Tenía ganas de verte.

Se acerca a mí y me besa despacio, deteniéndose en cada milímetro de mis labios. Recorre mi boca con su lengua mientras me acaricia el cuello con las manos. Respondo acercándome más a él, sin dejar de besarlo, sin dejar de sentir esa conexión, esas ganas de más.

—Me estás matando —susurra en mi oído.

Me levanto del banco, cojo su mano y tiro del brazo. Sé que vive cerca de aquí, así que, camino veloz hacia su casa. En cuanto salimos del parque y ve la dirección que cojo, él también sabe a dónde vamos y agiliza el paso.

Al llegar a su casa, cierra la puerta con el pie sin dejar de besarme, me apoya contra la pared y me quita la ropa rápido. Yo hago lo mismo con él; le desabrocho los pantalones y recorro con mis manos todo su cuerpo desnudo, me encanta tocar esos músculos, esas líneas perfectas en su torso... Apoyada contra la pared, me deja en ropa interior, mientras besa con desesperación mis pechos y yo siento que voy a morir de placer.

Alza mi trasero con sus brazos y yo rodeo su cintura con las piernas. Me besa el cuello, mientras camina conmigo encima hacia la habitación. Estamos excitadísimos. Al llegar, me apoya en la cama y termina de desvestirme. Le quito los calzoncillos y me recreo ante lo que tengo delante. Ese David de Miguel Ángel convertido en ser humano de carne y hueso.

Vuelve a besarme, a acariciarme, a sentirme, a hacerme tocar el cielo con la punta de cada uno de mis dedos. ¡Mi madre! ¡Es brutal!

Es lo que ha sido siempre con él. Una conexión increíble, una atracción descomunal, un buen rollo alucinante. El mejor… *follamigo* del mundo.

La maldita palabra empieza a pasar una y otra vez por mi cabeza y, en cuanto terminamos, me siento tan mal que me despido de él para ir a mi casa. No puedo seguir aquí.

—Pero ¿estás bien? —No entiende mi reacción.

—Sí, sí. Pero prefiero irme a casa a descansar.

Me acerco a él y le doy un beso lento, suave, con cariño. Es un chico estupendo y podría

haber sido un novio tremendamente guay. Mi futuro marido de película romántica.

Pero no, no lo noto, no explota…

—Nos vemos. —Le acaricio la mejilla con dulzura, consciente de que es posible que haya sido nuestro último beso.

—Te llamo —me dice cuando ya salgo por la puerta.

En cuanto llego a casa, voy a la nevera y cojo una botella de vino bien fría. Me sirvo una copa, me dejo caer en el sofá y abrazo a Yeyé. Necesito pensar. Repaso el día y me doy cuenta de que no le he contado a Adrián lo del puesto que me han ofrecido en el trabajo. Dejo caer mis párpados y me muerdo el labio…

Recuerdo esos paseos de la mano por la calle, siempre me ha parecido algo tan íntimo, una especie de burbujita entre dos. Y a mí me ha costado varias veces ese gesto.

Vuelven a mi cabeza aquellos abuelitos que vimos delante de nosotros, también dados de la mano, y comentamos que eran adorables. En aquel momento no lo pensé, pero ahora lo tengo clarísimo. No es esa mano.

Me levanto del sofá como si tuviera un pincho en el trasero. Cojo las llaves y salgo rápido de casa dando un portazo. Al llegar al portal, miro a ambos lados, ya es de noche, suspiro y echo a correr.

Siento el corazón a mil por hora golpeando mi pecho. Corro. Sigo corriendo sin parar. Necesito llegar rápido.

UN QUIZÁS PARA SIEMPRE

En cuanto llego al portal, lo encuentro abierto, así que, subo veloz las escaleras y me coloco delante de la puerta de la que acabo de salir hace un rato. Llamo al timbre varias veces. Mi pecho sube y baja a toda velocidad, intentando recuperar el aire que he perdido con la carrera. Parece que no hay nadie al otro lado. ¿En serio ha salido ahora? Vuelvo a tocar el timbre con insistencia y abro la boca un poco para coger aire.

Por fin, escucho pasos al otro lado.

—¿Qué haces aquí otra vez? —se sorprende Adrián en cuanto abre la puerta.

—No podía esperar para hablar contigo. Lo siento. —Bajo los hombros.

Él no dice nada, pero en su mirada veo que sabe a lo que me refiero. Sin embargo, necesita una explicación como Dios manda, por eso he venido. Ya lo he hecho mal demasiadas veces.

—Tú y yo juntos somos la definición perfecta de conexión —empiezo a hablar—. Lo fuimos y lo hemos vuelto a ser este fin de semana en Tenerife. Tenemos un buen rollo alucinante, me gustó sentir que te conocía desde siempre solo con unos mensajes. Por eso, creo que podríamos ser los mejores amigos del mundo. —Intenta hablar, pero no le dejo—. Claro, si no existiera esa conexión… Así es imposible.

—¿Y esto lo has pensado de camino a tu casa? —Su tono y gesto dejan ver que está molesto.

—Sí, contigo era diferente, dejaste de ser una opción de una noche para convertirte en un quizás para siempre, pero no hay amor… Y, sin amor, nada vale.

—¿Pasas y hablamos dentro?

—No. —Niego con la cabeza—. Cuando me fui a Grecia, no fue por trabajo. Me fui porque estaba enamorada de otra persona. Bueno, en realidad, lo sigo estando, creo que lo estaré toda la vida. Y, ¿sabes? Ni siquiera creo que lo nuestro sea posible, pero si hubiera una mínima posibilidad de que exista la persona con la que pueda pasar el resto de mi vida, solo podría ser él. Porque no solo hace que mi corazón explote cada vez que lo tengo cerca, sino que me completa, sumamos. Hace tiempo nos descubrimos y creo que solo podríamos ser juntos.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —Está confundido.

—No lo sé. —Levanto los hombros—. Supongo que quiero ser honesta contigo. Me pareces un chico estupendo y creo que te debo una explicación real de lo que pasa.

Por un momento, veo que suaviza un poco el gesto.

—Me jode, me jode mucho. Quería intentarlo. —Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Lo sé, me he dado cuenta esta tarde. Cuando nos conocimos era genial porque era ese principio, en Tenerife fue increíble porque era algo excepcional, pero hoy no ha sido así, no en nuestra vida real. En nuestro día a día no funcionaríamos. Lo sé.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? ¿Darte las gracias?

—No…

—Que te vaya bien, Cris. —Deja caer los ojos resignado.

—A ti también, Adri.

ALAS

Algo ha hecho clic en mí. No sé qué ha sido, pero me siento una persona diferente. Aquella Cris que salió de Galicia con ganas de comerse el mundo y vivir sin miedos ni preocupaciones se ha ido quedando por el camino. O, quizá, esa no fue nunca la Cris de verdad; solo la que necesitaba escapar.

Ahora lo veo todo de otra forma. Absolutamente todo. Primero: Madrid, me encanta esta ciudad, la vida a toda prisa, los planes, la gente de un lado para otro… Pero le falta hogar. Le sobra movimiento y le falta quietud, calma, cubrir esa necesidad imperiosa de poder parar.

Segundo: el trabajo. Mi querido y deseado trabajo. Las ganas de crecer y conseguir un puesto de esos en los que tienes que vestir todos los días con americanas y tacones. Ahora me agobia. Lo de la americana me gusta, pero prefiero cambiar los tacones por las Converse. Le puse tanto empeño a la propuesta de comunicación interna…, tenía un montón de planes e ideas que ahora me ahogan. ¿En realidad quiero algo así en mi vida? Creo que no, pero me da miedo incluso verbalizarlo.

Y tercero: el amor. Para mí nunca ha sido algo primordial. He disfrutado de la vida como me ha dado la gana, me lo he pasado bien y nunca he querido comprometerme. Con los años, me he dado cuenta de que, quizá, yo misma también hui de Rodri cuando me fui de Galicia. Él era lo único que, en aquel momento, me ataba allí porque era mi tabla de salvación, y me dio miedo depender tanto de alguien. Ya por aquel entonces me aterraban los compromisos. Siempre me creí por encima de todo eso. Y ahora echo tanto de menos esa mano a mi lado…

Ahora, ahora, ahora, antes, antes, antes. Repito tanto esas palabras… Mi cabeza está hecha un lío. Toda yo soy un completo lío, soy consciente de ello. O lo era.

Ese clic también me ha hecho darme cuenta de que una cosa es lo que quieres creer, y otra, lo que piensas de verdad; una es lo que te obligas a sentir, y otra, lo que te agita desde dentro. Y debo admitir que ha llegado el momento de dejar de esconderme, de reconocer que mi casa no está aquí, mi trabajo no es este y el amor sí existe.



Termino de maquillarme mientras me miro en el espejo observando la expresión de mi cara. Hace mucho tiempo que no me encontraba con tanta serenidad. Todos mis planes se vienen abajo, mi mundo se pone patas arriba y, sin embargo, me siento bien porque sé lo que quiero de verdad.

Me doy un último vistazo en el espejo. He quedado con algunos compañeros del trabajo para celebrar la jubilación de uno de ellos. Vamos a ir de cervezas, así que he elegido unos pantalones tejanos, un body negro ajustado con transparencias y unos botines de tacón, también negros. Completo el *look* con una cazadora de cuero negra y, justo antes de salir, vuelvo a peinarme el pelo, que llevo suelto, y me pinto los labios de rojo.

Cojo el móvil y miro la pantalla. Suspiro. ¿Para qué? Me quedo pensativa unos minutos recordando aquellas palabras de mi madre cuando nos vimos la última vez. Me muerdo el labio dudando y, al final, desbloqueo el teléfono. Busco su número justo después de volver a suspirar y pulso el botón de llamar. Un tono, dos, nervios en mi estómago; tres, comienzo a andar inquieta por el pasillo; cuatro, el contestador y, al instante, mi decepción. Aprieto los labios frustrada.

Cojo el bolso y salgo de casa. A ver si consigo desconectar en la fiesta…

Al llegar al bar, encuentro a Berta en la puerta hablando por el móvil. Va vestida con un pantalón beige, una camiseta negra de manga larga y un chaleco largo, también beige. Superestilosa, como siempre. En cuanto me ve, levanta la mano para pedirme que espere.

—¿Y esa cara? —suelta en cuanto cuelga el teléfono.

—¿Qué cara?

—Cris, nos conocemos.

—Estoy bien.

—Cris…

—Estoy bien.

—Han pasado ya dos semanas desde que lo dejaste con Adrián. Creía que lo tenías olvidado.

—No es por Adrián, y tampoco dejé nada porque no teníamos nada.

—Bueno, lo que fuera que pensarais tener.

—No es por él.

—¿Entonces?

—Nada, déjalo. Vamos a tomar unas cervezas, que será lo mejor.

Berta no insiste más. Me conoce y sabe que, si no me pongo a hablar por mí misma, lo que necesito es desconectar.

Entramos y saludamos al resto de compañeros. Por supuesto, también está Matteo. No nos vemos en nuestro día a día porque yo no suelo bajar al supermercado y él no sube a la oficina. Está muy guapo, tanto como siempre, con ese toque de conquistador que le caracteriza. Me sonríe desde lejos y yo le devuelvo el saludo de la misma forma. Parece que hemos dejado atrás aquel pequeño desencuentro que tuvimos.

Pasamos la noche de un bar a otro, tomando cervezas y comiendo tapas. El alcohol se va subiendo a las cabezas y las lenguas se van soltando. Yo intento contenerme porque soy consciente de que estamos con compañeros de trabajo y mañana nos volveremos a encontrar todos en un ambiente nada parecido a este. No es propio de mí guardar tantísima compostura, pero tampoco consigo pasármelo bien del todo. Es gente más o menos maja, pero ahora que los veo a todos por aquí a mi alrededor me doy cuenta de que, a excepción de Berta, por supuesto, no he conseguido conectar con nadie. Después de tantos años trabajando aquí… Pero eso no me ocurre solo a mí.

Por poner un pequeño ejemplo, en el Departamento de Comunicación no hay una sola persona que no se lleve mal con otra o que haya tenido algún problema. Y soy consciente de que no es algo exclusivo de nuestro departamento. Cosa que me parece muy triste. De verdad, qué lejos me encuentro de todo esto…

—Hola.

Un chico rubio de ojazos azules se acerca a saludarme.

—Hola.

—Creo que no nos han presentado.

—No. —Es la primera vez en mi vida que lo veo, aunque, por lo que dice, debe ser compañero.

—Soy Iván. —Se acerca a mí y me planta dos besos en la mejilla, pero acercándose peligrosamente a mi boca.

Me quedo parada porque no tengo ni idea de quién es y a qué viene tanto «amiguismo».

—Acabo de empezar a trabajar en el Departamento de Calidad.

—Bienvenido.

—Gracias. —Sonríe. Es muy guapo—. ¿Y tú?

—Soy Cris.

—¿Y te apetecería tomar una copa, Cris? Para conocernos más.

Confirmado. Este tío está ligando conmigo con descaro. Y está muy bueno, es muy guapo y a mí… Qué va… Cero ganas. Me quedo callada, lo miro y agito mi cabeza de un lado a otro.

—¿Eso es un no? —se sorprende. Parece que no está acostumbrado.

—Sí.

—¡Ya me parecía! —Se acerca a mí y me quita un mechón de la cara.

—Que sí es un no —contesto cortante—. Me espera una compañera —añado suavizando el tono. Si tenemos que trabajar juntos, será lo mejor.

—De acuerdo, estaré por aquí de todas formas, por si quieres tomar esa copa después.

Me doy la vuelta y me voy a buscar a Berta.

—Me voy a casa.

—¿Qué dices? —Está algo achispada y levanta la voz más de la cuenta.

—Que me voy a casa. —Elevo el tono yo también.

—Ya, ya te he escuchado, pero ¿por qué?

—Me ha bajado la regla y me duele un montón la tripa.

—Pobre —contesta alargando la última vocal—. Descansa.

Me da un beso. Le digo esa mentirijilla piadosa porque no está para aguantar mis rollos ahora. Sé que, si se entera de que estoy mal, va a venir conmigo y no quiero estropearle la fiesta.

Me despido del resto de compañeros, sobre todo del que se jubila, y obvio decirle nada a Iván. La Cris del pasado habría aprovechado la noche para emborracharse, reír, bailar y terminar en la cama con ese buenorro. Y lo he intentado, por lo menos lo de emborracharme y pasármelo bien, pero ni eso he conseguido.

Salgo del bar y pongo rumbo a casa. Es la una y todavía hay bastante gente por la calle, así que puedo ir dando un paseo. Hace un poco de fresquito, pero agradezco ese airecillo en la cara.

De pronto, noto unos pasos detrás de mí que corren para alcanzarme. Al colocarse a mi lado, me giro asustada.

—¡Joder! ¡Menudo susto me has dado!

Matteo camina junto a mí.

—Lo siento. No era mi intención —se disculpa mientras andamos unos metros en silencio—. Te vas pronto.

—Tú también.

—Digamos que no estoy para fiestas —responde con voz triste.

—¿Ha pasado algo?

—Si yo te contara…

—Puedes hacerlo y así me acompañas a casa. —Se para en seco y me mira levantando la ceja —. No, olvídate. No te estoy proponiendo nada, solo es que me da un poco de miedo ir sola.

—Me alegra saber eso. —A este chico no se le va a quitar nunca ese acento italiano tan marcado—. Porque… no podría pasar nada.

—¿Y eso? —Me hace gracia cómo lo dice.

—Creo que me he enamorado —habla muy serio. ¡Qué simpático es, por favor!

—Pero, bueno, ¿y qué hay de malo en eso? ¡Menuda cara! Parece que acabaras de contarme que ha fallecido un familiar.

—Para mí es muy serio. —Sigue con su rictus estirado.

Aprieto los labios para no reírme. De verdad que me está pareciendo muy cómico y a la vez adorable.

—¿Tú sabes lo que significa eso? —levanta el tono de voz.

—Puedo hacerme una idea…

—Me da *paura* —dice la palabra miedo en italiano, ya me dijo un día que cuando se agobia le cuesta más hablar español.

—¿Por qué?

—Porque ella me ama igual que yo, y eso es muy fuerte.

—Pero ¿dónde está el problema, Matteo?

—Tú eres como yo, creo que me puedes entender.

—Bueno… Te entiendo o te entendía. —Me hace gracia que los dos nos encontremos en un punto tan parecido. Esos mismos dos que practicaron sexo en un parque al poco de conocerse—. Pero ¿sabes qué? Creo que estábamos equivocados. El amor no duele, ni ata. El amor da alas.

—Así me siento con ella… Es la mujer más bonita que he visto en mi vida. —Pongo los brazos en jarra y aparento estar molesta por su comentario—. Tú también lo eres.

—¡Era broma!

—Pero ella es… especial.

Ni me escucha, está en una nube.

—¿Y es fácil?

—No entiendo…

—Que si es fácil que estéis juntos. ¿Ella está lejos o hay algún impedimento?

—¡Qué va! Solo mi mala cabeza.

—Pues búscala y no pierdas la oportunidad.

—¿Y si sale mal?

—Te llevarás haberlo vivido.

A mí eso siempre me ha quedado, aunque ahora me esté matando.

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

Al haber vivido en el mismo sitio, y más siendo un lugar como O Grove, Rodri conocía a mis padres y yo a los suyos, ambos sabían que salíamos como algo más que amigos, pero, hasta el momento, no había tenido lugar la presentación oficial. Fue la primera Navidad que pasamos juntos y lo recuerdo como si fuera ahora mismo.

Era el día de Nochevieja. Teníamos por costumbre salir a tomar el aperitivo con nuestro grupo de amigos, aperitivo que solía alargarse hasta la cena. Me encantaba aquel ambiente festivo que predecía a esas noches de fin de año únicas. Balance del año que se iba y propósitos e ilusiones para el que llegaba. Eché la vista atrás y recordé algunos momentos de esos trescientos sesenta y cinco días que quedaban atrás: la primera vez que nos vimos, la primera que hablamos, nuestro primer beso en la noria, aquel te quiero tímido, la primera vez que nos cogimos de la mano y la que hicimos el amor. Solo habían pasado unos meses desde que nos conocíamos y yo tenía claro que había sido el mejor año de toda mi vida. Volvería a repetirlo siempre.

Después de estar toda la tarde con nuestros amigos, Rodri me acompañó a casa. Cuando llegamos a la puerta, se quedó fuera y me cogió de la cintura acercándome a él. Me daba cosa que nos vieran en actitud tan cariñosa.

—¡Rodri!

—¿Qué? —Estaba un poco achispadillo y le daba igual que nos pillaran mis padres.

—¡Que nos van a ver!

—¿Qué más da? De hecho, voy a llamar al timbre ahora mismo para saludarlos. —Estaba lanzadísimo.

—¡Estás loco! —Empecé a reír a carcajadas porque, ingenua de mí, creía que bromeaba.

—No… —Se acercó a mi oído y me susurró—: Voy a casarme contigo.

—¡Qué dices! —Seguí riéndome, me encantaba. Rodri me hacía feliz siempre. Eso era lo que más me gustaba de él.

—Te juro que me voy a casar contigo. —Me miró a los ojos y pasó sus manos por detrás de mi cuello.

—¿Mi opinión no cuenta nada?

—Sé que me dirás que sí.

Y me besó, me besó como se besa cuando sellas una promesa en la que confías a ciegas. Me acarició la mejilla lento, mientras seguía saboreando mis labios. Y yo… Pues bueno, estábamos delante de mi casa y podían salir mis padres en cualquier momento, pero, si nos íbamos a casar…

Rodri paró en seco el beso y, ante mi sorpresa, me dijo que iba a llamar para desearle feliz año a mis padres. De verdad que estaba convencido de hacerlo. Yo seguía riendo sin parar, creyendo que no se atrevería, pero claro que lo hizo. Subió las escaleritas que llevaban al porche y, cien por cien decidido, llamó al timbre. Yo me quedé abajo. Me estaba dando un microinfarto y no me atrevía a subir.

Mi padre abrió la puerta y sonrió al verlo. Eso me gustó, me gustó muchísimo. Le invitó a pasar y a mí no me quedó otra más que ir detrás. Estuvo con nosotros alrededor de una hora. Yo estaba nerviosísima porque lo conocía y me daba miedo que se le notara que estaba un poco achispado. ¡Menuda impresión se iban a llevar mis padres! Pero nada que ver. Parecía pez en el agua manejando la situación de yerno perfecto.

—Veinte años llevamos casados. —Mi padre le contó que quedaba una semana para su aniversario y que iban a ir de viaje a Menorca, sitio en el que Rodri había estado, para intentar

mejorar esa desgana que se había hecho hueco en su matrimonio.

—¡Veinte años! —repitió él. Me miró y me guiñó un ojo.

—Y volvería a casarme con él todos los días de mi vida —añadió mi madre con un gesto cariñoso dándole la mano.

Parecía que las cosas iban recomponiéndose, por lo menos, estaban poniendo de su parte. Eso quería yo. Casarme con Rodri y volver a hacerlo cada día.

Después de cenar, mi padre me llevó a su casa porque Rodri quería aprovechar para presentarme también a los suyos. Así fue. Aparecí a la una de la mañana, con mi vestido negro palabra de honor por encima de las rodillas y unos tacones no muy altos.

Fueron muy agradables conmigo. Su madre me dijo que ya era hora de conocerme y el padre me invitó a salir de ruta por la montaña un día con ellos. Me encantó formar parte de la que, de alguna forma, también era mi familia. Así lo sentí.

Creo que fue la Nochevieja más especial de toda mi vida. Recuerdo aquellos brindis, los aperitivos, el plato principal, las bandejas llenas de turrones, las uvas a toda velocidad con carcajadas incluidas y todos los besos que vinieron después para felicitar el año que llegaba. Estaba en el mejor lugar del mundo. Tanto en mi casa, como en la de Rodri.

Eso es lo importante en la vida, las personas que están a tu lado, esas que forman pedacitos de ti.

Y eso es lo que quiero. Quiero mi café calentito por las mañanas antes de salir a la calle y sentir ese olor a verde, mezclado con leña quemada y tierra mojada. Quiero noches en el sofá de casa viendo la televisión, tapada con una mantita. Quiero mirar el mar, mirarlo a él haciendo surf. Quiero tener a mis padres cerca para poder abrazarlos y decirles que los quiero. Quiero Nocheviejas rodeada de mi familia. Quiero a alguien a mi lado con quien quiera casarme todos los días de mi vida.

Me levanto del sofá, en el que llevo dos horas sentada dándole vueltas a la cabeza, y cojo el teléfono para llamar a Berta, pero cuando estoy a punto de marcar, se enciende la luz y el corazón se me encoge al ver su nombre en la pantalla. ¿Cómo es posible? Me apresuro a descolgar.

—¿Mamá? —Casi me da hasta miedo pronunciarlo.

—Hija. —Escucho su voz más animada.

—¿Cómo estás, mamá? —No puedo evitar que una lágrima de emoción caiga por mi mejilla.

—Bien. —Hace una pausa—. Mejor. Vi tu llamada, había salido a comprar unas cosas y luego… Bueno, no he encontrado el momento.

Supongo que se justifica porque ya han pasado dos semanas de aquello.

—No te preocupes. —¿En serio había salido a comprar? ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué tal estás?

—Bien, te llamé para contarte que me han ofrecido un puesto muy bueno en el trabajo.

—Me alegro mucho.

Todavía sigue un poco «lejos», pero esta llamada es un avance grandísimo. En el pasado se habría puesto como loca, habría empezado a dar gritos de emoción y a hacerme preguntas sin parar.

—Y no sé qué hacer…

—Bueno, seguro que tomarás la mejor decisión. ¿Es en Madrid? —Noto que hace la pregunta con miedo.

—Sí.

—Bueno, bien. —Intuyo la decepción en su tono. Y otro clic vuelve a activarme.

—Mamá, ¿te gustaría que volviera a Galicia?

—Te echo de menos, Cristina. Os echo de menos a todos…

Percibo que está llorando. Nico estará pasando por su cabeza todo el tiempo.

—Yo también, mamá…

—Pero, si tu sitio está ahí, coge ese trabajo.

Pero no. Mi sitio no está aquí. Intento hablar un poquito más con ella, pero veo que le cuesta. No me pone triste, hoy ha sido uno de los días más felices de toda mi vida y me siento eufórica. Mi madre está volviendo y sé que, aunque nunca será la misma, recuperará un poquito de su esencia.

En cuanto cuelgo el teléfono, voy al baño a lavarme la cara. Tengo los ojos manchados alrededor de rímel y mi aspecto es pésimo. Llevo toda la tarde en casa, retrasando lo que hace días sé que pasará.

—¡Berta! —Cojo el móvil para llamarla.

—¡Cris! ¿Qué tal?

—Me voy.

—¿Cómo que te vas?

—Me voy a Galicia.

—Lo sabía.

—¿Cómo que lo sabías?

—Dame cinco minutos.

Diez minutos más tarde, suena el timbre de casa. Sé que es mi amiga. Nada más abrir, me sonríe y abre los brazos. Yo me abalanzo sobre ellos y la aprieto fuerte contra mi pecho. ¡Cuánto necesitaba esto!

—Estaba aquí al lado.

—Gracias por venir. —Pasamos dentro y nos sentamos en el sofá—. ¿Por qué dices que sabías que me iba a ir?

—Siempre lo he pensado… No sé decirte el motivo exacto, pero me daba esa impresión y, en las últimas semanas, más. Allí está tu tierra, tu familia y él. —Hace una pausa y me mira a los ojos con cariño—. Nunca has dejado de quererlo. ¡Quién me iba a decir eso hace unos años! Te comías el mundo y vivías cada momento sin pensar en las consecuencias, pero llegaste hablándome de él y te vas haciendo lo mismo. No lo vuelvas a perder, Cris.

—Ni siquiera creo que quiera estar conmigo…

—¡Pues tendrás que currártelo!

—Es que Rodri es… ¡Ni lo sé explicar! Viví la historia de amor más bonita del mundo con él, volvió pasados los años y me removió como solo él sabe hacerlo. Me hace sentir algo tan especial, Berta… Me completa, le da calma a mi locura. Le da serenidad a mi vida. Desde que volvimos a vernos no he podido dejar de pensar ni un solo día en él. Sé que por muchos hombres que conociera, por mucho que me gustaran, nadie va a ser como él.

—Él no es uno más… Es Rodri —dice ella, repitiendo esas palabras que le he dicho tantas veces.

MI SITIO

Siempre quise irme y, en el fondo, lo que necesitaba era volver. No hui de mi tierra, escapé de mi vida, de las penas y del miedo a no ser feliz. Escapé de él, de nosotros. Pensé que necesitaba volar y no era consciente de que mi sitio era él. Es él.

Ha pasado un mes y medio desde aquella conversación con Berta. Llevaba tantos días dándole vueltas a la idea en la cabeza que hasta me costaba decirlo en alto. No sé si fue la conversación con mi madre, pero sentí que quería volver y, sobre todo, buscar a Rodri, pedirle perdón, decirle lo que siento y que, si me manda a la mierda, nunca me quede el no haberlo intentado.

A la mañana siguiente, llegué al trabajo decidida a hablar con la directora. Así lo hice, entré con nostalgia, sabiendo que me quedaban pocos días allí, pero con euforia, orgullosa de mí misma y convencida de la decisión que había tomado. Se sorprendió muchísimo, alabó mi trabajo, intentó que reconsiderara la oferta, incluso con mejora de condiciones. ¡A buenas horas valoramos el trabajo! Tarde. Súper, supertarde.

Me pidió margen para encontrar a una persona que me sustituyera y no tuve problema en aceptar. Quedamos en dos semanas que, al final, se convirtieron en tres. No me importó porque así podía asegurarme más todavía de lo que quería hacer. Esta vez estaba convencida de mi decisión, pero siempre he actuado por impulsos y temía arrepentirme después.

El hecho de volver a Galicia significaba demasiado porque llevo muchos años lejos de mi familia, sin dar explicaciones, con un trabajo que, hasta el momento, me gustaba. Y ahora vuelvo empezar de cero, sin saber en qué voy a ocupar mis días y con qué me encontraré.

Y todo eso sigue pasando por mi cabeza mientras conduzco hacia Carballo. Hablé con mi casera, recogí mis cosas en cajas y puse punto final a una etapa muy bonita de mi vida, a unos años que necesitaba para mí. Me dio pena cerrar la puerta de aquel piso, más que despedirme de mis compañeros, la verdad, aunque también me dio cierta tristeza dejar el trabajo que me había ilusionado tanto. Pero lo que más pena me dio fue despedirme de Berta. Desde que decidí irme, me había ayudado a empaquetar las cosas, y me dejaba sola cuando notaba que necesitaba espacio, sabiendo estar de la mejor forma, como había hecho siempre, queriéndome como una amiga de verdad. Sé que seguiremos en contacto y nos veremos todo lo que podamos, pero también soy consciente de que no será igual porque la distancia son kilómetros que, sin poder evitarlo, separan.

Veo el cartel que indica que estoy en Carballo. Para muchos visitantes supone la puerta de entrada a la Costa da Morte, y yo ahora mismo no puedo sentirme más cerca del precipicio. Bajo la ventanilla y, aunque entra bastante frío, me encanta ese olor. Por fin estoy en casa. Recorro las calles nerviosa, noto como un nudo me aprieta muy fuerte el estómago y siento tensión en los brazos y en las piernas. Es cierto que llevo muchísimas horas conduciendo, pero sé que no es por eso. Me toco la cara nerviosa, me rasco el pelo, me muerdo los labios y sigo conduciendo. Es tarde y no sé si la escuela de surf estará ya cerrada, pero no quiero esperar más.

Voy dejando las casas a los lados mientras me acerco hacia el mar. Aparco el coche y suspiro. Aprieto con fuerza el volante y me veo tentada a irme. Pero no, ¡ni de broma! Siempre he luchado por lo que quiero y esta vez no va a ser menos, él no se merece menos. Vuelvo a suspirar, resoplo y bajo del coche.

Noto el aire frío, me abrocho el abrigo hasta arriba y meto las manos en los bolsillos. Vuelvo a suspirar y empiezo a andar. Hay bastante distancia desde donde está el coche hasta la playa, pero me vendrá bien para coger fuerzas.

Camino, decidida, pero despacio. Llego a la arena y la brisa del mar echa todo mi pelo hacia

atrás. Está atardeciendo y la estampa que tengo ante mis ojos no puede ser más bonita. Sigo andando hasta ver un punto en movimiento en el agua que me hace parar. Noto un *boom* en el pecho, como si mi corazón hubiera estado apagado y, de pronto, se hubiera encendido de nuevo. Trago saliva y me acerco un poquito más para verlo mejor.

No podía ser de otra manera. Encuentro a Rodri encima de su tabla. Recuerdo que le encantaba hacer surf al atardecer, cuando la playa se va vaciando. Está lejos, pero percibo su pelo mojado por encima de esos ojos azul infinito, la barba que tan hombre le ha hecho, ese cuerpo musculado a través del neopreno, cada giro, cada movimiento tan… Rodri…

Si en algún momento titubeé, todas mis dudas se disipan. He tomado la mejor decisión; aunque salga mal, habrá merecido la pena.

INFINITO

Me quedo inmóvil observando a Rodri encima de la tabla. Tiene las rodillas un poco flexionadas para mantener el equilibrio, mientras el torso va y viene al ritmo de las olas. Mueve las piernas con tanta agilidad y rapidez que debe tener el nivel de adrenalina al cien por cien.

Me siento en la arena y sigo mirando tranquila, mientras él disfruta del mar. Recuerdo la primera vez que me enseñó a surfear, me contaba que lo más importante era saber con qué tipo de olas tenía que empezar y aprender algunos conocimientos básicos sobre las rompientes, sin olvidar elegir siempre olas suaves y planas, que no exigieran gran velocidad, para que las primeras puestas en pie no fueran demasiado complicadas.

Me hablaba de los primeros pasos: saber si eres natural o *goofy*, dependiendo del pie que llevas en la parte delantera de la tabla; después vendría la puesta en pie que, era normal que tardara en producirse. «No te desesperes», me decía una y otra vez, conociendo mi impaciencia. Tuvimos que practicar un montón en la arena porque me decía que así lo tendría más dominado al llegar al agua y, una vez conseguido, podría correr la pared. Y, lo más importante, aprender a relajarse y saber cómo descansar sobre la tabla de surf.

Recuerdo todo lo que me contaba porque lo hacía un millón de veces. Le encantaba compartir su pasión conmigo y a mí me maravillaba escucharle hablar con esa ilusión. Siempre supe que el mar era importante para él, pero nunca fui tan consciente como ahora mismo de que es mucho más que eso. El mar es su vida y no podría ser feliz lejos de él.

Veo como se queda sentado en la tabla con las piernas colgando a ambos lados. El corazón me bombea un poquito más rápido porque intuyo que ha terminado y va a salir del agua. Ha llegado el momento y me muero de los nervios. Noto el pecho subiendo y bajando tan rápido que me hace aún más consciente de que estoy a mil por hora.

Recuerdo la última llamada, cuando a mi padre le dio el infarto. Me propuso visitar aquel pueblo de Portugal con él… Rodri se apea de la tabla, la coge bajo su brazo y comienza a caminar hacia la orilla. La visión que tengo delante, lejos de tranquilizarme, me pone mucho más nerviosa. El neopreno negro marca todo su cuerpo, dejando poco a la imaginación. Varios mechones le caen mojados por encima de los ojos y, según se va acercando, voy intuyendo su expresión. Sale relajado, mueve el pelo con una mano para sacudirlo y sus ojos azules quedan despejados. Camina mirando al suelo, pensativo. Tanto que no se da cuenta de que estoy aquí esperando, inmóvil, sin atreverme a dar un paso hacia él.

El graznido de una gaviota le hace levantar la vista y cambiar por completo su expresión. Me ve y detiene un poco el paso. Veo que intenta continuar con la marcha, como si no le hubiera afectado, pero he intuido su sorpresa. Se acerca más a mí y yo siento que me va a dar algo con cada paso que da. Un poquito más cerca, más nítido, y una cara de pocos amigos que no esperaba. El nudo que tengo en el estómago me aprieta más y noto las piernas temblorosas.

—¿Qué haces aquí? —Rodri llega a mi lado y me suelta la pregunta con un rostro tan serio que no parece ni él.

Me quedo callada contemplando su gesto de pocos amigos. Todavía tiene pequeñas gotitas de agua en la cara. Sus ojos miran los míos, desafiantes. Es la primera vez que veo esa expresión en ellos. Me transmiten dolor, tristeza y enfado, mucho, muchísimo enfado.

Me cuesta hablar, trago saliva y consigo hacerlo. No he venido hasta aquí para quedarme callada o decir cualquier tontería. Tengo muy claro porqué estoy aquí.

—He venido a buscarte.

—¿A mí? —Se ríe con la boca cerrada, mientras niega con la cabeza—. ¿Para qué?

—Para decirte que lo siento.

Sigue moviendo la cabeza de un lado a otro, se muerde los labios y suspira. Sé que Rodri también es muy intenso y tiene su genio, pero jamás lo había visto así conmigo.

—Lo siento de verdad, Rodri.

—¿Y qué es exactamente lo que sientes?

Vuelvo a quedarme callada, me está doliendo muchísimo su actitud. Aunque he de reconocer que la entiendo. Rodri me mira retándome y, sin decir nada más, mueve sus pies hacia un lado y se va. No puede ser. No puedo dejar que se vaya, ¡joder! Pero estoy bloqueada, no sé qué hacer, ni qué decirle.

De pronto, viene aquella imagen a mi cabeza: nos habíamos enfadado, bueno, más bien, lo había hecho yo porque habíamos quedado y se olvidó de mí. Se fue con sus amigos a tomar cervezas, y cuando apareció a buscarme, era una hora más tarde y estaba un pelín afectado por el alcohol. ¡Mi madre! Nunca olvidaré aquella escena… Me pidió disculpas, pero ante mi dramatismo con la situación y la indignación apoteósica que tenía, se cabreó también él y estuvimos una semana entera sin hablar, ni saber nada el uno del otro. Recuerdo que miraba una y otra vez el teléfono esperando un mensaje suyo. Y nada. No llegaba.

Me había molestado muchísimo que me plantara, pero mucho más su comportamiento de después. Habría sido tan fácil como pedirme disculpas, explicarme que se lo estaba pasando bien y decirme que me quería. Ni más, ni menos. Pero no, tuvo que cabrearse por enfadarme yo. Tremendo, vamos.

Después de esa semana eterna sin noticias de Rodri, el viernes siguiente salí de casa y encontré una pintada en la acera. Era un candado gigante con un infinito encima. No ponía mi nombre, ni tampoco el suyo, pero no tuve ninguna duda. Había sido él.

Fue de lo más macarra y a mí me pareció precioso. El perdón más bonito que me habían pedido en mi vida.

Me quedé inmóvil encima de aquella pintada, hasta que levanté la vista y lo vi asomado al otro lado de la calle. Me sonrió y me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

—¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre? —Le di un golpecito en el pecho.

—Lo siento. He pasado una semana de mierda, Cris. Te he echado muchísimo de menos.

—¿Y no habría sido más fácil decirme esto el otro día?

—Si lo hubiera hecho, nunca te habrían dedicado una pintada en la acera. —Sonrió autosuficiente, sabiendo que me tenía en el bote.

—Eres idiota. —Le di otro golpecito y él me cogió en volandas eufórico.

—Lo siento, de verdad. Lo estaba pasando bien y se me fue la hora.

Le dije que no moviendo mi cabeza de un lado a otro, me daba rabia ceder a la primera de cambio, pero, ¡mi madre!, había hecho una pintada preciosa frente a mi casa.

—Muy bonito el candado con el infinito.

—Espero que, si en algún momento de tu larga vida vuelves a cabrearte conmigo, recuerdes esta pintada. Te voy a querer toda mi vida. Aunque no te lo diga. No lo olvides.

Y no lo he hecho, claro que no. Mis pies comienzan a correr detrás de Rodri hasta alcanzarlo.

—Te quiero. Te quiero con toda mi alma, Rodri. Te quiero y te voy a querer siempre, aunque no te lo haya dicho en todo este tiempo.

Sigue callado. Y, aunque su gesto continúa serio, quiero creer que es un poquito menos frío.

—Y lo siento, lo siento muchísimo. De verdad. Siento el daño que te haya podido hacer porque nunca ha sido queriendo. Nunca te haría sufrir si fuera consciente de ello.

—¿Y esta vez cuánto te va a durar?

Aunque me duele la pregunta y el tono helado de su voz, por fin habla. Aprieto los labios y una lágrima comienza a resbalar por mi mejilla. Me está haciendo tanto daño verlo así conmigo...

—No esperabas esto, ¿verdad? Por eso te pones así. Creías que ibas a encontrar al Rodri de siempre, al que te recibe con una sonrisa, dónde y cuándo tú quieras, el que te dijo que te esperaría lo que hiciera falta. Pues, ¿sabes qué? Que me he cansado de esperar por nada.

—No tenía que haber venido… —Muevo la cabeza a ambos lados frustrada.

—Esto se ha terminado, Cris. Es mejor que lo aceptemos y dejemos de hacernos daño. Al final, siempre te vas… Será mejor que te olvides de que alguna vez existimos.

—¿Que yo siempre me voy? —levanto el tono de voz cabreada. Tendrá mucha razón, pero él no es el único que sufre—. Yo me iré, pero es que tú nunca has venido a buscarme.

—Te equivocas. No fui cuando éramos unos críos, sabes que para mí es difícil separarme de esto —señala el mar—, pero sí lo he hecho ahora. ¿Te recuerdo quién fue a buscarte después de la convención de surf?

—¡Qué más da! Nunca habrías renunciado a esto —Abro los brazos señalando todo mi alrededor, indignada— por mí.

—¡Nunca me lo pediste! —Él también levanta la voz y hace aspavientos.

Está muy enfadado y yo me muero de amor. Podría sentirme ridícula por haber venido a buscarlo y llevarme este recibimiento, pero nada de eso, he hecho lo que quería y estoy luchando por lo que quiero. Tenía claro que podía mandarme a paseo.

—¡Joder, Cris! —Se mueve nervioso de un lado a otro—. Creo que habría sido lo único que necesitaba para ir detrás de ti, que me lo pidieras…

—¿En serio me estás diciendo esto ahora? ¿Tú sabes que hay cosas que no se piden?

—Te habría seguido al fin del mundo. —Se acerca a mí y me mira atravesándome con esos ojos.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Lloro desconsolada.

—No lo sé… Lo siento. Yo tampoco hice las cosas bien. Pero ahora ya da igual. Nos creímos invencibles y se nos olvidó que nada es eterno.

Las lágrimas brotan de mis ojos sin descanso porque entiendo lo que pasa. Rodri me ha dicho que se acabó, y lo conozco bien: cuando toma una decisión, no vuelve sobre ella. Siento como si un cuchillo me atravesara el pecho partiéndolo en dos al ver que se da la vuelta y se aleja de mí. Me quedo inmóvil sin dejar de llorar con todas las ganas del mundo, obligando a mis lágrimas a sacar la rabia que siento por dejarnos ir. Porque esto ha sido culpa de los dos. No supimos luchar por lo que queríamos. ¡Qué imbéciles fuimos esperando que fuera el otro el que diera el paso! Pero esta no va a ser otra a sumar en la lista. Siempre he peleado por lo que he querido y, por supuesto, esta no va a ser la excepción, porque nosotros somos mucho más, y decirme que se acabó va a ser su primera decisión equivocada.

—¡Rodri! —grito desde lejos para que me escuche. Él se gira—. Te voy a querer siempre, aunque no te lo diga. No lo olvides.

Repito las mismas palabras que él me dijo cuando dibujó aquel infinito en el suelo. ¡Ojalá no lo olvide!

MI NUEVA VIDA

Hace tres mes que llegué a Galicia y no ha pasado ni un solo día en el que no me haya sentido satisfecha por mi vuelta. Todo este tiempo he sido consciente de que no va a ser fácil, solo espero no cansarme nunca de intentarlo. Lo tuve claro cuando lo vi subido en aquella tabla, cuando se acercó a mí y el corazón me dio un latigazo que recorrió todo mi cuerpo; estaba en el sitio correcto y nunca más iba a volver a huir.

Después de aquel encuentro, fui al segundo lugar que debía visitar, mi casa. Hablé con mi madre y le expliqué todo lo que acababa de pasar, lo que llevaba ocurriendo un tiempo con él y de lo que había estado escapando muchos años. Le conté que estaba enamorada de Rodri, que había dejado mi trabajo y mi piso en Madrid e iba a instalarme en Galicia. Como imaginaba, ella me pidió que me quedara en casa, pero le dije que no, que necesitaba mi espacio y vivir en un sitio para mí. Además, no había venido a Galicia para estar a hora y pico de Rodri.

Sabía que era una locura y muy arriesgado, pero lo hice. Cuando abrí la página de Idealista y le di a buscar me salieron nueve resultados en Carballo. Sí, en el mismo sitio donde vive Rodri. Un chalet, cinco pisos de más de dos habitaciones y tres de una sola. Las posibilidades se reducían. Llamé a los tres y los visité. El primero lo descarté de inmediato. Era demasiado pequeño y en la habitación solo entraba una cama de noventa. Seré una loca, pero en ningún momento perdí la esperanza de volver con Rodri y lo de la cama tan pequeña no era una opción. El segundo me gustó mucho, era un ático muy chulo y bastante espacioso, pero lo del techo torcido me generaba un poco de agobio. Casi tanto como pensar que solo me quedaba una opción. Pero ¡qué opción!

Encontré un estudio de sesenta y cinco metros cuadrados que me enamoró en cuanto entré por la puerta. Estaba recién reformado, una quinta planta con unos ventanales grandes en la cocina americana, que tenía muebles blancos con la encimera de madera. La habitación también tenía dos ventanas y una señora cama, y el baño estaba decorado en tonos negros y blancos.

¡Era para mí! Y el precio no era desorbitado, así que, no lo dudé y, en cuanto terminamos la visita, le dije a aquel chico trajeado tan majo que me lo quedaba. Me informó de que podía entrar en dos días y eso me dio un subidón alucinante.

El camión de la mudanza llegó esa semana y, entre eso y algunas cosas que compré, en pocos días tenía el lugar perfecto para mí. Me sentí súper a gusto desde el primer momento. Era lo que necesitaba, un cambio de verdad, donde siempre, pero en mi pequeña parcelita de intimidad.

Mi madre se va recuperando. Mi vuelta, aunque no estoy tan cerca como a ella le gustaría, le ha venido muy bien y me siento muy feliz y satisfecha de ayudar a que, poco a poco, vaya saliendo del pozo en el que lleva años metida. La veo todo lo que puedo, me escapo algún día a comer con ella, otros salimos a dar un paseo o a comprar alguna cosa. Me ha ayudado a decorar el piso que he alquilado de arriba abajo. Ella siempre fue la mejor en eso.

Y Rodri… Eso es otro cantar. Siempre había estado ahí para mí y esta vez es diferente. Me lo encontré a la semana de alquilar el piso y casi se le salen los ojos de las órbitas al verme.

Fue en el supermercado. Iba empujando mi carro de la compra cuando lo vi entrar en el pasillo, también con su carro. Me vio enseguida y su gesto se tornó serio. ¡Cuánto daño me hacía aquello! Pero, lejos de evitarme, siguió adelante y vino hacia mí. Todavía recuerdo cómo me temblaron las piernas.

—¿Qué haces aquí? —Directo y sin piedad.

Me puse nerviosísima. Había pensado mil veces en cómo sería volver a verlo, intentar hablar con él de nuevo, y tenía, incluso, pensado lo que iba a decirle, pero no esperaba encontrármelo

de pronto y me bloqueé. No supe por dónde empezar y me quedé callada. Sí, sí, muda por completo.

—¡Qué más da! —volvió a hablar él.

Me produjo tanto sufrimiento aquella mirada dañina que me activó.

—Estoy viviendo aquí.

A pesar de su gesto frío, no pudo evitar sorprenderse. Estoy segura de que jamás habría imaginado escuchar algo así. Y pasó lo que tenía que pasar. Vi un pequeño atisbo de sonrisa.

—No me lo puedo creer —añadió, moviendo su cabeza a ambos lados.

—¡Ya ves! —Levanté los hombros y las cejas—. Sabes que soy de las que no se rinden. —Y le sonreí abiertamente, sin esconderme, como hacía él. Le dejé claro con ese gesto que lo nuestro no se había terminado y que iba a luchar por ello. Costara lo que me costase.

Sin decir ni una sola palabra, me esquivó con su carrito del súper y se fue. No le vi la cara, pero sé que estaba sonriendo de verdad. Lo sé porque esas cosas se saben, aunque intentemos ocultarlas y negarlas por miedo, por el daño que hemos pasado o por tantas otras tonterías del día a día. Gracias a que el amor es mucho más fuerte que todas las caretas del mundo. Por lo menos, el nuestro lo era.

OTRA PRIMERA CITA

Lo del trabajo fue otra cuestión. Me dediqué a echar currículums en radios y periódicos locales. Me habría encantado que me llamaran para trabajar en el noticiero más conocido de Galicia, pero soy consciente de que aquí las oportunidades se reducen muchísimo.

Así que, hice lo que suelo hacer: actuar. Pensé en lo que me gusta y, aunque es cierto que adoro el periodismo, descubrí un mundo nuevo en el *marketing online*. Había hecho varios cursos y me llamaba la atención dedicarme a eso.

Hice una página web para mostrar mis servicios, me di de alta como autónoma, algo que en la vida pensé que haría, y empecé a buscar clientes. Por supuesto, la idea era trabajar desde casa. Suficiente era que mis ahorros llegaban para pagar el piso, hasta que empezase a tener dinero. ¡Gracias, Cris del pasado, por ser consciente de que nunca se sabe cuándo lo puedes necesitar!

Cada mañana me levantaba y, cuando tenía una lista de locales y fábricas que no me habían contestado por email, me vestía con mi ropa de ejecutiva y recorría las calles de Carballo y de pueblos vecinos en busca de clientes.

Era complicado explicarle a gente que nunca ha trabajado con internet cómo funciona todo esto. Muchos ni me escuchaban, y era muy frustrante, lo que me hizo decaer en varios momentos, pero no caer. Todo el tiempo planeaba sobre mi cabeza la empresa de mi padre, era una opción fácil, pero nada tentadora. Sé que me habrían hecho un hueco, pero no me apetecía nada de nada aquella idea. Estaba en O Grove, pero eso no era determinante, lo importante era que yo necesitaba intentarlo por mi cuenta.

Seguí y seguí hasta que llegó el primero. Era una pastelería de toda la vida. La dueña de siempre iba a pasarle el testigo a su hija y quería darle un cambio radical al negocio, entre lo que se incluía hacer *marketing online*. Fue ese dicho de estar en el lugar perfecto en el momento adecuado. Yo para ella y ella para mí.

Salí tan feliz de allí que tuve la necesidad imperiosa de contárselo a mi madre, a mi padre y a Rodri. Sí, a él. Y lo hice. Me prometí no dejar de hacer nada que me apeteciera.

—¿Sí? —contestó con duda en el tono de su voz.

—Hola, Rodri, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —Se notaba sorprendido, estaba claro que no esperaba mi llamada.

—¡Muy contenta! He encontrado mi primer cliente.

Silencio.

—¿Cómo?

Como era lógico, no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—Es una larga historia… —Una idea empezó a pasar por mi cabeza, y lo hice, también lo hice, y cuánto me alegro de no haber dejado nada pendiente—. Si quieres, podemos tomar algo un día y te cuento.

Silencio. Un silencio larguísimo en el que lo único que escuchaba era mi corazón bombeando a toda velocidad y pidiendo que, por favor, me dijera que sí.

—Vale.

¿Vale? ¿Me había dicho que sí? ¡No podía creérmelo! Desde luego, era mi día de suerte.

Me propuso quedar esa misma noche. ¿En serio esa misma noche? Fue ahí donde volví a recibir otra señal. Lo iba a recuperar.

Me sentía como cuando tuvimos nuestra primera cita. Me cambié de ropa varias veces, me recogí el pelo, me lo solté, no sé cuántas vueltas di por el piso para prepararme… Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo. Ya empezaba a hacer bueno, así que me puse un

vestido vaporoso de color azul con florecitas por debajo de la rodilla y mis Converse blancas.

Cuando llegué al bar en el que habíamos quedado, ya me estaba esperando en la barra tomando una cerveza. Lo miré desde fuera, estaba guapísimo. Llevaba unos vaqueros claros y una camiseta de manga corta negra. Tenía el pelo revuelto, como lo tiene siempre, y una postura que marcaba su brazo musculado. Lo estuve observando un rato antes de entrar y, por un instante, dudé. Si no salía bien, nos íbamos a hacer mucho daño. Quizá era mejor parar en ese momento porque sabía que, si cruzaba esa puerta, no habría marcha atrás. Pero eso era lo que quería, estar con él, para siempre.

En cuanto me vio llegar, mostró una pequeña sonrisita. Me dio dos besos, aquello fue muy raro, pero, claro, ¡qué otra cosa íbamos a hacer! Y, aunque intentaba mostrarse frío, de vez en cuando salía el Rodri de siempre.

—Me alegro mucho de que hayas conseguido ese cliente. En la escuela de surf también llevamos un tiempo valorando ese tema.

—Me lo podía imaginar… —Levantó las cejas esperando que continuara hablando—. Os busqué en internet y vi que tenéis página web, pero ni un solo perfil en redes sociales.

—Contraté la página web cuando abrí la escuela. La empresa que la hizo me habló de redes sociales y ni se sabe de cuántas cosas más, pero me parecieron pamplinas… —Me reí, pero él me ignoró y siguió hablando—. Aunque, durante los últimos meses, la idea ha vuelto a rondar mi cabeza.

—Con tu tipo de negocio, os vendría genial.

—Ya nos va bien.

—Bueno, disculpe usted —bromeé, y él se río.

—De todas formas, estoy de acuerdo en que estaría bien. Por lo menos, podemos plantearlo.

—Pues tú eres el jefe.

—Sí, pero me gusta hablarlo todo con mi equipo. ¿Podrías pasarte un día y lo vemos?

—¿Yo? —La verdad es que nunca pensé que me lo pidiera.

Puede que pareciera demasiado obvio, pero juro que no pensé que me pidiera a mí que me encargara de ello. No sé si era que estaba obnubilada o que soy tonta de remate.

—¡Claro!

Pasamos el resto de la noche charlando de mil cosas, como hacíamos siempre. Rodri se fue relajando y fue cambiando esa actitud de hombre de hielo que había tenido hasta el momento. Las cervezas también ayudaron y empezaron a darme un poco de miedo porque me estaba volviendo loca por besarlo. ¡Dios mío! ¡No podía dejar de mirarle la boca todo el tiempo! ¡Y el a mí tampoco!

Bromeamos, hubo algún roce robado, miradas, brindis y muchas sonrisas. De verdad, de esas que se reflejan en los ojos. Así fue como volvimos a tener otra primera cita. Los Rodri y Cris que habían recorrido los bares besándose en cada esquina.

Y eso era lo que nos faltaba. Casi a las tres de la mañana, nos echaron de la cervecería porque iban a cerrar. Aquel camarero acercándose a nosotros fue un golpe de realidad en esa pompa que habíamos vuelto a construir a nuestro alrededor. Lo noté porque Rodri se puso tenso de nuevo, mientras me dijo que me acompañaba a casa.

Menos mal que le duró poco y en el camino volvimos a charlar animados. Pasamos por lugares en los que habíamos estado juntos cuando vivíamos en O Grove y veníamos a las fiestas de Carballo. Solo comentábamos algunos recuerdos, pero obviábamos la cantidad de besos que nos dimos en estas calles.

—Bueno, pues este es —le dije en cuanto llegamos al portal.

—Has encontrado un buen sitio.

—La verdad es que sí, estoy muy contenta.

—Me alegro.

Los dos asentimos sin parar de mirarnos. Nos quedamos en silencio y estaba segura de que estábamos pensando lo mismo. No tenía duda de ello. Me moría por decirle que subiera, pero no era buena idea, había estado convenciéndome de ello todo el camino. Aunque el demonio del otro lado del hombro me preguntaba qué había pasado con la Cris que no iba a dejar nada por hacer. ¡Menuda lucha conmigo misma!

—Bueno, pues nos vemos en la escuela entonces para ver lo de las redes —dijo él.

—Sí, nos vemos.

Nos acercamos para darnos dos besos y, pasamos tan despacio de un lado a otro de la cara que pude sentir su aliento en mi boca. Nos detuvimos en ese instante mirándonos a los ojos, no sé cuánto tiempo estuvimos así, solo sé que fue el suficiente para saber que nuestro «para siempre» nunca se terminó. Mientras tanto, nuestras bocas pedían a gritos más y nuestros corazones luchaban para salir del pecho y bailar con el otro.

Pero no lo hicimos. Seguimos el recorrido hasta el otro lado de la cara y nos dijimos hasta pronto. Aunque yo supe que esa despedida era un «esto no se ha acabado».

VÉRTICES

Y aquí estamos, en la escuela de surf, dos meses después desde nuestra segunda primera cita, viendo unos planes de comunicación y redes en los que llevamos ocupados ya varias semanas.

Al principio no me pareció buena idea trabajar juntos, pero él insistió en que no confiaría en nadie más y no pude negarme. Y, bueno, la verdad es que va todo de maravilla: nos reunimos cuando necesitamos hacerlo y buscamos la mínima excusa para hablar por teléfono o vernos. Por lo menos, yo lo hago, y algo me dice que él también.

Mi nueva aventura como autónoma no va mal del todo. Ya tengo cinco clientes y los ingresos son bastante buenos. El único problema es que me estoy viendo un poco desbordada por el trabajo, así que, igual tengo que contratar a alguien dentro de poco… ¡Mi madre! ¡Quién me lo iba a decir! Ya sueño con abrir mi propia oficina. Si sale adelante una propuesta que tengo que presentar a una empresa muy grande, ¡no lo dudo y me tiro a la piscina!

—Vale, entonces quedamos en eso. Revisamos la próxima semana el calendario del campeonato y empezamos a difundir —dice Rodri con un bolígrafo azul en la mano.

Me encanta verlo así, tan concentrado en su trabajo y, sobre todo, ver el buen equipo que formamos juntos.

Las primeras veces fue un poco frío, pero, según ha ido pasando el tiempo, hemos dejado atrás lo que pasó y hemos aprendido a compartir nuestra vida de nuevo. Y, aunque no ha habido una declaración como tal, ni nos hemos dado ni un solo beso, ha habido tantos roces y miradas que sé que nos hemos ido enamorando poco a poco otra vez. Si es que en algún momento dejamos de estarlo. Al final lo ha hecho fácil, Rodri siempre lo hace fácil.

Esta vez es nuevo, tan limpio y de verdad que me matan las ganas de besarlo a todas horas. No sé qué me ha pasado, pero estoy muy cambiada porque estoy controlando muy bien las ganas de lanzarme a su cuello. ¡Y ni que decir tiene que, por supuestísimo, no he vuelto a tener relaciones con nadie! ¡Qué digo relaciones!, ni una mirada, nada de nada.

—Vale, pues nos vemos entonces la próxima semana. —Recojo mis cosas.

Cuando lo tengo todo en el bolso en el que llevo el portátil, me levanto y, antes de salir, me despido de los compañeros con dos besos. Rodri incluido, por supuesto. Y pasa lo que lleva ocurriendo todo este tiempo, otra vez esa milésima de segundo, boca con boca, deteniéndonos. Creo que han sido esos momentos, en los que no hemos llegado ni a rozarnos, en los que nos hemos apoyado para saber que seguimos conectados.

Salgo de la escuela, voy al coche a dejar el ordenador y vuelvo a la playa para dar un paseo. Lo hago a menudo, me gusta tanto estar aquí… Huele a mar y me da tanta calma… Cuando estoy en la orilla, noto el viento echando mi pelo hacia atrás, meto las manos en los bolsillos e inspiro cerrando los ojos para inundarme de mi casa.

En todo este tiempo no he echado en falta Madrid ni un solo día. A Berta sí. Muchísimo. Pero hablamos a menudo y ha venido a verme ya dos veces desde que estoy aquí. Le prometí que la próxima me toca a mí, y así haré. Aunque ahora hasta le he cogido un poco de manía a Madrid… ¡Quién me lo iba a decir! Pero pienso en esas calles repletas de gente corriendo de un lado a otro y los benditos relojes persiguiéndote a todas partes y me entra un agobio de narices.

—Es increíble, ¿verdad? —Rodri habla detrás de mí.

Se refiere al cielo. Se funde con el mar y no se distingue dónde empieza uno y termina el otro.

—Creo que es mi playa favorita —contesto.

—A mí me gusta mucho, pero hay otra que la supera.

Me giro y de inmediato sonrío en cuanto lo veo frente a mí. Observo su rostro sereno, esa piel

morena en la que destaca un mentón bien marcado y unos ojos que podrían dar luz al mundo entero. Tiene el pelo revuelto y sonríe con la dentadura perfecta y el gesto sincero, con ese cariño que nos hemos tenido siempre.

—¿Te gustaría verla? —propone.

—¿Está aquí? —Él asiente—. ¿Y a qué estamos esperando?

Contesta a mi pregunta tirando de mi mano detrás de él, recuperando ese gesto tan nuestro.

—Está a una hora más o menos —dice Rodri en cuanto arranca el coche.

—Me muero por verla.

Estoy segura de que la sonrisa que tengo me llega casi hasta las orejas. Me encanta estar con él. En estos meses hemos quedado alguna vez para tomar algo y lo hemos pasado genial. Pero, ¡joder!, ¡qué difícil ha sido ser solo amigos!

Abro la ventana y dejo que el olor a naturaleza entre, respiro y disfruto. Él me mira y sonríe también. Me quiere. Lo sé.

Pasamos por un pueblo en el que vemos que hay banderines por las calles y a las afueras están montando una feria que, por supuesto, tiene una noria. Mientras Rodri se detiene para ceder el paso a unos señores, la observamos y nos miramos el uno al otro, conteniendo con timidez nuestras sonrisas. El corazón le regala un latido al mismo tiempo que me quita la respiración cuando, al final, aprieta sus labios y me vuelve a sonreír.

Tal como me había dicho, una hora después, atravesamos una aldea que se llama Sardiñeiro y seguimos las pocas indicaciones que encontramos. Estoy segura de que, si no sabes a dónde vas, no es fácil dar con ella. Por fin, llegamos a nuestro destino: la Praia do Rostro, perteneciente a Fisterra, también en la Costa da Morte.

El mar nos recibe con un rugido intenso. Lo que tengo ante mis ojos es un completo lujo para los sentidos. Una playa de casi dos kilómetros, abierta al océano Atlántico, con un viento que golpea con tanta fuerza que ha formado un extenso sistema dunar con alturas considerables y llenas de vegetación. La mezcla de colores verdes, azules y arena hacen que parezca un cuadro pintado por el mejor de los artistas.

Miro a mi alrededor y veo que no hay tiendas, ni locales cercanos. El sitio perfecto para perderse. Y esas olas…

—No me extraña que sea tu playa favorita.

Nos adentramos en la arena y caminamos despacio.

—Cuando hay buen viento es una zona con muchos tubos y picos variables. ¡Cada baño es siempre una sorpresa! Eso es lo que me gusta de ella. ¡Es una auténtica pasada hacer surf aquí! Encima está alejada de todo y es una de las playas más mágicas de Galicia —habla con entusiasmo—. Cuenta la leyenda que, bajo su arenal, se encuentra la antigua ciudad de Dugium, que fue fundada por los nerios. ¿No la conocías?

—¡Qué va! He estado demasiado tiempo fuera…

Rodri se queda callado y sigue caminando hasta llegar al final de la playa, donde hay unas rocas de diferentes alturas.

—Ven.

Sube y me da la mano para que haga lo mismo. Miramos el horizonte y señala lo que tenemos delante.

—¿Lo ves?

—¿El qué? —levanto la voz sonriente y feliz. No sé a qué se refiere.

—¡Todo! ¿A que no podrías elegir solo un punto en el que fijarte? —Se acerca más a mí y todo mi cuerpo empieza a temblar—. ¡Joder, Cris! Eres testaruda. ¿Por qué tuviste que volver?

—Por ti…

—Después de tantos años y de huir tantas veces... Pero ¿sabes?, en estos meses me he dado cuenta de una cosa: siempre he pensado que te he querido más, que he estado cuando me has necesitado, daba igual que fueras o vinieras, yo siempre estaba ahí, a pesar de sentirme un imbécil muchísimas veces… Sin embargo, ahora es diferente. Ahora sé que tú estás mucho más enamorada de mí porque lo has dejado todo por nosotros. Has hecho lo que yo no conseguí en años. Siempre te he admirado, pero ahora lo hago mucho más. Tú sí has sabido luchar por lo nuestro.

—Claro que te quiero, Rodri, te quiero con toda mi alma. Como ese infinito que ves ahí —digo señalando el mar—, como las olas. Para que puedas entenderme, tú para mí eres como el surf para ti.

—No te equivoques, Cris, tú eres mucho más que el surf. —Se acerca un poco más a mí y roza mis labios, ahora sí—. El amor está lleno de vértices y tú estás en todos. Eres alegría, simpatía, compañera, amante, trabajadora, luchadora. Eres vida, mi vida. Y yo también te quiero, Cris. Nunca he dejado de quererte.

Me quedo sin palabras. No sé qué decir. Y él no espera más. Me besa con todas las ganas y necesidad de tanto tiempo evitándolo. Me besa lento, se detiene en cada caricia de sus labios con los míos, mientras me aprieta hacia él con una mano.

—¡Por fin! ¡Joder! No sabes cuánto tiempo llevaba deseando esto —susurra sin separarse de mis labios.

—Puedo hacerme una idea.

Nuestro amor es como las olas del mar: tendremos días más calmados y otros más intensos, habrá días cotidianos y momentos emocionantes y únicos, chocaremos con la vida y entre nosotros, como chocan las olas con las piedras, como se funde el movimiento del mar con la quietud de la tierra firme...

Las olas rompen en la arena, eso sí, todo el tiempo. Y en eso, también nos parecemos, en el para siempre.

EPÍLOGO

Y, sí, al final yo también tuve mi historia de amor. Después de nuestra declaración de amor en aquella playa, no volvimos a separarnos. Hicimos el amor otra primera vez en aquel lugar que al atardecer se quedó desierto. Volvimos a Carballo y pasamos la noche en su casa, la siguiente en la mía y así hasta comprar; sí, nos lanzamos a comprar una casa para los dos. Y ese solo fue el inicio del resto de vida que nos quedaba por delante.

Tuvimos hijos, sí. Nunca me han gustado los niños y siguen sin gustarme, pero a mis hijos los adoro. No ha sido nada fácil, los postpartos, las rabietas, el perder el tiempo que tenía para mí y, muchas veces, para nosotros... Pero son lo más bonito que nos ha pasado nunca. Cada vez que llego a casa, vienen corriendo hacia mí y se lanzan en mis brazos. Y todo deja de importar. Son la mayor suerte de mi vida.

Ellos y Rodri. Mi querido Rodri.

Hemos pasado también lo nuestro; al final, la vida es vivir momentos mejores y peores, pero siempre hemos salido adelante. Nos queremos y eso está por encima de todo.

Mi madre ha mejorado mucho. Sé que nunca volverá a ser la de antes, pero, por lo menos, está recuperada y puede ser un poquito feliz. La llegada de mis hijos ayudó mucho en su cambio y a volver a tener ilusión. Todavía recuerdo cuando nació Nico, mi madre lo miró a los ojos y repitió su nombre diciéndole que tenía mucha suerte porque una estrellita lo cuidaba desde el cielo.

Todos tenemos nuestra estrella.

Pero solo unos pocos tienen la suerte de tener el amor verdadero, el que completa, el que suma. Y Rodri y yo siempre fuimos la ecuación perfecta.

F I N



Agradecimientos

Gracias, Cris, tú eres la culpable de todo esto. ¿Recuerdas cuándo me contabas tus historias y yo te respondía que tenía que escribir un libro basado en ti? Aquí lo tienes. Espero que lo disfrutes tanto como yo escribiéndolo. Gracias por ser el germen para crear una historia de amor tan de verdad.

Gracias, Noe, a ti, siempre. Porque nada de esto sería posible sin ti. Escuchando cada idea, sentándote conmigo a desgranar el proyecto, leyendo capítulo a capítulo, proponiendo cambios, sugiriendo mejoras, con esa paciencia infinita cuando me pongo a hablar de cada libro, pero, sobre todo, por la ilusión con la que lo haces. Siempre serás parte de cada uno de mis libros. Porque eres parte de mí. 38 semanas juntas en la barriga de mamá nos convirtieron en una extensión de la otra.

Gracias, Alberto, esta vez era más difícil y gracias a ti pudo salir adelante. Gracias por ocuparte de nuestra niña y dejarme los ratos que necesitaba para escribir, por saber que esto es parte de mí y ahora también parte de vosotros. Qué suerte tuvimos aquel 18 de marzo en el que la vida nos puso en el mismo sitio a la misma hora.

Gracias, papá y mamá, por estar siempre: en cada paso, con cada logro y pequeño tropezón. Siempre tenéis esa mano a la que sujetarme. Agradezco cada día a la vida tener los padres que tengo porque no pudo dármelos mejores.

Gracias Valeria, Alejandra y Miguel. Pensar que un día cogeréis mis libros orgullosos me llena el corazón. Gracias por enseñarme a valorar el tiempo, por hacerle entender a mi cabeza que, a veces, hay que parar para poder mirar de verdad.

Gracias, Dani, por escucharme paciente con esa sonrisa simpática cuando hablo como loca de mis libros.

Gracias, Sandra, por leer la novela, por tus consejos y tu ilusión con mis proyectos como si fueran tuyos. Un día te dije que ibas a llegar muy lejos y creo que lo has conseguido. Te lo mereces porque tienes una sensibilidad tan bonita para escribir...

Gracias, Claudia, por hablarme de tu tierra para conocer mejor sus costumbres. El norte siempre ha formado parte de mí y ahora un poquito más gracias a esta historia.

Gracias, Laura, es la primera vez que trabajamos juntas y no puedo estar más satisfecha, no solo con el resultado final, sino con el viaje que hemos compartido estos meses de edición. Gracias por saber darle respuesta a las necesidades que se iban presentando en este tiempo.

Gracias, Alexia, por otra portada preciosa. Haces magia.

Gracias, Jorge, Marta y Sara por la amistad tan bonita que tenemos, por ilusionaros por mí, por esos audios interminables, que ojalá sigan llegando muchos años a nuestros teléfonos, pero, sobre todo, por los abrazos sinceros que la distancia nos deja darnos de vez en cuando.

Gracias, Cano, por ayúdame con tus diseños maravillosos.

Gracias a ti. Gracias por leer esta historia. Sin cada lector, no seríamos nada. Gracias por

hacer que el sueño de una jovencita de dieciséis siga intacto años después. Bueno, intacto no, creciendo, sumando, porque… Todo lo que suma es mucho más.

ÍNDICE

SOÑADORA
CAFÉ RECIÉN HECHO
EL ATRACTIVO
VOLVER
ESCAPAR
ÉL
LAS REDES
LA PRIMERA VEZ
UNA LOCA DE LA VIDA
NUESTRO PRIMER AMOR
JUGANDO CON VENTAJA
CUANDO ALGO SE ROMPE
LAS COSAS MÁS SIMPLES
UNA MUJER DECIDIDA
PISAR SOBRE SEGURO
UNA EXTENSIÓN DE LA CRESTA DE LA OLA
CAMINAR DEMASIADO CERCA DEL PRECIPICIO
MÁS DE LO QUE DEBERÍA
PARÍS
UNA MANO PARA BAILAR
UN HILO POR EL QUE CAMINAR ENTRE DOS RASCACIELOS
EL AMOR
HACERLO FÁCIL
REDESCUBRIRSE
SEGUIR SURFEANDO LA MISMA OLA
VOLAR ERA MUCHO MÁS
GANAS DE QUERER
VIVIR EL MOMENTO
UN HILO INVISIBLE
MI GRAN HISTORIA GRIEGA
VOLVER A CONOCERNOS
MUCHO MÁS
MI ECUACIÓN PERFECTA
EL MEJOR SITIO DEL MUNDO EN EL QUE RESGUARDARME
AFERRARSE, AUNQUE SEA A UN CLAVO ARDIENDO
LO SÉ, SI ME EXPLOTA EL CORAZÓN
LA MALDITA PALABRA
UN QUIZÁS PARA SIEMPRE

ALAS
TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA
MI SITIO
INFINITO
MI NUEVA VIDA
OTRA PRIMERA CITA
VÉRTICES
EPÍLOGO
Agradecimientos